

CUARTA PARTE

BAILARINES EN UN MAR DE BRUMA



Vin estaba acostada en su cama en el taller de Clubs, sintiendo que la cabeza le latía.

Por fortuna, el dolor iba menguando. Todavía podía recordar haberse despertado aquella primera horrible mañana: el dolor fue tan fuerte que apenas podía pensar, mucho menos moverse. No sabía cómo Kelsier era capaz de continuar adelante, dirigiendo a los restos de su ejército a lugar seguro.

Hacía más de dos semanas de eso. Quince días enteros y todavía le dolía la cabeza. Kelsier decía que era bueno para ella. Sostenía que tenía que practicar su «recurso de peltre», entrenando a su cuerpo para funcionar más allá de lo que creía posible. Sin embargo, a pesar de lo que él decía, dudaba que algo que dolía tanto pudiera ser «bueno» para ella.

Naturalmente, era una habilidad útil. Lo reconocía, ahora que la cabeza no le dolía tanto. Kelsier y ella habían podido correr hasta el campo de batalla en un solo día. El viaje de regreso había durado dos semanas.

Vin se levantó y se desperezó, cansada. En realidad, habían vuelto hacía menos de un día. Kelsier debía de haberse pasado media noche en vela, explicando los acontecimientos a los demás

miembros de la banda. Vin, sin embargo, se había sentido feliz de irse directa a la cama. Las noches pasadas durmiendo sobre la dura tierra le habían recordado que una cama cómoda era un lujo al que había empezado a acostumbrarse.

Bostezó, se frotó de nuevo las sienes, luego se puso una bata y entró en el cuarto de baño. Le alegró ver que los aprendices de Clubs se habían acordado de traerle una bañera. Cerró la puerta, se desnudó y se metió en el agua cálida y levemente perfumada. ¿De verdad que alguna vez le habían parecido molestos esos olores? Con el perfume pasaba menos desapercibida, cierto, pero eso parecía un precio muy bajo por librarse de la suciedad y la mugre que había acumulado durante el viaje.

Sin embargo, el pelo largo le seguía pareciendo un engorro. Se lo lavó y se lo desenredó, preguntándose cómo las mujeres de la corte podían soportar un pelo que les llegaba hasta la cintura. ¿Cuánto tiempo pasarían sentadas mientras una criada se lo peinaba y arreglaba? A Vin todavía no le llegaba a los hombros y ya le molestaba. Revoloteaba y le golpeaba la cara cuando saltaba, por no mencionar que proporcionaría a sus enemigos algo a lo que agarrarse.

Cuando terminó de bañarse, regresó a su habitación, se vistió con ropa cómoda y bajó las escaleras. Los aprendices trabajaban en el taller y las criadas en el piso superior, pero la cocina estaba en silencio. Clubs, Dockson, Ham y Brisa estaban desayunando. Alzaron la cabeza cuando Vin entró.

—¿Qué? —preguntó ella, huraña, deteniéndose en la puerta. El baño le había aliviado un poco el dolor de cabeza, pero todavía notaba una leve pulsación en la nuca.

Los cuatro hombres intercambiaron miradas. Ham habló primero.

—Estábamos discutiendo el estado del plan, ahora que nuestro patrón y nuestro ejército han desaparecido.

Brisa alzó una ceja.

—¿Estado? Qué forma tan interesante de expresarlo, Hammond. Yo habría dicho «impracticabilidad».

Clubs asintió y los cuatro se volvieron hacia ella, al parecer esperando su reacción.

¿Por qué les importa tanto lo que yo piense?, pensó Vin, entrando en la habitación y acercándose una silla.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Dockson, poniéndose en pie—. El servicio de Clubs ha preparado unos rollitos para...

—Cerveza —dijo Vin.

Dockson se quedó parado.

—Ni siquiera es mediodía.

—Cerveza. Ahora. Por favor.

Vin se inclinó hacia delante, cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza en ellos.

Ham tuvo el valor de echarse a reír.

—¿Resaca de peltre?

Vin asintió.

—Se te pasará.

—Si no me muero antes —gruñó Vin.

Ham volvió a reírse, pero la risa parecía forzada. Dox le tendió una jarra a Vin y luego se sentó, mirando a los demás.

—Bien, Vin. ¿Qué opinas tú?

—No lo sé —contestó ella con un suspiro—. El ejército era prácticamente el centro de todo, ¿no? Brisa, Ham y Yeden se

pasaron un montón de tiempo reclutando; Dockson y Renoux se ocupaban de los suministros. Ahora que los soldados han muerto... Bueno, eso solo deja el trabajo de Marsh en el Ministerio y los ataques de Kell a la nobleza... y para eso no nos necesitan a ninguno. El equipo está de más.

Todos guardaron silencio.

—Tiene una forma deprimentemente brusca de expresarlo —dijo Dockson.

—Es típico de la resaca —comentó Ham.

—¿Cuándo has vuelto, por cierto? —preguntó Vin.

—Anoche, después de que te fueras a dormir. La Guarnición envió pronto de vuelta a los soldados temporales, para no tener que pagarnos.

—¿Siguen ahí fuera, entonces? —preguntó Dockson.

Ham asintió.

—Cazando al resto de nuestro ejército. La Guarnición de Luthadel relevó a las tropas de Valtroux, que estaban bastante maltrechas tras la batalla. La mayor parte de las tropas de Luthadel estará fuera una temporada todavía, buscando a los rebeldes. Al parecer, varios grupos grandes se separaron de nuestro ejército principal y huyeron antes de que empezara la batalla.

La conversación se sumió en otro silencio. Vin bebió cerveza, más por coraje que por creer que fuera a hacerla sentir mejor. Unos cuantos minutos después sonaron pasos en las escaleras.

Kelsier entró en la cocina.

—Buenos días a todos —dijo con su alegría de costumbre—. Rollitos otra vez, veo. Clubs, tienes que contratar unas cocineras con más imaginación.

A pesar del comentario, dio un gran bocado a un rollito. Luego sonrió agradablemente mientras se servía algo de beber.

El grupo permaneció en silencio. Los hombres se miraron. Kelsier se quedó de pie, apoyado contra la alacena mientras comía.

—Kell, tenemos que hablar —dijo Dockson por fin—. El ejército ha desaparecido.

—Sí —contestó Kelsier entre bocado y bocado—. Ya me he dado cuenta.

—El trabajo se acabó, Kelsier —dijo Brisa—. Fue un buen intento, pero fracasamos.

Kelsier hizo una pausa. Frunció el ceño bajando el rollito.

—¿Fracasar? ¿Qué te hace decir eso?

—El ejército ha desaparecido, Kell —dijo Ham.

—El ejército era solamente una pieza de nuestros planes. Hemos tenido un contratiempo, sí..., pero no hemos terminado.

—¡Por todos los diablos, hombre! —exclamó Brisa—. ¿Cómo puedes estar ahí plantado tan alegre? Nuestros hombres han muerto. ¿Es que no te importa?

—Me importa, Brisa —contestó Kelsier, solemne—. Pero lo hecho, hecho está. Tenemos que seguir adelante.

—¡Exactamente! —dijo Brisa—. Seguir adelante y olvidar este descabellado «trabajo» tuyo. Es hora de renunciar. ¡Sé que no te gusta, pero es la pura verdad!

Kelsier dejó su plato en la encimera.

—No me aplaques, Brisa. *Nunca* me aplaques.

Brisa vaciló, la boca entreabierta.

—Bien —dijo por fin—. No usaré la alomancia: solo usaré la

verdad. ¿Sabes qué creo? Creo que tu intención no fue nunca apoderarte del atium.

»Nos has estado utilizando. Nos prometiste riquezas para que nos uniéramos a ti, pero nunca tuviste intención de hacernos ricos. Todo esto es por tu ego..., por convertirte en el jefe de bandas más famoso que haya existido jamás. Por eso has estado divulgando esos rumores, haciendo todos esos reclutamientos. Has conocido la riqueza..., ahora quieres convertirte en una leyenda.

Brisa guardó silencio, la mirada llena de reproche. Kelsier permaneció en pie, cruzado de brazos, mirando al grupo. Varios apartaron la mirada, mostrando en la vergüenza de sus ojos que habían pensado lo que Brisa estaba diciendo. Vin era uno de ellos. El silencio continuó, mientras todos esperaban una negativa.

Volvieron a sonar pasos en las escaleras y Fantasma irrumpió en la cocina.

—¡En voluntando el cuidado y en depie pa ver! ¡Una reunión, en la plaza de la Fuente!

Kelsier no pareció sorprendido por el anuncio del muchacho.

—¿Una reunión en la plaza de la Fuente? —dijo Ham lentamente—. Eso significa...

—Vamos —dijo Kelsier, irguiéndose—. Tenemos que ir a ver.

—Preferiría no hacer esto, Kell —dijo Ham—. Evito estas cosas por un motivo.

Kelsier lo ignoró. Se puso a la cabeza del grupo. Todos ellos (incluido Brisa) iban vestidos con ropajes y capas vulgares de skaa.

Había empezado a nevar ceniza y los copos revoloteaban en el cielo, como hojas caídas de un árbol invisible.

Montones de skaa ocupaban la calle, la mayoría obreros de las fábricas o las fundiciones. Vin solo conocía un motivo por el que los obreros eran enviados a reunirse en la plaza central de la ciudad.

Ejecuciones.

Nunca había asistido a una. Todos los hombres de la ciudad, skaa o nobles, debían asistir a las ceremonias de ejecución, pero las bandas de ladrones sabían cómo permanecer ocultas. Sonaban campanas a lo lejos, anunciando el evento, y los obligadores vigilaban en las aceras de las calles. Entrarían en las fábricas, fraguas y casas buscando a aquellos que desoyeran la llamada, castigándolos con la muerte. Reunir a tantísima gente era una labor enorme; pero, en cierto modo, hacer cosas así solo servía para demostrar lo poderoso que era el lord Legislador.

Las calles se abarrotaron aún más mientras la banda se acercaba a la plaza de la fuente. Los tejados de los edificios estaban repletos y la gente llenaba las calles, empujando. *Es imposible que quepan todos.* Luthadel no era como la mayoría de las ciudades: su población era enorme. Incluso solo con la asistencia de los hombres, era imposible que todo el mundo pudiera ver las ejecuciones.

Sin embargo, seguían acudiendo. En parte porque se les exigía, en parte porque no tenían que trabajar mientras las contemplaban y, en parte, sospechaba Vin, porque tenían la misma curiosidad morbosa que todos los hombres.

Mientras la muchedumbre aumentaba, Kelsier, Dockson y Ham empezaron a abrirse paso entre los curiosos. Algunos de los skaa

los miraron con resentimiento, aunque muchas de aquellas miradas eran solo turbias y complacientes. Algunos parecían sorprendidos, incluso entusiasmados, cuando vieron a Kelsier, aunque no mostraba sus cicatrices. Esos se apartaron ansiosamente.

Por fin llegaron a la fila de edificios que rodeaban la plaza. Kelsier escogió uno, indicándolo con un gesto, y Dockson avanzó. Un hombre apostado en la puerta trató de bloquearles el camino, pero Dox señaló hacia el tejado y luego sopesó su bolsa. Unos minutos más tarde, tenían todo el terrado para ellos.

—Ahúmanos, por favor, Clubs —dijo Kelsier en voz baja.

El artesano asintió y volvió invisible al grupo a los sentidos alománticos. Vin se acercó al borde del terrado y apoyó las manos sobre la barandilla de piedra mientras escrutaba la plaza.

—Tanta gente...

—Has vivido en ciudades siempre, Vin —dijo Ham, a su lado—. Sin duda habrás visto multitudes.

—Sí, pero...

¿Cómo podía explicarlo? La masa apretujada y cambiante no se parecía a nada que hubiera visto jamás. Era enorme, casi infinita, y ocupaba todas las calles que confluían en la plaza central. Los skaa estaban tan apretujados que se preguntó cómo tenían espacio para respirar.

Los nobles ocupaban el centro de la plaza, separados de los skaa por los soldados. Estaban cerca de la fuente central, que se alzaba unos cinco palmos sobre el resto de la plaza. Alguien había construido asientos para la nobleza, y allí estaban, como si asistieran a una representación teatral o a una carrera de caballos. Muchos iban acompañados de criados que sujetaban parasoles

para protegerlos de la ceniza, pero caía tan poca que algunos ni siquiera le prestaron la menor atención.

Junto a los nobles se hallaban los obligadores: los regulares, de gris; los inquisidores, de negro. Vin se estremeció. Había ocho inquisidores, sus formas larguiruchas destacándose una cabeza por encima de los obligadores. Pero no era solo la estatura lo que separaba a las oscuras criaturas de sus primos. Había un aire, una postura distintiva en los inquisidores de acero.

Vin se puso a estudiar a los obligadores normales. La mayoría se pavoneaba con sus túnicas administrativas: cuanto más alta era su posición, mejor era la túnica. Vin entornó los ojos, quemó estaño y reconoció un rostro moderadamente familiar.

—Allí —dijo, señalando—. Ese es mi padre.

Kelsier se asomó.

—¿Dónde?

—En la primera fila de los obligadores. El bajo con la capucha dorada.

Kelsier guardó silencio.

—¿Ese es tu padre? —preguntó por fin.

—¿Quién? —preguntó Dockson, entornando los ojos—. No les distingo la cara.

—Tevidian —dijo Kelsier.

—¿El *sumo prelado*? —preguntó Dockson, sorprendido.

—¿Qué? ¿Quién es ese? —quiso saber Vin.

Brisa se echó a reír.

—El sumo prelado es el jefe del Ministerio, querida. Es el más importante de los obligadores del lord Legislador: a efectos prácticos, posee un rango aún más alto que los inquisidores.

Vin se sentó, aturdida.

—El sumo prelado —murmuró Dockson, sacudiendo la cabeza—. Esto no hace más que mejorar.

—¡Mirad! —señaló de pronto Fantasma.

La multitud de skaa empezó a agitarse. Vin había supuesto que estaban demasiado apretujados para moverse, pero al parecer estaba equivocada. La gente empezó a abrir un amplio pasillo que conducía a la plataforma central.

¿Qué puede hacerles...?

Entonces lo sintió. El opresivo aturdimiento, como una enorme manta encima que le quitara el aire y le robara la voluntad. Inmediatamente quemó cobre. Sin embargo, como antes, le pareció que podía sentir al lord Legislador aplacando a pesar del metal. Lo sintió acercarse, tratar de hacerle perder toda su voluntad, todo su deseo, toda fuerza y emoción.

—Viene —susurró Fantasma, agachándose junto a ella.

Un carruaje negro tirado por una pareja de enormes caballos blancos apareció en una calle lateral. Recorrió el pasillo dejado por los skaa, moviéndose con una sensación de... inexorabilidad. Vin vio a varias personas apretujadas a su paso y sospechó que, si alguien caía ante el carruaje, el vehículo lo aplastaría sin ni siquiera detenerse.

Los skaa se apretaron un poco más mientras llegaba el lord Legislador, una ola visible barrió la multitud y la postura de la gente denotaba el sometimiento de sentir su poderosa fuerza aplacadora. El rugido de fondo de susurros y charlas se apagó y un silencio sobrenatural se apoderó de la enorme plaza.

—Es tan *poderoso* —dijo Brisa—. Incluso al máximo de mi poder,

yo solo puedo aplacar a un par de cientos de hombres. ¡Aquí tiene que haber decenas de miles!

Fantasma se asomó a la barandilla.

—Te da ganas de caerte. Solo por dejar...

Entonces se detuvo. Sacudió la cabeza como si despertara. Vin frunció el ceño. Algo era diferente. Probó a apagar su cobre y se dio cuenta de que ya no sentía el poder aplacador del lord Legislador. La sensación de horrible depresión, de carencia y vacío había desaparecido extrañamente. Fantasma alzó la cabeza y el resto de los miembros de la banda se irguió un poco más.

Vin miró alrededor. Los skaa de abajo no parecían haber notado el cambio. Sin embargo, sus amigos...

Sus ojos encontraron a Kelsier. El jefe de la banda permanecía erguido, contemplando con decisión el carruaje que se acercaba, con una expresión de concentración en el rostro.

Está encendiendo nuestras emociones, comprendió Vin. *Está contrarrestando el poder del lord Legislador.* Era obviamente una dura pugna de Kelsier por proteger a su pequeño grupo.

Brisa tiene razón, pensó Vin. *¿Cómo podemos combatir algo así? ¡El lord Legislador está aplacando a cien mil personas a la vez!*

Pero Kelsier siguió esforzándose. Por si acaso, Vin encendió su cobre. Luego quemó cinc y trató de ayudar a Kelsier, encendiendo las emociones de los que tenía cerca. Parecía como si estuviera tirando de una enorme pared inmóvil. Sin embargo, debió de servir de algo, porque Kelsier se relajó ligeramente y le dirigió una mirada de agradecimiento.

—Mirad —dijo Dockson, casi con toda seguridad ajeno a la batalla

invisible que había tenido lugar a su alrededor—. Los carros de los prisioneros.

Señaló un grupo de diez carros con barrotes que seguían al del lord Legislador.

—¿Reconocéis a alguno? —preguntó Ham, inclinándose hacia delante.

—No soy de los en vedores —respondió Fantasma, inquieto—. Tío, ¿estás en quemando?

—Sí, mi cobre está encendido —dijo Clubs—. Estás a salvo. Estamos tan lejos del lord Legislador que no importa, de todas formas. La plaza es enorme.

Fantasma asintió y empezó a quemar estaño. Un momento después, sacudió la cabeza.

—No en reconozco a ninguno.

—No estuviste presente en gran parte del reclutamiento, Fantasma —dijo Ham, forzando la vista.

Kelsier se subió a la cornisa y se protegió los ojos con una mano.

—Puedo ver a los prisioneros. No, no reconozco ninguna cara. No son soldados cautivos.

—¿Quiénes, entonces? —preguntó Ham.

—Parece que son mujeres y niños.

—¿Las familias de los soldados? —preguntó Ham, horrorizado.

Kelsier sacudió la cabeza.

—Lo dudo. No han tenido tiempo para identificar a los skaa muertos.

Ham frunció el ceño, confundido.

—Gente al azar, Hammond —dijo Brisa con un suspiro—.

Ejemplos... Ejecuciones aleatorias para castigar a los skaa por albergar rebeldes en su seno.

—No, ni siquiera eso —dijo Kelsier—. Dudo que el lord Legislador sepa siquiera, ni le importe, que la mayoría de esos hombres fueron reclutados aquí, en Luthadel. Debe de imaginarse que se ha tratado de otra rebelión campesina. Esto... esto es solo una forma de recordarle a todo el mundo quién tiene el control.

El carruaje del lord Legislador subió por una plataforma hasta el patio central. El ominoso vehículo se detuvo en el centro exacto de la plaza, pero el lord Legislador permaneció en su interior.

Los carros de los prisioneros se detuvieron y un grupo de obligadores y soldados empezaron a hacer bajar a sus ocupantes. Seguía cayendo ceniza negra cuando el primer grupo de prisioneros, la mayoría debatiéndose débilmente, fueron arrastrados hacia la plataforma elevada central. Un inquisidor dirigía el trabajo, indicando que los prisioneros fueran congregados junto a cada una de las cuatro fuentes en forma de cuenco de la plataforma.

Cuatro prisioneros fueron obligados a arrodillarse, uno junto a cada una de las fuentes, y cuatro inquisidores alzaron hachas de obsidiana. Las cuatro hachas cayeron y cuatro cabezas rodaron. Los cuerpos, todavía sujetos por los soldados, vaciaron su sangre en los cuencos de las fuentes.

Las fuentes empezaron a manar rojas. Los soldados arrojaron los cadáveres y trajeron a otras cuatro personas.

Fantasma apartó la mirada, asqueado.

—¿Por qué... por qué no hace nada Kelsier? ¿Para en salvarlos, quiero decir?

—No seas necio —dijo Vin—. Hay *ocho* inquisidores ahí abajo...

por no mencionar al mismísimo lord Legislador. Kelsier sería un idiota si intentara algo.

Aunque no me sorprendería que lo considerara, pensó, recordando que Kelsier había estado dispuesto a enfrentarse a un ejército entero él solo. Miró a un lado. Parecía que Kelsier se estaba obligando a contenerse, agarrándose con las manos lívidas a la chimenea que tenía al lado, para no correr a impedir las ejecuciones.

Fantasma se arrastró al otro lado del tejado, donde poder vomitar sin rociar de bilis a la gente de abajo. Ham gimió, e incluso Clubs pareció entristecido. Dockson observaba con solemnidad, como si ser testigo de las muertes fuera una especie de vigilia. Brisa solo sacudía la cabeza.

Kelsier, sin embargo... Kelsier estaba furioso. Tenía la cara roja, los músculos tensos, los ojos en llamas.

Cuatro muertes más, una de ellas de un niño.

—Esto —dijo Kelsier, indicando furioso la plaza central—. Esto es nuestro enemigo. No hay cuartel, no hay vuelta atrás. No es un trabajo sencillo, no es algo que podamos descartar cuando nos encontremos con unos cuantos contratiempos inesperados.

Cuatro muertes más.

—¡Miradlos! —exigió Kelsier, señalando los palcos llenos de nobles. La mayoría de ellos parecían aburridos y unos cuantos incluso parecían estar divirtiéndose, y se volvían y bromeaban entre sí mientras las decapitaciones continuaban.

—Sé que dudáis de mí —dijo Kelsier, volviéndose hacia el grupo—. Creéis que he sido demasiado duro con los nobles, creéis que me gusta demasiado matarlos. Pero ¿podéis sinceramente ver a

esos hombres reír y decirme que no se merecen morir por mi espada? Solo hago justicia.

Cuatro muertes más.

Vin escrutó los palcos con ojos ansiosos amplificados por el estaño. Encontró a Elend sentado entre un grupo de jóvenes. Ninguno reía, y no eran los únicos. Ciertamente, muchos de los nobles hacían bromas, pero había una pequeña minoría que parecía horrorizada.

—Brisa —continuó Kelsier—, me preguntaste por el atium. Seré sincero. Nunca fue mi objetivo principal: reuní a este grupo porque quería cambiar las cosas. Nos apoderaremos del atium, lo necesitaremos para apoyar un nuevo gobierno, pero este trabajo no es para que yo me haga rico, ni ninguno de vosotros.

»Yeden está muerto. Era nuestra excusa, un modo de poder hacer algo bueno mientras seguíamos fingiendo ser solo ladrones. Ahora que ya no está, podéis renunciar, si queréis. Renunciad. Pero eso no cambiará nada. La lucha continuará. Seguirán muriendo hombres. La única diferencia estribará en que, esta vez, lo estaréis ignorando.

Cuatro muertes más.

—Es hora de detener esta charada —dijo Kelsier, mirándolos uno a uno—. Si vamos a hacerlo, tenemos que ser sinceros y leales unos con otros. Tenemos que admitir que no es por dinero. Es para detener eso.

Señaló el patio con sus fuentes rojas, un signo visible de muerte para los miles de skaa que estaban demasiado lejos para ver lo que estaba sucediendo.

—Pretendo continuar mi lucha —dijo Kelsier suavemente—. Me

doy cuenta de que algunos cuestionáis mi liderazgo. Creéis que me he estado haciendo demasiada propaganda entre los skaa. Susurráis que me estoy convirtiendo en otro lord Legislador... Creéis que mi ego es más importante para mí que derrocar al imperio.

Calló, y Vin vio culpa en los ojos de Dockson y los demás. Fantasma se reunió con el grupo, todavía con mala cara.

Cuatro muertes más.

—Os equivocáis —dijo Kelsier en voz baja—. Tenéis que confiar en mí. Me ofrecisteis vuestra confianza cuando comenzamos este plan, a pesar de lo peligroso que parecía. ¡Sigo necesitando esa confianza! ¡No importa lo que parezca, no importa lo terribles que sean las probabilidades en contra, tenemos que seguir luchando!

Cuatro muertes más.

El grupo se volvió lentamente hacia Kelsier. Contrarrestar la presión del lord Legislador sobre sus emociones ya no parecía difícil para Kelsier, aunque Vin había dejado que se apagase su cinc.

Tal vez... tal vez pueda lograrlo, pensó Vin, a su pesar. Si alguna vez había existido un hombre que pudiera derrotar al lord Legislador, era Kelsier.

—No os elegí por vuestra competencia, aunque sois ciertamente hábiles —dijo Kelsier—. Os elegí a cada uno específicamente porque sabía que sois hombres con conciencia. Ham, Brisa, Dox, Clubs... Sois hombres con fama de honradez, incluso de caridad. Sabía que, si este plan iba a tener éxito, necesitaría a hombres que se preocuparan.

»No, Brisa, esto no es por los cuartos ni por la gloria. Esto es una guerra... una guerra que llevamos mil años librando, una guerra que

pretendo terminar. Podéis marcharos, si queréis. Sabéis que os dejaré marchar, sin hacer preguntas, sin exigir nada, si deseáis iros.

»Sin embargo —prosiguió, la mirada dura—, si os quedáis tenéis que prometer que dejaréis de cuestionar mi autoridad. Podéis expresar vuestras preocupaciones sobre el trabajo en sí, pero no habrá más susurros sobre mi liderazgo. Si os quedáis, seguidme. ¿Entendido?

Uno a uno, fue mirando a los ojos a los miembros del grupo. Cada uno de ellos asintió.

—Creo que no te hemos cuestionado realmente, Kell —dijo Dockson—. Estábamos... estábamos preocupados, y me parece que con razón. El ejército era una parte muy importante de nuestros planes.

Kelsier señaló al norte, hacia las puertas principales de la ciudad.

—¿Qué ves en la distancia, Dox?

—¿Las puertas de la ciudad?

—¿Y qué tienen de diferente?

Dockson se encogió de hombros.

—Nada fuera de lo corriente. Están un poco escasas de personal, pero...

—¿Por qué? —interrumpió Kelsier—. ¿Por qué faltan hombres?

Dockson vaciló.

—¿Porque la Guarnición no está?

—Exactamente —dijo Kelsier—. Ham dice que la Guarnición podría estar persiguiendo los restos de nuestro ejército durante meses, y que solo el diez por ciento de sus hombres se ha quedado. Eso tiene sentido: la Guarnición fue creada para apresar rebeldes.

Luthadel puede quedar indefensa, pero nadie ataca Luthadel. Nadie lo ha hecho nunca.

Una silenciosa comprensión pasó entre los miembros del grupo.

—Parte de nuestro plan para apoderarnos de la ciudad se ha cumplido —dijo Kelsier—. Hemos sacado a la Guarnición de Luthadel. Nos costó más de lo que esperábamos... mucho más de lo que tendría que haber costado. Ojalá los Dioses Olvidados hubieran querido que todos esos muchachos no hubieran muerto. Por desgracia, no podemos cambiar eso ya... solo podemos aprovechar la oportunidad que nos han ofrecido.

»El plan sigue en pie... La principal fuerza de pacificación de la ciudad no está. Si estalla una guerra entre casas, el lord Legislador tendrá problemas para detenerlas. Suponiendo que quiera hacerlo. Por algún motivo, tiende a retirarse y a dejar que la nobleza luche entre sí cada cien años aproximadamente. Tal vez piensa que dejar que se acuchillen mutuamente impide que se vuelvan contra él.

—Pero ¿y si la Guarnición vuelve? —preguntó Ham.

—Si no me equivoco, el lord Legislador la dejará perseguir a los supervivientes de nuestro ejército durante varios meses, dando a la nobleza la oportunidad de soltar un poco de vapor. Pero va a encontrarse con más de lo que esperaba. Cuando empiece esa guerra de casas, aprovecharemos el caos para apoderarnos del palacio.

—¿Con qué ejército, mi querido amigo? —preguntó Brisa.

—Todavía nos quedan soldados —dijo Kelsier—. Además, tenemos tiempo de reclutar más. Tendremos que ser cuidadosos..., no podemos usar las cuevas, así que tendremos que ocultar a nuestros soldados en la ciudad. Eso no permitirá reclutar a muchos.

Sin embargo, ese no será el problema... Veréis, la Guarnición regresará tarde o temprano.

Los miembros del grupo compartieron una mirada mientras las ejecuciones continuaban abajo. Vin guardó silencio, tratando de decidir qué había querido decir Kelsier con aquellas últimas palabras.

—Exactamente, Kell —dijo Ham, muy despacio—. La Guarnición regresará y no tendremos un ejército lo bastante grande para luchar contra ella.

—Pero tendremos el tesoro del lord Legislador —sonrió Kelsier—. ¿Qué es lo que has dicho siempre de esos soldados, Ham?

El violento vaciló, luego también él sonrió.

—Que son mercenarios.

—Nos apoderamos del dinero del lord Legislador —dijo Kelsier—, y eso significa que conseguimos también su ejército. Esto puede funcionar todavía, caballeros. Podemos hacer que salga bien.

El grupo pareció recuperar la confianza. Vin, sin embargo, se volvió hacia la plaza. Las fuentes eran tan rojas que parecían completamente llenas de sangre. Por encima de todo, el lord Legislador observaba desde su carruaje negro. Las ventanas estaban abiertas y, con estaño, Vin apenas pudo distinguir su silueta sentada en el interior.

Ese es nuestro verdadero enemigo, pensó. No la Guarnición que falta, ni los inquisidores con sus hachas. Ese hombre. El hombre del libro.

Tenemos que encontrar un modo de derrotarlo o, de lo contrario, todo lo demás que hagamos será inútil.

Creo que he descubierto por fin por qué me odia tanto Rashek. No cree que un extraño como yo, un forastero, pueda ser el Héroe de las Eras. Cree que de algún modo he engañado a los filósofos, que llevo injustamente las marcas del Héroe.

Según Rashek, solo un terrisano de pura sangre debería haber sido elegido como el Héroe. Curiosamente, me siento más decidido a causa de su odio. Debo demostrarle que puedo realizar esta tarea.

27



Esa tarde, el grupo regresó en silencio al taller de Clubs. Las ejecuciones habían durado horas. No había habido ninguna proclama, ninguna explicación por parte del Ministerio ni del lord Legislador: solo ejecución tras ejecución tras ejecución. Cuando se acabaron los cautivos, el lord Legislador y sus obligadores se marcharon dejando un montón de cadáveres en la plataforma y el agua ensangrentada fluyendo en las fuentes.

Mientras el grupo de Kelsier regresaba a la cocina, Vin advirtió que el dolor de cabeza ya no la molestaba. Era... insignificante. Los rollitos, que una de las doncellas de la casa había tapado cuidadosamente, seguían sobre la mesa. Nadie comió.

—Muy bien —dijo Kelsier, ocupando su lugar de costumbre contra la alacena—. Planeemos esto. ¿Cómo deberíamos actuar?

Dockson recuperó un fajo de papeles y se dispuso a sentarse.

—Sin la Guarnición, nuestro foco principal es la nobleza.

—En efecto —dijo Brisa—. Si de verdad pretendemos

apoderarnos del tesoro con solo unos pocos miles de soldados, van a necesitar algo que distraiga a la guardia de palacio e impida a la nobleza arrebatarnos la ciudad. Por tanto, la guerra entre casas adquiere una importancia fundamental.

Kelsier asintió.

—Es exactamente lo que yo pienso.

—Pero ¿qué sucederá cuando termine la guerra entre casas? —dijo Vin—. Algunas acabarán venciendo y entonces tendremos que tratar con ellas.

Kelsier sacudió la cabeza.

—No pretendo que la guerra entre casas termine jamás, Vin... o, al menos, no hasta dentro de mucho tiempo. El lord Legislador dicta las leyes y el Ministerio controla a sus seguidores, pero es la nobleza quien obliga a los skaa a trabajar. Así que, si derribamos a suficientes casas nobles, el gobierno tal vez caiga por su cuenta. No podemos combatir a todo el Imperio Final en su conjunto: es demasiado grande. Aunque sí podemos sacudirlo y hacer que las piezas luchen entre sí.

—Tenemos que causar problemas financieros en las Grandes Casas —dijo Dockson, revisando sus papeles—. La aristocracia es principalmente una institución financiera, y la falta de fondos hundirá cualquier casa.

—Brisa, puede que tengamos que utilizar a algunos de tus álter egos —dijo Kelsier—. Hasta ahora, he sido el único del grupo dedicado a la guerra entre casas... pero si vamos a intentar tomar la ciudad antes de que regrese la Guarnición, tendremos que redoblar nuestros esfuerzos.

Brisa suspiró.

—Muy bien. Deberemos tener mucho cuidado para asegurarnos de que nadie me reconoce accidentalmente como a otra persona que no debería ser. No puedo ir a fiestas ni celebraciones... aunque quizá pueda visitar alguna casa yo solo.

—Lo mismo vale para ti, Dox —dijo Kelsier.

—Eso pensaba.

—Será peligroso para ambos —dijo Kelsier—. Pero la velocidad será esencial. Vin seguirá siendo nuestra principal espía... Y nos convendría que empezara a difundir información. Cualquier cosa que inquiete a la nobleza.

Ham asintió.

—En tal caso, creo que lo mejor sería enfocar nuestra atención en la cúpula.

—En efecto —dijo Brisa—. Si logramos que las casas más poderosas parezcan vulnerables, entonces sus enemigos se dispondrán a golpear rápidamente. Solo después de que las casas poderosas hayan caído el pueblo se dará cuenta de que es realmente él quien sostiene la economía.

Todos guardaron silencio durante un segundo. Luego varias cabezas se volvieron hacia Vin.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Están hablando de la Casa Venture, Vin —dijo Dockson—. Es la más poderosa de las Grandes Casas.

Brisa asintió.

—Si Venture cae, todo el Imperio Final sentirá los temblores.

Vin no dijo nada durante un momento.

—No todos son mala gente —dijo por fin.

—Tal vez —contestó Kelsier—. Pero lord Straff Venture desde

luego lo es, y su familia ocupa el puesto más destacado del Imperio Final. La Casa Venture tiene que caer... y tú ya tienes algo ganado con uno de sus miembros más importantes.

Creí que querías que me mantuviera alejada de Elend, pensó ella, molesta.

—Mantén los oídos abiertos, niña —dijo Brisa—. Mira a ver si consigues que el muchacho hable de las finanzas de su casa. Encuéntranos un hueco y nosotros haremos el resto.

Igual que los juegos que tanto odia Elend. Sin embargo, las ejecuciones estaban todavía frescas en su mente. Esas cosas tenían que acabar. Además, ni siquiera a Elend le agradaban su padre y su casa. Tal vez... tal vez pudiera dar con algo.

—Veré qué puedo hacer —dijo.

Llamaron a la puerta. Uno de los aprendices fue a abrir. Unos momentos más tarde, Sazed, vestido con una capa skaa para ocultar sus rasgos, entró en la cocina.

Kelsier miró la hora.

—Llegas temprano, Sazed.

—Trato de convertirlo en costumbre, maese Kelsier —repuso el terrisano.

Dockson alzó una ceja.

—Una costumbre que alguien más debería adquirir.

Kelsier bufó.

—Si siempre llegas a tiempo, eso significa que nunca tienes nada mejor que hacer. Sazed, ¿cómo están los hombres?

—Todo lo bien que cabe esperar, maese Kelsier —repuso Sazed—. Pero no pueden estar escondidos eternamente en los almacenes de Renoux.

—Lo sé. Dox, Ham, necesito que os ocupéis de este problema. Quedan dos mil hombres de nuestro ejército. Quiero que los introduzcáis en Luthadel.

Dockson asintió, pensativo.

—Encontraremos un modo.

—¿Quieres que sigamos entrenándolos? —preguntó Ham.

Kelsier asintió.

—Entonces tendremos que esconderlos por escuadrones. No tenemos recursos para entrenarlos individualmente. Digamos... ¿un par de cientos de hombres por equipo? ¿Ocultos en los suburbios, cerca unos de otros?

—Asegúrate de que ninguno de los equipos sepa nada de los demás —dijo Dockson—, ni que intentamos atacar el palacio. Con tantos hombres en la ciudad cabe la posibilidad de que sean apresados por los obligadores por uno u otro motivo.

Kelsier asintió.

—Decid a cada grupo que es el único que no puede disolverse y que debe permanecer unido por si es necesario en algún momento del futuro.

—También dijiste que el reclutamiento tenía que continuar —dijo Ham.

Kelsier asintió.

—Me gustaría tener al menos el doble de soldados antes de intentar actuar.

—Eso va a ser difícil —dijo Ham—, considerando el fracaso de nuestro ejército.

—¿Qué fracaso? —preguntó Kelsier—. Diles la verdad: que nuestro ejército consiguió neutralizar con éxito a la Guarnición.

—Aunque la mayoría muriera haciéndolo.

—Podemos saltarnos esa parte —dijo Brisa—. El pueblo estará furioso por las ejecuciones... Debería estar más dispuesto a escucharnos.

—Reunir soldados va a ser tu principal tarea en los próximos meses, Ham —dijo Kelsier.

—No es mucho tiempo, pero veré qué puedo hacer.

—Bien —dijo Kelsier—. Sazed, ¿llegó la nota?

—Llegó, maese Kelsier —respondió Sazed, sacando una carta de su capa y entregándosela.

—¿Qué es eso? —preguntó Brisa con curiosidad.

—Un mensaje de Marsh —dijo Kelsier, abriendo la carta y repasando su contenido—. Está en la ciudad y tiene noticias.

—¿Qué noticias? —preguntó Ham.

—No lo dice —respondió Kelsier, tomando un rollito—. Pero da instrucciones acerca de dónde reunirse con él esta noche.

Kelsier se puso una capa de skaa.

—Voy a explorar el lugar antes de que oscurezca. ¿Vienes, Vin?

Ella asintió y se puso en pie.

—Los demás, seguid trabajando en el plan —dijo Kelsier—. Dentro de dos meses, quiero que esta ciudad esté tan tensa que cuando finalmente se rompa ni siquiera el lord Legislador pueda volver a recomponerla.

—Hay algo que no nos estás diciendo, ¿verdad? —dijo Vin, volviéndose hacia Kelsier desde la ventana—. Una parte del plan.

Kelsier la miró en la oscuridad. El sitio elegido por Marsh era un

edificio abandonado de los Quiebro, uno de los barrios skaa más empobrecidos. Kelsier había localizado un segundo edificio abandonado enfrente de donde iban a reunirse y Vin y él esperaban en la planta superior, vigilando la calle hasta que llegara Marsh.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por el lord Legislador —respondió Vin, picoteando un trocito de la madera podrida del alféizar—. He sentido su poder, hoy. No creo que los otros lo hayan hecho, no como lo hace alguien nacido de la bruma. Pero sé que tú debes de haberlo sentido también. —Alzó la cabeza de nuevo y miró a Kelsier a los ojos—. Sigues planeando hacer que salga de la ciudad antes de que intentemos tomar el palacio, ¿no?

—No te preocupes por el lord Legislador. El Undécimo metal se encargará de él.

Vin frunció el ceño. En el exterior, el sol se ponía con una feroz llamarada de frustración. Las brumas saldrían pronto y, supuestamente, Marsh llegaría poco después.

El Undécimo metal, pensó ella, recordando el escepticismo con el que los otros miembros de la banda se referían a él.

—¿Es real? —preguntó Vin.

—¿El Undécimo metal? Por supuesto que sí. Te lo mostré, ¿recuerdas?

—No me refiero a eso. ¿Son auténticas las leyendas? ¿Estás mintiendo?

Kelsier se volvió hacia ella con el ceño levemente fruncido. Entonces sonrió.

—Eres una muchacha muy brusca, Vin.

—Lo sé.

La sonrisa de Kelsier aumentó.

—La respuesta es no. No estoy mintiendo. Las leyendas son auténticas, aunque tardé algún tiempo en encontrarlas.

—¿Y ese pedazo de metal que nos enseñaste es de verdad el Undécimo metal?

—Eso creo.

—Pero no sabes cómo usarlo.

Kelsier vaciló, luego negó con la cabeza.

—No, no lo sé.

—Eso no es muy reconfortante.

Kelsier se encogió de hombros y se volvió hacia la ventana.

—Aunque no descubra el secreto a tiempo, dudo que el lord Legislador sea un problema tan grande como crees. Es un alomántico poderoso, pero no lo sabe todo: si lo supiera, ahora mismo estaríamos muertos. Tampoco es omnipotente: si lo fuera, no habría necesitado ejecutar a todos esos skaa para intentar someter a la ciudad por el miedo.

»No sé lo que es... pero creo que es más hombre que dios. Las palabras de ese libro de viajes... son las palabras de una persona corriente. Su verdadero poder procede de sus ejércitos y sus riquezas. Si eliminamos eso, no podrá hacer nada para impedir que su imperio se desplome.

Vin frunció el ceño.

—Puede que no sea un dios, pero... es algo, Kelsier. Algo diferente. Hoy, cuando estuvo en la plaza, sentí su contacto en mis emociones a pesar de que estaba quemando cobre.

—Eso no es posible, Vin —dijo Kelsier, negando con la cabeza—. Si lo fuera, los inquisidores percibirían la alomancia aunque hubiese

un ahumador cerca. Si ese fuera el caso, ¿no crees que perseguirían a todos los brumosos skaa y los matarían?

Vin se encogió de hombros.

—Sabes que el lord Legislador es fuerte y te parece que deberías poder sentirlo. Eso es todo —dijo Kelsier.

Tal vez tenga razón, pensó ella, arrancando otro trocito del marco de la ventana. Después de todo, lleva siendo alomántico más tiempo que yo.

Pero... sentí algo, ¿no? Y el inquisidor que estuvo a punto de matarme, me encontró en medio de la oscuridad y la lluvia. Debí de sentir algo.

Sin embargo, no insistió.

—El Undécimo metal. ¿No podríamos intentar ver qué hace?

—No es tan sencillo —dijo Kelsier—. ¿Recuerdas que te dije que nunca quemaras un metal que no fuese uno de los diez?

Vin asintió.

—Quemar otro metal puede ser mortífero. Incluso la mezcla equivocada en una aleación puede hacerte enfermar. Si me equivoco con el Undécimo metal...

—Te matará —aseveró Vin.

Kelsier asintió.

Así que no estás tan seguro como pretendes, decidió ella. De lo contrario, ya lo habrías intentado.

—Eso es lo que quieres encontrar en el libro —dijo Vin—. Una pista para usar el Undécimo metal.

Kelsier asintió.

—Me temo que no hemos tenido mucha suerte en ese aspecto. Hasta ahora, el libro ni siquiera menciona la alomancia.

—Aunque sí la feruquimia.

Kelsier la miró, un hombro apoyado contra la pared.

—¿Así que Sazed te ha hablado de eso?

Vin bajó la mirada.

—Yo... más o menos lo obligué.

Kelsier se echó a reír.

—Me pregunto qué he lanzado al mundo al enseñarte alomancia. Naturalmente, mi maestro dijo lo mismo de mí.

—Tenía razón en preocuparse.

—Por supuesto que sí.

Vin sonrió. En el exterior el sol ya se había puesto y diáfanos parches de bruma empezaban a formarse en el aire. Flotaban como fantasmas, creciendo lentamente, extendiendo su influencia a medida que la noche se acercaba.

—Sazed no tuvo tiempo de hablarme mucho sobre la feruquimia —dijo Vin con cuidado—. ¿Qué cosas puede hacer? —Esperó nerviosa, convencida de que Kelsier la pillaría en la mentira.

—La feruquimia es completamente interna —dijo Kelsier—. Puede proporcionar algunas de las cosas que nosotros conseguimos con el peltre y el estaño: fuerza, resistencia, visión... Pero cada atributo tiene que ser guardado por separado. Puede amplificar también un montón de otras cosas que la alomancia no puede: memoria, velocidad física, claridad de pensamiento... Incluso algunas cosas extrañas como el peso de alguien o la edad pueden ser alteradas con la feruquimia.

—¿Entonces es más poderosa que la alomancia?

Kelsier se encogió de hombros.

—La feruquimia no tiene ningún poder externo: no puede empujar

ni tirar de emociones, ni puede empujar acero ni tirar de hierro. La mayor limitación de la feruquimia es que tienes que almacenar todas sus habilidades extrayéndolas de tu propio cuerpo.

»¿Quieres ser el doble de fuerte durante un tiempo? Bueno, tienes que pasarte varias horas siendo débil para almacenar la fuerza. Si quieres almacenar la habilidad de sanar rápidamente, tienes que pasarte mucho tiempo enfermo. En la alomancia, los metales son nuestro combustible: podemos hacer que las cosas duren mientras tengamos suficiente metal que quemar. En la feruquimia, los metales son solo elementos de almacenamiento: tu propio cuerpo es el auténtico combustible.

—Entonces vas y robas los metales almacenados por otro, ¿no?

—dijo Vin.

Kelsier negó con la cabeza.

—No funciona. Los feruquimistas solo pueden acceder al metal almacenado que ellos mismos han creado.

—Oh.

Kelsier asintió.

—Así que no, yo no diría que la feruquimia sea más poderosa que la alomancia. Ambas tienen ventajas y limitaciones. Por ejemplo, un alomántico solo puede avivar un metal hasta un punto, de modo que su fuerza máxima es limitada. Los feruquimistas no tienen esa limitación; si un feruquimista tiene suficiente fuerza almacenada para ser el doble de fuerte de lo normal durante una hora, puede elegir ser tres veces más fuerte durante un periodo de tiempo más corto... O incluso cuatro, cinco, seis veces más fuerte periodos de tiempo aún más cortos.

Vin frunció el ceño.

—Parece una ventaja muy grande.

—Cierto —dijo Kelsier, buscando dentro de su capa y sacando un frasquito que contenía varias perlas de atium—. Pero nosotros tenemos *esto*. No importa si un feruquimista es tan fuerte como cinco hombres o como cincuenta... Si sé qué va a hacer a continuación, lo derrotaré.

Vin asintió.

—Toma —dijo Kelsier, abriendo el frasquito y sacando una de las perlas. Cogió otro frasco, este lleno de la solución de alcohol normal, y dejó caer la perla en él—. Toma una. Puede que la necesites.

—¿Esta noche? —preguntó Vin, aceptando el frasquito.

Kelsier asintió.

—Pero si es solo Marsh.

—Podría ser —respondió él—. Pero también es posible que los obligadores lo hayan capturado y le hayan obligado a escribir esa carta. Tal vez lo estén siguiendo, o tal vez lo hayan capturado desde que la escribió y lo hayan torturado para descubrir el lugar de la reunión. Marsh está en un sitio muy peligroso: imagínate intentar hacer lo mismo que tú estás haciendo en esos bailes, pero cambiando a los nobles por obligadores e inquisidores.

Vin se estremeció.

—Supongo que tienes razón —añadió, guardando la perla de atium—. Sabes, me sucede algo... Ya ni siquiera me paro a pensar cuánto vale esto.

Kelsier no respondió inmediatamente.

—A mí me cuesta olvidar cuánto vale —dijo en voz baja.

—Yo... —Vin se calló y le miró las manos. Normalmente llevaba

camisas de manga larga y guantes: su reputación hacía peligroso que sus cicatrices características fueran visibles en público. Sin embargo, Vin sabía que estaban allí. Como miles de diminutos arañazos blancos superpuestos.

—Tienes razón en lo del libro —dijo Kelsier—. Esperaba que hiciera mención al Undécimo metal. Pero la alomancia ni siquiera se menciona en referencia a la feruquimia. Los dos poderes son similares en muchos aspectos: lo normal sería que los comparara.

—Tal vez le preocupaba que alguien leyera el libro y no quiso revelar que era alomántico.

Kelsier asintió.

—Tal vez. Es posible que no hubiera roto todavía. Lo que sucedió en esas montañas de Terris hizo de un héroe un tirano; tal vez también despertara sus poderes. Supongo que no lo sabremos hasta que Sazed termine su traducción.

—¿Le falta mucho?

—Solo un poquito. La parte importante, espero. Me siento un poco frustrado con el texto. ¡El lord Legislador ni siquiera nos ha dicho qué tiene que conseguir en esas montañas! Dice que va a hacer algo para proteger al mundo entero, pero puede que solo sea su ego el que habla.

A mí no me pareció muy egoísta en el texto, pensó Vin. Más bien lo contrario.

—De cualquier forma, sabremos más cuando las últimas partes hayan sido traducidas —dijo Kelsier.

Fuera oscurecía y Vin tuvo que encender su estaño para ver bien. La calle ante su ventana se volvió visible, adoptando la extraña mezcla de sombra y luz que era el resultado de la visión ampliada

por el estaño. Sabía que estaba oscuro, lógicamente. Sin embargo, podía ver. No como lo hacía con la luz normal (todo estaba apagado), pero con visión de todas formas.

Kelsier comprobó su reloj de bolsillo.

—¿Cuánto falta? —preguntó Vin.

—Otra media hora. Suponiendo que llegue a tiempo... y dudo que lo haga. Es mi hermano, al fin y al cabo.

Vin asintió y apoyó los brazos cruzados sobre el alféizar roto. Aunque era muy poca cosa, se sentía cómoda teniendo el atium que Kelsier le había dado.

Vaciló. Pensar en el atium le recordó algo importante. Algo en lo que había pensado en varias ocasiones, molesta.

—¡Nunca me has enseñado el noveno metal! —lo acusó, volviéndose.

Kelsier se encogió de hombros.

—Te dije que no era muy importante.

—Da igual. ¿Qué es? ¿Alguna aleación de atium, supongo?

Kelsier negó con la cabeza.

—No, los dos últimos metales no siguen la misma pauta que los ocho básicos. El noveno metal es el oro.

—¿El oro? —preguntó Vin—. ¿Eso? ¡Podría haberlo intentado hace tiempo por mi cuenta!

Kelsier se echó a reír.

—Suponiendo que quisieras. Quemar oro es una experiencia un poco... incómoda.

Vin entornó los ojos, luego se volvió hacia la ventana. Ya *veremos*, pensó.

—Vas a intentarlo de todas formas, ¿verdad? —dijo Kelsier,

sonriendo.

Vin no respondió.

Kelsier suspiró, rebuscó en su mochila y sacó un cuarto de oro y una lima.

—Deberías usar una de estas —dijo, alzando la lima—. Sin embargo, si consigues el metal tú misma, quema primero un poquito para asegurarte de que es puro o está correctamente mezclado.

—¿Y si no lo está?

—Lo sabrás —prometió Kelsier, y empezó a limar la moneda—. ¿Recuerdas el dolor de cabeza después de recurrir tanto tiempo al peltre?

—Sí.

—El metal malo es peor. Mucho peor. Compra tus metales cuando puedas: en cada ciudad encontrarás un grupito de mercaderes que proporciona metales en polvo a los alománticos. A esos mercaderes les interesa asegurarse de que todos sus metales son puros: un nacido de la bruma molesto y con dolor de cabeza no es exactamente el tipo de cliente con el que uno quiere hacer tratos.

Kelsier terminó de limar y luego recogió una pizca de polvo de metal en un cuadradito de tela. Con el dedo recogió parte y se la tragó.

—Es bueno —dijo, entregándole la tela—. Adelante... pero recuerda: quemar el noveno metal es una experiencia extraña.

Vin asintió, algo aprensiva. *No lo sabrás si no lo pruebas*, pensó, y luego se metió el polvillo en la boca y se lo tragó con un poco de agua de su cantimplora.

Una nueva reserva de metal apareció en su interior, desconocido

y distinto de los que conocía. Miró a Kelsier, tomó aliento y quemó oro.

Estuvo en dos lugares a la vez. Podía ver y podía verse.

Una de las dos era una mujer extraña: la niña que había sido siempre, pero cambiada y transformada. Esa niña había sido cautelosa y cuidadosa... nunca habría quemado un metal desconocido basándose solo en la palabra de un hombre. Aquella mujer era una necia: había olvidado muchas de las cosas que le habían permitido sobrevivir. Bebía copas preparadas por otros. Confraternizaba con desconocidos. No vigilaba a la gente que la rodeaba. Seguía siendo mucho más cautelosa que la mayoría de la gente, pero había perdido mucho.

La otra ella era algo que siempre había odiado en secreto. Una niña, en realidad. Delgada hasta el punto de la flaqueza, solitaria, llena de odio, desconfiada. No amaba a nadie y nadie la amaba a ella. Siempre se decía que no le importaba. ¿Había algo por lo que mereciera la pena vivir? Tenía que haberlo. La vida no podía ser tan patética como parecía. Sí, tenía que haberlo. No había nada más.

Vin era ambas. Estaba en ambos sitios, moviendo ambos cuerpos, siendo a la vez niña y mujer. Extendió unas manos vacilantes e inseguras y se tocó las caras.

Vin jadeó y desapareció. Sintió un súbito tropel de emociones, una sensación de vacío y confusión. No había sillas en la habitación, así que se sentó en el suelo, de espaldas a la pared, las rodillas en alto, los brazos en torno a ellas.

Kelsier se acercó y se agachó para posar una mano en su hombro.

—No pasa nada.

—¿Qué ha sido eso? —susurró ella.

—El oro y el atium se complementan, como las otras parejas de metales —dijo Kelsier—. El atium te permite ver el futuro, aunque sea marginalmente. El oro funciona de un modo similar, pero te permite ver el pasado. O, al menos, te permite ver otra versión de ti mismo, si las cosas hubieran sido diferentes en el pasado.

Vin se estremeció. La experiencia de ser dos personas a la vez, de verse a sí misma dos veces, había sido perturbadora. Su cuerpo todavía temblaba y su mente ya no se sentía bien.

Por fortuna, la sensación parecía estar remitiendo.

—Recuérdame que te haga caso en el futuro —dijo—. Al menos, cuando hables de alomancia.

Kelsier se echó a reír.

—Intenté sacártelo de la cabeza el máximo tiempo posible. Pero tenías que probarlo tarde o temprano. Lo superarás.

Vin asintió.

—Ya... casi ha pasado. Pero no era solo una visión, Kelsier. Ha sido *real*. He podido tocarla, a mi otro yo.

—Puede que te lo parezca. Pero no estaba aquí: al menos yo no la he visto. Es una alucinación.

—Las visiones del atium no son solo alucinaciones —dijo Vin—. Las sombras muestran lo que va a hacer la gente.

—Cierto. No sé. El oro es extraño, Vin. Creo que nadie lo entiende. Mi maestro, Gemmel, decía que una sombra de oro era una persona que no existía... pero que podría haberlo hecho. Una persona en la que podrías haberte convertido si no hubieras tomado ciertas decisiones. Naturalmente, Gemmel era un poco raro, así que no estoy seguro de hasta qué punto creí lo que decía.

Vin asintió. Sin embargo, era improbable que quisiera descubrir más cosas sobre el oro en el futuro inmediato. No pretendía volver a quemarlo, si podía. Siguió sentada, dejando que sus emociones se calmaran, y Kelsier regresó junto a la ventana. Al cabo de un rato, hizo un gesto.

—¿Está aquí? —preguntó Vin, poniéndose en pie.

Kelsier asintió.

—¿Quieres quedarte aquí y descansar un poco?

Vin negó con la cabeza.

—Muy bien, pues —dijo él, dejando sobre la ventana el reloj, la lima y otros metales—. Vamos.

No salieron por la ventana: Kelsier no quería llamar la atención, aunque esa zona de los Quiebro estaba tan desierta que Vin no estaba segura de por qué se molestaban. Abandonaron el edificio por unas escaleras maltrechas y cruzaron la calle en silencio.

El edificio que Marsh había elegido estaba aún más ruinoso que el que Vin y Kelsier habían usado como escondite. Le faltaba la puerta principal, aunque Vin vio restos de ella en el suelo. El interior olía a polvo y hollín. Tuvo que sofocar un estornudo. Una figura, de pie al otro lado de la habitación, se volvió al oír el sonido.

—¿Kell?

—Soy yo. Y Vin.

Mientras Vin se acercaba, vio a Marsh escrutando la oscuridad. Era extraño tenerlo a plena vista sabiendo que para él Kelsier y ella no eran más que sombras. La pared del fondo del edificio se había desplomado y la bruma entraba libremente en la habitación, casi tan densa como en el exterior.

—¡Llevas los tatuajes del Ministerio! —dijo Vin, mirando a Marsh.

—Por supuesto —respondió Marsh con tanta severidad como de costumbre—. Me los hice antes de unirme a la caravana. Fue necesario para interpretar el papel de un acólito.

No eran grandes (se hacía pasar por un obligador de rango inferior), pero la pauta era inconfundible. Líneas oscuras rodeando los ojos, extendiéndose hacia fuera como relámpagos quebrados. Una línea mucho más gruesa, de un rojo vivo, le recorría un lado de la cara. Vin reconoció el dibujo: era el de un obligador perteneciente al Cantón de la Inquisición. Marsh no se había infiltrado únicamente en el Ministerio: había elegido la sección más peligrosa.

—Pero los tendrás para siempre —dijo Vin—. Son tan distintivos... Adondequiera que vayas te reconocerán como un obligador o como un fraude.

—Es parte del precio que tuvo que pagar por infiltrarse en el Ministerio, Vin —dijo Kelsier en voz baja.

—No importa —dijo Marsh—. No tenía mucha vida antes de todo esto, de cualquier forma. Mirad, ¿podemos darnos prisa? Tengo que estar en otra parte pronto. Los obligadores llevan una vida muy atareada y solo tengo unos minutos.

—De acuerdo —dijo Kelsier—. Supongo que tu infiltración salió bien, entonces.

—Salió bien —dijo Marsh llanamente—. Demasiado bien, en realidad: creo que me he distinguido del grupo. Suponía que estaría en desventaja, ya que no tuve los mismos cinco años de formación que los otros acólitos. Me aseguré de contestar a sus preguntas con el mayor acierto posible y de ocuparme de mis deberes con aplicación. Sin embargo, al parecer sé más sobre el Ministerio que

algunos de sus miembros. Desde luego soy más competente que esta hornada de recién llegados, y los prelados se han dado cuenta.

Kelsier se echó a reír.

—Siempre has sido muy exagerado.

Marsh bufó levemente.

—Mis conocimientos, por no mencionar mi habilidad como buscador, ya me han labrado una reputación destacada. No estoy seguro de hasta qué punto quiero que los prelados me presten atención... Ese pasado que esbozamos empieza a sonar un poco débil cuando un inquisidor te interroga.

Vin frunció el ceño.

—¿Les has dicho que eres un brumoso?

—Claro que sí. El Ministerio (sobre todo el Cantón de la Inquisición) recluta con diligencia a los buscadores nobles. El hecho de que yo sea uno de ellos es suficiente para impedir que hagan demasiadas preguntas sobre mi pasado. Están contentos de tenerme, a pesar de que soy más viejo que la mayoría de los acólitos.

—Además —dijo Kelsier—, tenía que decirles que es un brumoso para poder entrar en las sectas más secretas del Ministerio. La mayoría de los obligadores de alto rango son brumosos de algún tipo. Tienden a favorecer a los suyos.

—Por buenos motivos —dijo Marsh, hablando rápidamente—. Kell, el Ministerio es mucho más competente de lo que suponíamos.

—¿Qué quieres decir?

—Hacen uso de sus brumosos. Buen uso. Tienen bases por toda la ciudad... comisarías aplacadoras, las llaman. Cada una dispone de un par de aplacadores del Ministerio cuyo único deber es

extender una influencia mitigadora a su alrededor, calmando y deprimiendo las emociones de todos los que hay en la zona.

Kelsier siseó.

—¿Cuántas?

—Docenas —dijo Marsh—. Concentradas en las secciones de skaa de la ciudad. Saben que los skaa están derrotados, pero quieren asegurarse de que las cosas sigan así.

—¡Infiernos! —exclamó Kelsier—. Siempre me había parecido que los skaa de Luthadel estaban más sometidos que los demás. No me extraña que tuviéramos tantos problemas para reclutarlos. ¡Las emociones de la gente están bajo un aplacamiento constante!

Marsh asintió.

—Los aplacadores del Ministerio son buenos, Kell. Muy buenos. Incluso mejores que Brisa. Lo único que hacen es aplacar todo el día, todos los días. Y como no intentan que hagas nada específico, en vez de apartarte de gamas emocionales extremas, son muy difíciles de detectar.

»En cada grupo hay un ahumador que lo mantiene oculto y un buscador para detectar alománticos. Apuesto que es así como los inquisidores obtienen un montón de pistas: la mayoría de los nuestros son lo bastante listos para no quemar metal cuando saben que hay un obligador en la zona, pero están más relajados en los suburbios.

—¿Puedes darnos una lista de las comisarías? —preguntó Kelsier—. Tenemos que saber dónde están esos buscadores, Marsh.

Marsh asintió.

—Lo intentaré. Voy camino de mi comisaría ahora mismo... Siempre hacen los cambios de personal de noche, para no desvelar

su secreto. Los rangos superiores se han interesado en mí y me van a dejar visitar algunas comisarías para que me familiarice con su trabajo. Veré si puedo conseguirte esa lista.

Kelsier asintió en la oscuridad.

—Pero... no hagas tonterías con la información, ¿de acuerdo? —dijo Marsh—. Tenemos que ser cuidadosos, Kell. El Ministerio mantiene estas comisarías en secreto desde hace mucho tiempo. Ahora que sabemos de su existencia, tenemos una clara ventaja. No la desperdicies.

—No lo haré —prometió Kelsier—. ¿Qué hay de los inquisidores? ¿Has descubierto algo sobre ellos?

Marsh guardó silencio un instante.

—Son... extraños, Kell. No sé. Parecen tener todos los poderes alománticos, así que supongo que fueron nacidos de la bruma en algún momento. No puedo averiguar mucho de ellos... aunque sé que envejecen.

—¿De verdad? —preguntó Kelsier, interesado—. Entonces, ¿no son inmortales?

—No —respondió Marsh—. Los obligadores dicen que los inquisidores cambian de vez en cuando. Esas criaturas tienen una vida muy larga, pero acaban por morir de viejas. Se reclutan otras entre las filas de los nobles. Son personas, Kell... Pero han sido... cambiadas.

Kelsier asintió.

—Si pueden morir de viejos, entonces quizás haya también otras formas de matarlos.

—Eso es lo que yo pienso —dijo Marsh—. Veré qué puedo averiguar, pero no esperes gran cosa. Los inquisidores no tienen

mucha relación con los obligadores normales..., hay tensión política entre los dos grupos. El sumo prelado controla la Iglesia, pero los inquisidores creen que son ellos quienes deberían estar al mando.

—Interesante —dijo Kelsier muy despacio. Vin prácticamente pudo oír su mente reflexionando sobre esta nueva información.

—He de marcharme —dijo Marsh—. He tenido que venir corriendo y voy a llegar tarde a mi cita.

Kelsier asintió y Marsh empezó a marcharse abriéndose paso entre los escombros.

—Marsh —dijo Kelsier mientras llegaba a la puerta.

Marsh se volvió.

—Gracias. Me imagino lo peligroso que es esto.

—No lo hago por ti, Kell —dijo Marsh—. Pero... agradezco tus palabras. Trataré de enviarte otra misiva cuando tenga más información.

—Ten cuidado.

Marsh desapareció en la noche brumosa. Kelsier se quedó en la habitación destrozada unos minutos, mirando el lugar por donde se había desvanecido su hermano.

No mentía tampoco en eso, pensó Vin. Se preocupa de verdad por Marsh.

—Vámonos —dijo Kelsier—. Deberías regresar a la Mansión Renoux... La Casa Lekal va a dar otra fiesta dentro de unos cuantos días y es necesario que estés presente.

A veces, mis compañeros dicen que me preocupo y me cuestiono demasiado. Sin embargo, aunque puedo dudar de mi estatura como héroe, hay una cosa que nunca he puesto en duda: el bien final de nuestra misión.

La Profundidad tiene que ser destruida. La he visto y la he sentido. Este nombre que le damos es una palabra demasiado débil, creo. Sí, es profunda e insondable, pero también es terrible. Muchos no se dan cuenta de que es sentiente, pero yo he sentido su mente, tal como es, las pocas veces que me he enfrentado a ella directamente.

Es un ser de destrucción, locura y corrupción. Arrasaría este mundo, no por rencor o animosidad, sino tan solo porque eso es lo que hace.

28



El salón de baile del Torreón de Lekal tenía forma de pirámide. La pista estaba en una plataforma, a la altura de la cintura, en el mismo centro de la sala, y las mesas ocupaban cuatro plataformas similares que la rodeaban. Los criados corrían por los pasillos entre las plataformas, sirviendo la cena a los aristócratas.

Cuatro filas de balcones cubrían el perímetro de la sala piramidal, cada una un poco más cercana al vértice, cada una asomándose un poco más sobre la pista de baile. Aunque el espacio estaba bien iluminado, los balcones quedaban ensombrecidos por los que tenían encima. El diseño pretendía que pudiera verse bien el rasgo artístico más distintivo de la fortaleza: las pequeñas vidrieras de cada balcón.

Los nobles Lekal alardeaban de que, aunque otras torres contaban con vidrieras más grandes, el Torreón de Lekal tenía las más detalladas. Vin tuvo que admitir que eran impresionantes.

Había visto tantas vidrieras en los últimos meses que empezaba a no fijarse en ellas. Sin embargo, las vidrieras del Torreón de Lekal dejaban a las demás en ridículo. Cada una era una extravagante y detallada maravilla de color resplandeciente. Animales exóticos saltaban, paisajes lejanos seducían y los nobles miraban orgullosos desde sus retratos.

También había, naturalmente, las imágenes habituales dedicadas a la Ascensión. Vin las reconocía ya con mayor facilidad y le sorprendió ver referencias a cosas que había leído en el libro de viajes. Las colinas verde esmeralda. Las escarpadas montañas, con débiles líneas como olas surgiendo de las cimas. Un lago profundo y oscuro. Y... negrura. La Profundidad. Un caótico ser de destrucción.

Él la derrotó, pensó Vin. *Pero... ¿qué era?* Tal vez el final del libro revelaría más. Sacudió la cabeza y dejó atrás el recoveco y su negra ventana. Recorrió el segundo balcón, vestida con una saya de blanco puro, un atuendo que nunca hubiese imaginado durante su vida como skaa. La ceniza y el hollín habían formado parte de su vida anterior, tanto que no creía haber tenido siquiera el concepto de cómo era un blanco prístino. Saber eso hacía que el vestido le pareciera aún más maravilloso. Esperaba no perder nunca esa sensación interior de saber cómo había sido la vida antes. La hacía apreciar lo que tenía mucho más que a la nobleza.

Continuó caminando por el balcón, buscando a su presa. Colores chispeantes brillaban en las ventanas, desparramando luz por todo el salón. La mayoría de las vidrieras brillaba desde el interior de pequeños huecos situados a lo largo del balcón, y por eso el que tenía delante estaba moteado de bolsas de oscuridad y color. Vin no se detuvo a estudiar ninguna vidriera: ya lo había hecho durante sus

primeros bailes en el Torreón de Lekal. Esa noche tenía asuntos que atender.

Encontró a su presa en el pasillo del balcón situado al este. Lady Kliss hablaba con un grupo de personas, así que Vin se detuvo, fingiendo estudiar una vidriera. El grupo de Kliss pronto se dispersó: solo se podía soportar a Kliss a pequeñas dosis. La mujer empezó a acercarse a ella. Mientras lo hacía, Vin se volvió fingiendo sorpresa.

—¡Vaya, lady Kliss! No te he visto en toda la noche.

Kliss se volvió al momento, obviamente entusiasmada ante la perspectiva de tener a otra persona con quien chismorrear.

—¡Lady Valette! —dijo, avanzando—. ¡Te perdiste el baile de lord Cabe la semana pasada! No habrás vuelto a recaer en tu enfermedad, ¿verdad?

—No —dijo Vin—. Pasé esa noche cenando con mi tío.

—Oh —comentó Kliss, decepcionada. Una recaída habría sido una historia mejor—. Bueno, eso está bien.

—He oído que tienes noticias interesantes sobre lady Tren-Pedri Delouse —dijo Vin con cuidado—. Yo misma he oído algunas cosas interesantes últimamente. —Miró a Kliss, dando a entender que estaba dispuesta a intercambiar chismes.

—¡Ah, eso! —dijo Kliss con manifiesta ansiedad—. Bueno, me he enterado de que Tren-Pedri no está demasiado interesada en una unión con la Casa Aime, aunque su padre dice que habrá boda pronto. Ya sabes cómo son los hijos de Aime. Vaya, Fedren es un bufón redomado.

Vin se esforzó por no demostrar su hartazgo interno. Kliss siguió hablando, sin darse cuenta siquiera de que Vin tenía algo que ella misma quería compartir. *Usar la sutileza con esta mujer es tan*

efectivo como intentar vender aguas perfumadas a un skaa de plantación.

—Qué interesante —dijo Vin, interrumpiéndola—. Tal vez la duda de Tren-Pedri se deba a la relación de la Casa Aime con la Casa Hasting.

Kliss vaciló.

—¿Cómo dices?

—Bueno, todo el mundo sabe lo que está planeando la Casa Hasting.

—¿Ah, sí?

Vin fingió rubor.

—Oh. Tal vez no se sabe todavía. Por favor, lady Kliss, olvida lo que he dicho.

—¿Olvidar? —dijo Kliss—. Vaya, ya está olvidado. Pero vamos, no puedes pararte ahora. ¿A qué te refieres?

—No debería decirlo. Es algo que oí comentar a mi tío.

—¿Tu tío? —preguntó Kliss, cada vez más ansiosa—. ¿Qué dijo? Sabes que puedes fiarte de mí.

—Bueno... Dijo que la Casa Hasting estaba desviando un montón de recursos hacia sus plantaciones del Dominio Sur. Mi tío estaba bastante contento: Hasting se ha retirado de alguno de sus contratos y mi tío esperaba conseguirlos.

—Desviando... —dijo Kliss—. Bueno, no harían eso a menos que estuvieran planeando irse de la ciudad...

—¿Puedes reprochárselo? —preguntó Vin en voz baja—. Quiero decir, ¿quién quiere arriesgarse a quedarse aquí con lo que le ha pasado a la Casa Tekiel?

—Quién, desde luego... —dijo Kliss. Prácticamente temblaba de

ansiedad por enterarse.

—Pero, por favor, estamos hablando solo de oídas —dijo Vin—. No deberías contárselo a nadie.

—Por supuesto. Hummm... Discúlpame. Tengo que irme.

—Por supuesto —dijo Vin, viendo a la mujer dirigirse hacia las escaleras.

Sonrió. La Casa Hasting no estaba haciendo ningún preparativo, naturalmente. Hasting era una de las familias más fuertes de la ciudad y no era probable que se retirara de nada. Sin embargo, Dockson estaba en el taller falsificando documentos que, cuando fueran entregados en los lugares adecuados, implicarían que Hasting planeaba hacer justo lo que Vin había dicho.

Si todo salía bien, la ciudad entera esperaría pronto la marcha de Hasting. Sus aliados harían planes y tal vez incluso empezaran a marcharse también. La gente que compraba armas pondría sus ojos en otros temiendo que Hasting no pudiera hacer buenos contratos cuando se marchara. Cuando Hasting no se fuera los haría parecer indecisos. Sin sus aliados, con sus ingresos debilitados, bien podrían ser la siguiente casa en caer.

No obstante, la Casa Hasting era una de las casas contra las que actuar era más fácil. Tenía fama por sus subterfugios y la gente creería que planeaba una retirada en secreto. Además, Hasting era una fuerte casa mercantil, lo que significaba que dependía mucho de sus contratos para sobrevivir. Una casa con una fuente de ingresos tan obvia y dominante también tenía una debilidad clara. Lord Hasting había trabajado duro para aumentar la influencia de su casa en las últimas décadas, y al hacerlo había estirado sus recursos hasta el límite.

Otras casas eran mucho más estables. Vin suspiró, se dio la vuelta y recorrió el pasillo, mirando el enorme reloj colocado entre balcones al otro lado de la sala.

Venture no caería fácilmente. Seguía siendo poderosa por su fortuna: aunque participaba en algunos contratos, no basaba su economía en ellos como las otras casas. Venture era lo suficientemente rica, y lo suficientemente poderosa, para que incluso un desastre mercantil la sacudiera apenas.

En cierto modo, la estabilidad de Venture era buena cosa: para Vin, al menos. La casa no tenía ninguna debilidad clara, así que tal vez la banda no se sintiera demasiado decepcionada cuando ella no pudiera descubrir ninguna forma de hacerla caer. Después de todo, no necesitaban *imperiosamente* destruir la Casa Venture; hacerlo solo facilitaría el plan.

Pasara lo que pasase, Vin tenía que asegurarse de que Venture no sufriera el mismo destino que la Casa Tekiel. Destruída su reputación, sus finanzas al descubierto, los Tekiel habían intentado marcharse de la ciudad... y esta última muestra de debilidad había sido demasiado. Algunos de los nobles de Tekiel habían sido asesinados antes de marcharse; el resto habían sido encontrados en las ruinas calcinadas de sus barcos, en el canal, al parecer después de ser atacados por bandidos. Vin, sin embargo, no conocía ninguna banda de ladrones que se atreviera a matar a tantos nobles.

Kelsier aún no había podido descubrir qué casa estaba detrás de los asesinatos, pero a la nobleza de Luthadel ni siquiera parecía importarle quién era el culpable. La Casa Tekiel se había permitido ir debilitándose, y nada resultaba más embarazoso para la nobleza

que una Gran Casa que no podía mantenerse. Kelsier tenía razón: aunque en los bailes se mostraban amables, los nobles estaban más que dispuestos a apuñalarse si eso los beneficiaba.

Más o menos como en las bandas de ladrones, pensó Vin. Los nobles no son tan diferentes de la gente con la que crecí.

Tanta amabilidad fingida solo volvía la atmósfera más peligrosa. Bajo aquella fachada había planes, asesinatos y (tal vez lo más importante) nacidos de la bruma. No era ninguna casualidad que en todos los bailes a los que había asistido recientemente hubiera gran número de guardias, con armadura y sin ella. Las fiestas servían al propósito adicional de hacer advertencias y demostrar fuerzas.

Elend está a salvo, se dijo. A pesar de lo que piense de su familia, han hecho un buen trabajo manteniendo su posición en la jerarquía de Luthadel. Es el heredero... lo protegerán de los asesinos.

Deseó que esas aseveraciones fueran un poco más convincentes. Sabía que Shan Elariel estaba planeando algo. La Casa Venture podía estar a salvo, pero Elend se mostraba a veces un poco... ajeno. Si Shan hacía algo contra él en el ámbito personal, podría ser o no un golpe importante para la Casa Venture, pero sería un golpe importante para Vin.

—Lady Valette Renoux —dijo una voz—. Creo que llegas tarde.

Vin se volvió para ver a Elend en un hueco en la pared, a su izquierda. Sonrió, mirando el reloj, y advirtió que en efecto habían pasado unos minutos de la hora en que había prometido reunirse con él.

—Debo de estar contagiándome de las malas costumbres de algunos amigos míos —dijo, entrando en el hueco.

—Bueno, veamos, yo no he dicho que sea mala cosa —dijo

Elend, sonriendo—. Hasta diría que es el deber cortés de toda dama retrasarse. A los caballeros les viene bien esperar un poco por capricho de las mujeres... O eso me decía siempre mi madre.

—Parece que era una mujer sabia —contestó Vin. El hueco en la pared era lo bastante grande para que dos personas cupieran de pie y de lado. Se encontraba frente a él, con el balcón a la izquierda y una maravillosa vidriera de color lavanda a la derecha. Sus pies casi se tocaban.

—Bueno, no estaría yo tan seguro. Se casó con mi padre, después de todo.

—Uniéndose así a la casa más poderosa del Imperio Final. No se puede hacer nada mejor... aunque supongo que podría haber intentado casarse con el lord Legislador. Pero lo último que sé es que no estaba buscando esposa.

—Lástima —dijo Elend—. Tal vez parecería un poco menos deprimido si hubiera una mujer en su vida.

—Supongo que eso dependería de la mujer. —Vin miró a un grupo de asistentes a la fiesta que pasaban—. Por cierto, este no es un lugar exactamente privado. La gente nos mira con mala cara.

—Tú eres la que ha entrado aquí conmigo.

—Sí, bueno, no he pensado en los chismes que podrían desatarse.

—Pues que chismorreen —dijo Elend, irguiéndose.

—¿Porque eso enfadará a tu padre?

Elend negó con la cabeza.

—Eso ya no me importa, Valette. —Elend dio un paso adelante, acercándose más a ella. Vin pudo sentir su aliento. Él tardó un momento en hablar—. Creo que voy a besarte.

Vin se estremeció ligeramente.

—No creo que quieras hacer eso, Elend.

—¿Por qué?

—¿Cuánto sabes realmente de mí?

—No tanto como me gustaría.

—No tanto como necesitas, tampoco —dijo Vin, mirándolo a los ojos.

—Entonces, cuéntame.

—No puedo. Ahora, no.

Elend guardó silencio un instante, luego asintió y se retiró. Salió al pasillo.

—¿Vamos a dar un paseo, entonces?

—Sí —dijo Vin, aliviada... pero también un poco decepcionada.

—Es lo mejor —aseguró Elend—. Ese hueco tiene una luz absolutamente terrible para leer.

—Ni te atrevas —dijo Vin, mirando el libro que tenía en el bolsillo mientras se reunía con él—. Lee cuando estés con otra, no conmigo.

—¡Pero si es así como empezó nuestra relación!

—Y así es como podría terminar también —dijo ella, tomándolo del brazo.

Elend sonrió. No eran la única pareja que paseaba por el balcón y, abajo, otras parejas bailaban lentamente siguiendo la suave música.

Parece tan pacífico todo. Y, sin embargo, hace solo unos días mucha de esta gente vio tan tranquila cómo decapitaban a mujeres y niños.

Sintió el brazo de Elend, su calor junto a ella. Kelsier decía que sonreía tanto porque sentía la necesidad de tomar la alegría que

podiera del mundo, para saborear los momentos de felicidad que parecían tan infrecuentes en el Imperio Final. Al pasear junto a Elend, Vin pensó que empezaba a comprender cómo se sentía Kelsier.

—Valette... —dijo Elend, despacio.

—¿Qué?

—Quiero que te marches de Luthadel.

—¿Qué?

Él se detuvo, se volvió a mirarla.

—He pensado mucho en esto. Puede que no te des cuenta, pero la ciudad se está volviendo peligrosa. Muy peligrosa.

—Lo sé.

—Entonces sabes que una casa pequeña sin aliados no tiene nada que hacer en el Dominio Central ahora mismo —dijo Elend—. Tu tío fue valiente al venir aquí y tratar de establecerse, pero eligió el momento equivocado. Yo... creo que las cosas van a estallar muy pronto. Cuando eso suceda, no puedo garantizar tu seguridad.

—Mi tío sabe lo que está haciendo, Elend.

—Esto es *diferente*, Valette. Casas enteras van a caer. La familia Tekiel no fue asesinada por bandidos... Eso fue obra de la Casa Hasting. No serán las últimas muertes antes de que esto haya terminado.

Vin vaciló, pensando de nuevo en Shan.

—Pero... tú estás a salvo, ¿verdad? La Casa Venture... no es como las otras. Es estable.

Elend negó con la cabeza.

—Somos aún más vulnerables que el resto, Valette.

—Pero vuestra fortuna es grande. No dependéis de ningún

contrato.

—Puede que no sean visibles, pero están ahí —dijo Elend en voz baja—. Somos buenos actores y la gente supone que tenemos más de lo que tenemos. Sin embargo, con los impuestos del lord Legislador a las casas... bueno, la única forma de mantener tanto poder en esta ciudad es a través de otros ingresos. Ingresos secretos.

Vin frunció el ceño y Elend se acercó más, hablando casi en un susurro.

—Mi familia atiende las minas de atium del lord Legislador, Valette —dijo—. De ahí procede nuestra riqueza. En cierto modo, nuestra estabilidad depende casi por completo de los caprichos del lord Legislador. No le gusta molestarle él mismo en recoger el atium, pero se molesta mucho si la entrega prevista se interrumpe.

¡Averigua más!, le dijo el instinto a Vin. Este es el secreto: esto es lo que necesita Kelsier.

—Ay, Elend —susurró—. No deberías contarme esto.

—¿Por qué no? Confío en ti. Mira, tienes que comprender lo peligrosa que es la situación. Ha habido problemas con el suministro de atium últimamente. Desde que... bueno, sucedió algo hace unos cuantos años. Desde entonces, las cosas han sido distintas. Mi padre no puede satisfacer las cuotas del lord Legislador y la última vez que eso sucedió...

—¿Qué?

—Bueno —dijo Elend, y parecía preocupado—. Digamos que las cosas podrían ponerse feas para los Venture. El lord Legislador depende de ese atium, Valette: es una de las principales formas con las que controla a la nobleza. Una casa sin atium es una casa que

no puede defenderse de los nacidos de la bruma. Al mantener una gran reserva, el lord Legislador controla el mercado y se hace enormemente rico al mismo tiempo. Financia sus ejércitos haciendo que el atium sea escaso y luego vende pequeñas porciones a precios exorbitantes. Si supieras más sobre la economía alomántica, todo esto tendría más sentido para ti.

Venga, confía en mí. Comprendo más de lo que crees. Y ahora sé mucho más de lo que debería.

Elend se detuvo y le sonrió amablemente a un obligador que paseaba por el balcón junto a ellos. El obligador los miró, los ojos reflexivos dentro de su telaraña de tatuajes.

Elend se volvió hacia ella en cuanto el obligador pasó.

—Quiero que te marches —repitió—. La gente sabe que te he prestado atención. Con suerte, supondrán que ha sido solo por incordiar a mi padre, pero podrían intentar utilizarte de todas formas. Las Grandes Casas no tendrán ningún resquemor en aplastar a toda tu familia solo por llegar a mí y a mi padre. Tienes que irte.

—Yo... lo pensaré.

—No queda mucho tiempo para pensar —le advirtió Elend—. Quiero que te marches antes de que te impliques demasiado en lo que está sucediendo en esta ciudad.

Ya estoy implicada mucho más de lo que crees.

—He dicho que me lo pensaré. Mira, Elend, creo que deberías preocuparte más por ti mismo. Creo que Shan Elariel va a intentar hacer algo contra ti.

—¿Shan? —dijo Elend, divertido—. Es inofensiva.

—No creo que lo sea, Elend. Tienes que tener más cuidado.

Él se echó a reír.

—Míranos... cada uno intentando convencer al otro de lo terrible que es la situación, y cada uno rehusando tozudamente escuchar al otro.

Vin vaciló, luego sonrió.

Elend suspiró.

—No vas a hacerme caso, ¿verdad? ¿Hay algo que pueda hacer para que te marches?

—Ahora mismo no —dijo ella en voz baja—. Mira, Elend, ¿no podemos disfrutar del tiempo que estamos juntos? Si las cosas continúan como están, puede que no tengamos más oportunidades como esta en algún tiempo.

Él se detuvo y, finalmente, asintió. Ella notó que seguía preocupado, pero continuaron paseando del brazo. Caminaron un rato juntos, en silencio, hasta que algo llamó la atención de Vin. Apartó la mano de su brazo y le cogió la mano.

Él la miró, frunciendo el ceño por su confusión mientras acariciaba el anillo de su dedo.

—Es de metal de verdad —dijo ella, un poco sorprendida, a pesar de lo que le habían dicho.

Elend asintió.

—Oro puro.

—¿No te preocupan los...?

—¿Alománticos? —preguntó Elend. Se encogió de hombros—. No sé... No son el tipo de cosa con lo que haya tenido que enfrentarme. ¿No os ponéis metal en las plantaciones?

Vin negó con la cabeza y señaló uno de los alfileres de su pelo.

—Madera pintada.

Elend asintió.

—Quizá sea lo mejor —dijo—. Pero, bueno, cuanto más tiempo estás en Luthadel, más te das cuenta de lo poco que se hace en nombre de la cordura. El lord Legislador lleva anillos de metal... y, por tanto, también los lleva la nobleza. Algunos filósofos dicen que todo es parte de Su plan. El lord Legislador lleva metal porque sabe que la nobleza lo imitará y por tanto dará a sus inquisidores poder sobre ella.

—¿Y tú estás de acuerdo? —preguntó Vin colgándose de nuevo de su brazo—. Con los filósofos, quiero decir.

Elend negó con la cabeza.

—No —dijo en voz aún más baja—. El lord Legislador... es solo arrogante. He leído historias de guerreros, hace tiempo, que corrían a la batalla sin armadura, supuestamente para demostrar lo valientes y fuertes que eran. Esto es igual, creo..., aunque admito que en un grado mucho más sutil. Él lleva metal para alardear de su poder, para demostrar lo poco que teme lo que le podríamos hacer.

Bueno, pensó Vin, está dispuesto a llamar arrogante al lord Legislador. Tal vez consiga que admita algo más...

Elend se detuvo, miró el reloj.

—Me temo que no tengo mucho tiempo esta noche, Valette.

—No importa. Tienes que ir a reunirte con tus amigos. —Lo miró, tratando de calibrar su reacción.

Él, que no parecía sorprendido, se limitó a enarcar una ceja.

—En efecto. Eres muy observadora.

—No hay que observar gran cosa. Cada vez que estamos en los torreones de Hasting, Venture, Lekal o Elariel, corres a reunirte con la misma gente.

—Mis amigos de bebida —dijo Elend con una sonrisa—. Un grupo

poco probable en el clima político de hoy en día, pero molesta a mi padre.

—¿Qué hacéis en esas reuniones? —preguntó Vin.

—Hablamos de filosofía, principalmente. Somos un poco pesados... Lo cual no es sorprendente, supongo, si nos conoces a alguno. Hablamos del gobierno, de política... del lord Legislador.

—¿Y qué decís de él?

—Bueno, no nos gustan algunas cosas que ha hecho con el Imperio Final.

—¡Entonces queréis derrocarlo!

Elend le dirigió una mirada extraña.

—¿Derrocarlo? ¿Qué te hace pensar eso, Valette? Él es el lord Legislador... Es Dios. No podemos hacer nada a ese respecto. — Apartó la mirada mientras continuaban caminando—. No, mis amigos y yo tan solo... deseamos que el Imperio Final sea un poco diferente. No podemos cambiar las cosas ahora, pero tal vez algún día, suponiendo que sobrevivamos a este año que se avecina, estaremos en situación de influir en el lord Legislador.

—¿Y conseguir qué?

—Bueno, pongamos esas ejecuciones de hace unos días. No creo que sirvieran para nada. Los skaa se rebelaron. En represalia, el Ministerio ejecutó a unos cuantos cientos de personas al azar. ¿Qué se consigue con eso aparte de enfadar aún más al pueblo? Así que la próxima vez la rebelión será más grande. ¿Significa eso que el lord Legislador ordenará que decapiten todavía a más gente? ¿Cuánto tiempo puede continuar eso antes de que no quede ningún skaa?

Vin se mostró pensativa.

—¿Y qué harías tú, lord Venture? —dijo por fin—. Si estuvieras al mando.

—No lo sé —confesó Elend—. He leído un montón de libros, incluso algunos que supuestamente no debería haber leído, y no he encontrado ninguna respuesta sencilla. Sin embargo, estoy bastante seguro de que decapitar a la gente no resolverá nada. El lord Legislador lleva mucho tiempo en el poder... Cabría pensar que tendría que haber encontrado un modo mejor. Pero, de todas formas, tendremos que continuar con la conversación más adelante...

Se volvió a mirarla.

—¿Ya es la hora? —preguntó ella.

Elend asintió.

—Prometí que me reuniría con ellos y más o menos soy su referente. Supongo que podría decirles que llegaré tarde...

Vin negó con la cabeza.

—Ve a beber con tus amigos. Estaré bien... Hay unas cuantas personas con las que tengo que hablar.

Tenía que volver a trabajar: Brisa y Dockson se habían pasado horas planeando y preparando las mentiras que tenía que difundir y estarían esperando su informe en el taller de Clubs después de la fiesta.

Elend sonrió.

—Tal vez no debería preocuparme tanto por ti. Quién sabe... Considerando todas vuestras maniobras políticas, tal vez la Casa Renoux pronto sea el poder de esta ciudad y yo no sea más que un pobre mendigo.

Vin sonrió y él hizo una reverencia, guiñándole un ojo, y luego se

marchó escaleras abajo. Vin se acercó lentamente a la barandilla del balcón y contempló a la gente que bailaba y cenaba abajo.

Así que no es ningún revolucionario, pensó. Kelsier tenía razón una vez más. Me pregunto si alguna vez se cansará de eso.

Pero, de todas formas, no podía sentirse decepcionada con Elend. No todo el mundo estaba tan loco como para pensar que podía derrocar al dios-emperador. El simple hecho de que Elend estuviera dispuesto a pensar por su cuenta lo diferenciaba del resto; era un buen hombre, un hombre que se merecía una mujer que fuera digna de su confianza.

Por desgracia, tenía a Vin.

Así que la Casa Venture explota en secreto las minas de atium del lord Legislador, pensó. Tienen que ser los que administran los Pozos de Hathsin.

Era una posición atterradoramente precaria para una casa: sus finanzas dependían directamente de complacer al lord Legislador. Elend pensaba que era cuidadoso, pero Vin estaba preocupada. No se tomaba a Shan Elariel lo suficientemente en serio, de eso estaba segura. Se dio la vuelta y bajó a la planta principal.

Encontró fácilmente la mesa de Shan; la mujer siempre se sentaba con un gran número de nobles asistentes, presidiendo como un lord dirige su plantación. Vin vaciló. Nunca había abordado a Shan directamente. Alguien, sin embargo, tenía que proteger a Elend: obviamente, él era demasiado necio para hacerlo por su cuenta.

Vin avanzó. El terrisano de Shan la estudió mientras se acercaba. Era muy diferente a Sazed: no tenía el mismo... espíritu. Aquel hombre mantenía una expresión neutra, como una criatura tallada

en piedra. Unas cuantas damas miraron a Vin con desaprobación, pero la mayoría de ellas, Shan incluida, la ignoraron.

Vin se plantó torpemente junto a la mesa, esperando una pausa en la conversación. No hubo ninguna. Finalmente, se acercó unos pasos a Shan.

—¿Lady Shan? —preguntó.

Ella se volvió con mirada de hielo.

—No te he mandado llamar, campesina.

—Sí, pero he encontrado unos libros como me...

—Ya no requiero tus servicios —dijo Shan, volviéndose—. Puedo tratar yo sola con Elend Venture. Ahora, sé una niña buena y deja de molestarme.

Vin vaciló, aturdida.

—Pero tu plan...

—He dicho que ya no eres necesaria. ¿Crees que he sido brusca contigo antes, niña? Eso fue cuando estaba de buen humor. Trata de molestarme ahora. Vin se arrugó ante la mirada despectiva de la mujer. Parecía... disgustada. Incluso furiosa. ¿Celosa?

Debe de haberlo descubierto, pensó Vin. Finalmente se ha dado cuenta de que no estoy jugando con Elend. Sabe que me interesa y no confía en mí para que guarde sus secretos.

Vin se alejó de la mesa. Al parecer, tendría que usar otros métodos para descubrir los planes de Shan.

A pesar de lo que solía decir, Elend Venture no se consideraba a sí mismo un hombre grosero. Era más bien un... filósofo verbal. Le gustaba sondear una conversación y darle la vuelta para ver cómo reaccionaba la gente. Como los grandes pensadores de antaño,

probaba los límites y experimentaba con métodos poco convencionales.

Naturalmente, pensó, alzando la copa de brandy ante los ojos e inspeccionándola, *la mayoría de esos antiguos filósofos fueron ejecutados por traición*. No eran precisamente los modelos más recomendables.

La conversación política con su grupo había terminado y se había retirado con varios amigos al salón de caballeros del Torreón de Lekal, una pequeña cámara adyacente al salón de baile. Estaba amueblado en tonos verdes y los sillones eran cómodos; habría sido un buen lugar para leer, si hubiera estado de mejor humor. Jastes estaba sentado frente a él, fumando su pipa. Era bueno ver al joven Lekal tan tranquilo. Aquellas últimas semanas habían sido difíciles para él.

Guerra de casas, pensó Elend. *Qué terrible momento. ¿Por qué ahora? Las cosas iban tan bien...*

Telden regresó con una nueva copa momentos más tarde.

—¿Sabes? —dijo Jastes, haciendo un gesto con la pipa en la mano—, cualquiera de los criados podría haberte traído otra bebida.

—Me apetecía estirar las piernas —dijo Telden, sentándose en el tercer sillón.

—Y has coqueteado con no menos de tres mujeres mientras volvías —repuso Jastes—. Las he contado.

Telden sonrió y tomó un sorbo de su copa. El hombretón nunca se sentaba sin más, sino que se reclinaba. Telden podía parecer relajado y cómodo no importaba cuál fuera la situación, sus elegantes trajes y su pelo bien cuidado envidiablemente atractivos.

Tal vez debería prestar un poco más de atención a este tipo de

cosas, pensó Elend. *Valette soporta mi pelo tal como es, pero ¿le gustaría más si me lo cuidara?*

A menudo, Elend pensaba acudir a un estilista o un sastre, pero otras cosas tendían a robar su atención. Se perdía en sus estudios o pasaba demasiado tiempo leyendo y luego llegaba tarde a sus citas. Otra vez.

—Elend está callado esta noche —comentó Telden. Aunque había otros grupos de caballeros sentados en el salón, los sillones estaban lo bastante apartados para permitir conversaciones privadas.

—Lleva así mucho tiempo últimamente —dijo Jastes.

—Ah, sí —replicó Telden, frunciendo levemente el ceño.

Elend los conocía bastante bien para entender sus pullas.

—¿Por qué tiene que ser así la gente? —dijo—. Si tenéis algo que decir, ¿por qué no lo decís sin rodeos?

—Política, amigo mío —contestó Jastes—. Somos, por si no te has dado cuenta, caballeros.

Elend puso los ojos en blanco.

—Muy bien, lo diré yo. —Jastes se pasó la mano por el pelo, una costumbre nerviosa que, Elend estaba seguro, contribuía a la incipiente calvicie del joven—. Has estado pasando mucho tiempo con esa chica Renoux, Elend.

—Hay una explicación muy sencilla para eso. Verás, da la casualidad de que me gusta.

—Eso no es bueno, Elend —dijo Telden, sacudiendo la cabeza—. No es bueno.

—¿Por qué? Tú mismo pareces bastante satisfecho ignorando las diferencias de clase, Telden. Te he visto flirtear con la mitad de las sirvientas de la sala.

—Yo no soy heredero de mi casa.

—Y —dijo Jastes—, estas chicas son de fiar. Mi familia contrató a estas mujeres: conocemos su casa, su pasado y sus alianzas.

Elend frunció el ceño.

—¿Qué estáis dando a entender?

—Hay algo extraño en esa muchacha, Elend —dijo Jastes. Había vuelto a su nerviosismo habitual, la pipa olvidada sobre la mesa.

Telden asintió.

—Se acercó a ti con demasiada rapidez, Elend. Quiere algo.

—¿Como qué? —preguntó Elend, cada vez más molesto.

—Elend, Elend —dijo Jastes—. No puedes evitar el juego diciendo que no quieres jugarlo. Te buscará. Renoux se mudó a la ciudad justo cuando las tensiones entre las casas empezaban a aumentar y trajo consigo a un pariente desconocido..., una chica que inmediatamente empezó a tontear con el joven más importante y buscado de Luthadel. ¿No te parece extraño?

—Lo cierto es que yo la abordé primero —puntualizó Elend—. Aunque solo fuera porque me quitó el sitio donde leía.

—Pero tienes que admitir que es sospechoso lo pronto que se ha pegado a ti —dijo Telden—. Si vas a dedicarte a los amoríos, Elend, tienes que aprender una cosa. Puedes jugar con las mujeres si quieres, pero no te permitas acercarte demasiado a ellas, pues empezarán los problemas.

Elend negó con la cabeza.

—Valette es diferente.

Los otros dos intercambiaron una mirada. Entonces Telden se encogió de hombros y volvió a su bebida. Jastes, sin embargo, suspiró, se puso en pie y se desperezó.

—Bueno, creo que me marchó.

—Una copa más —dijo Telden.

Jastes negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—Ya sabes cómo son mis padres las noches de baile: si no salgo y despido al menos a alguno de los invitados, me darán la lata durante semanas.

El joven les dio las buenas noches a todos y regresó al salón principal. Telden bebió de su copa, mirando a Elend.

—No estoy pensando en ella —dijo Elend, picado.

—¿En qué, entonces?

—En la reunión de esta noche. No estoy seguro de que me guste el resultado.

—Bah —dijo el hombretón, agitando la mano—. Eres peor que Jastes. ¿Qué sucedió con el hombre que asistía a esas reuniones solo para relajarse y pasar un rato con los amigos?

—Está preocupado —dijo Elend—. Algunos de sus amigos podrían acabar al mando de sus casas antes de lo que esperaban, y le preocupa que ninguno de nosotros esté preparado.

Telden hizo una mueca.

—No seas tan melodramático —dijo, sonriéndole y guiñándole a la joven sirvienta que retiraba las copas vacías—. Tengo la impresión de que todo esto va a quedar en nada. Dentro de unos cuantos meses lo recordaremos y nos preguntaremos a qué venía tanto alboroto.

Kale Tekiel no podrá recordarlo, pensó Elend.

La conversación se fue apagando, sin embargo, y Telden acabó por marcharse. Elend se quedó allí sentado un rato, abriendo *Los dictados de la sociedad* para leer un poco, pero tuvo problemas para

concentrarse. Acarició la copa de brandy entre sus dedos, pero no bebió mucho.

Me pregunto si Valette se habrá marchado ya... Había tratado de buscarla al término de su reunión, pero al parecer ella estaba en una reunión privada propia.

Esa chica está demasiado interesada en política para su propio bien, pensó ociosamente. Tal vez estuviera solo celoso: unos cuantos meses en la corte y ya parecía más competente que él. Era tan intrépida, tan osada, tan... interesante. No encajaba con ninguno de los estereotipos de la corte.

¿Podría tener razón Jastes?, se preguntó. *Desde luego, es diferente de las otras mujeres, y dio a entender que había cosas de ella que no conocía.*

Elend descartó el pensamiento. Valette era distinta, cierto... pero también era inocente, a su modo. Estaba ansiosa, llena de asombro y coraje.

Se sentía preocupado por ella: obviamente, no sabía lo peligrosa que podía ser Luthadel. Había mucho más en la política de la ciudad que simples partidos y pequeñas intrigas. ¿Qué sucedería si alguien decidía enviar a un nacido de la bruma a tratar con ella y su tío? Renoux tenía pocos contactos y ninguno de los miembros de la corte habría parpadeado dos veces por unos cuantos asesinatos en Fellise. ¿Sabía el tío de Valette tomar las precauciones adecuadas? ¿Le preocupaban siquiera los alománticos?

Elend suspiró. Tenía que asegurarse de que Valette dejara la zona. Era la única opción.

Para cuando su carruaje llegó al Torreón de Venture, Elend había decidido que había bebido demasiado. Se marchó a sus habitaciones, ansiando su cama y su almohada.

De camino a su dormitorio, sin embargo, pasó ante el estudio de su padre. La puerta estaba abierta y había luz a pesar de la hora. Elend trató de caminar sin hacer ruido sobre la alfombra, pero nunca había sido muy sigiloso.

—¿Elend? —llamó la voz de su padre—. Ven un momento.

Elend suspiró para sí. A lord Straff Venture no se le pasaba ni una. Era un ojo de estaño: sus sentidos eran tan agudos que debía de haber oído llegar al carruaje. *Si no hablo con él ahora me enviará a los criados a molestarme hasta que baje a hacerlo...*

Elend se volvió y entró en el estudio. Su padre estaba sentado en su sillón, hablando tranquilamente con TenSoon, el kandra Venture. Elend todavía no estaba acostumbrado al último cuerpo de la criatura, que una vez había pertenecido a un criado de la Mansión Hasting. Elend se estremeció al verlo. La criatura lo saludó inclinando la cabeza y se retiró en silencio.

Elend se apoyó en una jamba de la puerta. El sillón de Straff estaba delante de varios estantes de libros, ninguno de los cuales había leído: Elend estaba seguro de ello. La habitación quedaba iluminada por dos lámparas, cuyas pantallas apenas dejaban escapar un resquicio de luz.

—Has asistido al baile esta noche —dijo Straff—. ¿Qué has descubierto?

Elend se frotó la frente.

—Que tengo tendencia a beber demasiado brandy.

A Straff no le hizo gracia el comentario. Era el perfecto noble

imperial: alto, de hombros firmes, siempre vestido con traje y chaleco.

—¿Has vuelto a ver a esa... mujer?

—¿Valette? Hummm, sí. Aunque no tanto como me hubiera gustado.

—Te prohibí que estuvieras con ella.

—Sí —dijo Elend—. Lo recuerdo.

La expresión de Straff se ensombreció. Se levantó y rodeó la mesa.

—Ay, Elend. ¿Cuándo vas a superar este temperamento infantil que tienes? ¿Crees que no me doy cuenta de que actúas como un necio tan solo para molestarme?

—Lo cierto es que superé mi «temperamento infantil» hace tiempo, padre: solo que parece que mis inclinaciones naturales te molestan aún más. Ojalá te hubiera conocido antes: me habría ahorrado un montón de esfuerzos en mis años jóvenes.

Su padre bufó, luego alzó una carta.

—Le dicté esto a Staxles hace poco. Para aceptar una invitación a almorzar con lord Tegas mañana. Si se declara una guerra de casas, quiero asegurarme de que estamos en situación de destruir a los Hasting lo más rápido posible, y Tegas podría ser un aliado fuerte. Tiene una hija. Me gustaría que comieras con ella.

—Lo consideraré —dijo Elend, dándose un golpecito en la cabeza—. No estoy seguro de en qué estado me encontraré mañana por la mañana. Demasiado brandy, ¿recuerdas?

—Estarás allí, Elend. Esto no es una petición.

Elend vaciló. Hubiese querido replicar a su padre, enfrentarse a

él... no porque le importara dónde comer, sino por algo más importante.

Hasting es la segunda casa más poderosa de la ciudad. Si hiciéramos una alianza con ellos, juntos podríamos impedir que Luthadel se hundiera en el caos. Podríamos detener la guerra de casas, no inflamarla.

Eso era lo que los libros habían provocado en él: lo habían cambiado de muchachito rebelde a aprendiz de filósofo. Por desgracia, había sido un necio demasiado tiempo. ¿Era extraño que Straff no hubiera advertido el cambio en su hijo? El propio Elend estaba empezando a advertirlo él mismo.

Straff continuó mirándolo, y Elend agachó la cabeza.

—Lo pensaré.

Straff agitó la mano, despidiéndolo, y se dio media vuelta.

Tratando de salvar algo de su orgullo, Elend continuó:

—Es probable que ni siquiera debas preocuparte por los Hasting: parece que se están preparando para abandonar la ciudad.

—¿¡Qué!? ¿Dónde te has enterado de eso?

—En el baile.

—No habías descubierto nada importante, creía.

—No, nunca he dicho nada por el estilo. Es que no me apetecía compartirlo contigo.

Lord Venture frunció el ceño.

—No sé por qué me molesto siquiera..., cualquier cosa que descubras seguro que no vale nada. Intenté entrenarte en política, muchacho. De veras. Pero ahora... bueno, espero vivir para verte muerto, porque esta casa va a pasar momentos difíciles si tú tomas el control.

—Sé más de lo que crees, padre.

Straff se echó a reír y volvió a tomar asiento.

—Lo dudo, muchacho. Ni siquiera eres capaz de llevarte a una mujer a la cama..., la última, y única vez que sé que lo intentaste, yo mismo tuve que llevarte al burdel.

Elend se ruborizó. *Cuidado*, se dijo. *Lo hace a propósito. Sabe lo mucho que te molesta.*

—Ve a acostarte, muchacho —dijo Straff, agitando una mano—. Tienes un aspecto terrible.

Elend vaciló un instante, luego salió por fin al pasillo, suspirando para sí.

Esa es la diferencia entre tú y ellos, Elend, pensó. *Esos filósofos a los que lees... fueron revolucionarios. Estaban dispuestos a arriesgarse a ser ejecutados. Tú ni siquiera puedes enfrentarte a tu padre.*

Se encaminó hacia sus habitaciones, donde, extrañamente, encontró a un criado esperándolo.

Elend frunció el ceño.

—¿Sí?

—Lord Elend, tienes una visita.

—¿A esta hora?

—Es lord Jastes Lekal, mi señor.

Elend ladeó la cabeza. *¡En nombre del lord Legislador, qué...!*

—¿Está esperando en el salón?

—Sí, mi señor.

Elend se dio media vuelta, pesaroso, y volvió a recorrer el pasillo. Encontró a Jastes esperándolo impaciente.

—¿Jastes? —preguntó Elend, cansado, mientras entraba en el

salón—. Espero que tengas algo muy importante que decirme.

Jastes se agitó un instante, incómodo. Parecía más nervioso que de ordinario.

—¿Qué? —exigió saber Elend, agotada su paciencia.

—Es la chica.

—¿Valette? —preguntó Elend—. ¿Has venido a hablar de Valette? ¿Ahora?

—Deberías confiar más en tus amigos.

Elend bufó.

—¿Confiar en tus conocimientos sobre las mujeres? No te ofendas, Jastes, pero mejor no.

—La hice seguir —estalló Jastes.

Elend vaciló.

—¿Qué?

—Hice seguir su carruaje. O, al menos, hice que alguien lo vigilara en las puertas de la ciudad. Ella no estaba dentro cuando salió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elend, el ceño cada vez más fruncido.

—Ella no estaba en el carruaje, Elend —repitió Jastes—. Mientras su terrisano entregaba los salvoconductos a los guardias, mi hombre se asomó a la ventanilla, y no había nadie dentro.

»El carruaje debió de dejarla en algún lugar de la ciudad. Es una espía de alguna de las otras casas: están intentando llegar hasta tu padre a través de ti. Crearon a la mujer perfecta para atraerte: morena, un poco misteriosa y que no pertenece a la estructura política corriente. De baja cuna, para que fuera un escándalo que te interesaras en ella. Luego la lanzaron contra ti.

—Jastes, eso es ridícu...

—Elend —interrumpió Jastes—. Dímelo de nuevo: ¿cómo la conociste la primera vez?

Elend titubeó.

—Estaba en el balcón.

—En el sitio donde leías. Todo el mundo sabe que es ahí donde sueles ir. ¿Coincidencia?

Elend cerró los ojos. *Valette, no. No puede formar parte de todo esto.* Pero, inmediatamente, otro pensamiento lo asaltó. *¡Le he hablado del atium! ¿Cómo he podido ser tan estúpido?*

No podía ser cierto. Era increíble que se hubiera dejado engañar tan fácilmente. Pero... ¿cómo iba a arriesgarse? Era un mal hijo, cierto, pero no un traidor a la casa. No quería ver caer a los Venture; quería liderarlos algún día y tal vez cambiar las cosas.

Se despidió de Jastes, luego regresó a sus habitaciones con paso distraído. Se sentía demasiado cansado para pensar en la política de las casas. Sin embargo, cuando finalmente se metió en la cama, descubrió que no podía dormir.

Al cabo de un rato, se levantó y llamó a un criado.

—Dile a mi padre que quiero hacer un trato —le explicó al hombre—. Iré mañana al almuerzo, si quiere. —Hizo una pausa, de pie en la puerta del dormitorio, la bata puesta—. A cambio —dijo por fin—, quiero que me preste un par de espías para que puedan seguir a alguien por mí.

Todos los demás piensan que debería haber ordenado ejecutar a Kwaan por traicionarme. Siendo sinceros, casi con toda seguridad lo mataría ahora mismo si supiera dónde se ha metido. En ese momento, sin embargo, no pude hacerlo.

El hombre se había convertido en un padre para mí. Hasta hoy no sé por qué de pronto decidió que yo no era el Héroe. ¿Por qué se volvió contra mí, denunciándome ante el Cónclave de los Creadores de Mundos al completo?

¿Prefería que ganara la Profundidad? Sin duda, aunque yo no sea el adecuado, como ahora dice Kwaan, mi presencia en el Pozo de la Ascensión no podría ser peor de lo que sucederá si la Profundidad continúa destruyendo la tierra.

29



Casi ha terminado, leyó Vin.

Podemos ver la cueva desde nuestro campamento. Harán falta unas cuantas horas más de caminata para alcanzarla, pero sé que es el lugar adecuado. De algún modo, puedo sentirlo, sentirlo allí arriba... latiendo, en mi mente.

Hace mucho frío. Juro que las rocas mismas están hechas de hielo, y la nieve es tan profunda en algunos sitios que tenemos que abrirnos paso cavando. El viento sopla constantemente. Temo por Fedik: no ha sido el mismo desde que la criatura hecha de bruma lo atacó y me preocupa que se caiga por un precipicio o resbale por uno de los muchos agujeros de hielo que hay en el terreno.

Los terrisanos, sin embargo, son una maravilla. Es una suerte que los trajéramos, porque ningún porteador normal habría sobrevivido al viaje. A los terrisanos no parece importarles demasiado el frío: algo en sus extraños metabolismos les otorga una habilidad sobrenatural para resistir las inclemencias de los elementos. ¿Tal vez han «guardado» calor de sus cuerpos para usarlo más tarde?

No obstante, no hablan de sus poderes, y estoy seguro de que Rashek es el responsable. Los otros porteadores lo consideran su líder, aunque no creo que tenga un control completo sobre ellos. Antes de que fuera apuñalado, Fedik temía que los terrisanos nos abandonaran aquí, en el hielo. Sin embargo, no creo que eso vaya a

sucedier. Estoy aquí por la providencia de las profecías de Terris: esos hombres no desobedecerán su propia religión tan solo porque uno de los suyos no me aprecie.

Por fin me enfrenté a Rashek. No quiso hablar conmigo, naturalmente, pero lo obligué. Habló largamente de su odio por Khlennium y mi pueblo. Cree que hemos convertido a los de su pueblo en poco más que esclavos. Cree que los terrisanos se merecen mucho más: sigue diciendo que su pueblo debería ser «dominante» a causa de sus poderes sobrenaturales.

Temo sus palabras, pues veo algo de verdad en ellas. Ayer, uno de los porteadores levantó un peñasco de enorme tamaño y lo apartó del camino como si nada. No he visto una hazaña de fuerza semejante en mi vida.

Estos terrisanos podrían ser muy peligrosos, creo. Tal vez los hayamos tratado injustamente. Sin embargo, hombres como Rashek deben ser contenidos: cree irracionalmente que todos los pueblos lo han oprimido. Es un hombre muy joven para sentir tanto odio.

Hace mucho frío. Cuando esto termine, creo que debería irme a vivir a un sitio donde haga calor todo el año. Braches me ha hablado de esos sitios, islas al sur donde las grandes montañas crean fuego.

¿Cómo será, cuando todo esto haya acabado? Volveré a ser un hombre corriente. Un hombre sin importancia. Parece bien: más deseable, incluso, que un sol cálido y un cielo sin viento. Estoy cansado de ser el Héroe de las Eras, cansado de entrar en ciudades para encontrar hostilidad armada o fanática adoración. Estoy cansado de que me amen o me odien por lo que un puñado de viejos dice que haré algún día.

Quiero ser olvidado. Oscuridad. Sí, eso estaría bien.

Si los hombres leen estas palabras, que sepan que el poder es una pesada carga. No busquéis caer en sus redes. Las profecías de Terris dicen que yo tendré el poder para salvar el mundo. Sin embargo, dan a entender que también tendré poder para destruirlo.

Tendré la habilidad para cumplir cualquier deseo de mi corazón. «Tomará sobre sí mismo la autoridad que ningún mortal debería ostentar.» Sin embargo, los filósofos me advirtieron que, si me sirvo a mí mismo con el poder, mi egoísmo lo manchará.

¿Es una carga que debe soportar algún hombre? ¿Es una tentación que algún hombre puede resistir? Ahora me siento fuerte, pero ¿qué sucederá cuando acaricie el poder? Salvaré al mundo, sin duda... pero ¿trataré de apoderarme de él también?

Estos son mis temores mientras escribo con una pluma helada la víspera del renacer del mundo. Rashek me mira. Me odia. La cueva se encuentra ahí delante. Latiendo. Mis dedos tiemblan. No de frío.

Mañana habrá terminado.

Vin pasó la página, ansiosa. Sin embargo, la última del librito

estaba en blanco. Volvió atrás y releó las últimas líneas. ¿Dónde estaba la siguiente?

Sazed no habría terminado todavía la traducción. Vin se levantó, suspirando mientras se desperezaba. Había terminado la última parte del libro de viajes de una sentada, una hazaña de la que incluso ella se sorprendía. Los jardines de la Mansión Renoux se extendían ante sus ojos: los senderos cuidados, los árboles de gruesas ramas y el tranquilo arroyo creaban un ambiente magnífico para leer. El sol estaba bajo en el cielo y empezaba a hacer algo de frío.

Se dirigió hacia la mansión. A pesar del fresco de la tarde apenas podía imaginar un lugar como el que describía el lord Legislador. Había visto la nieve en picos lejanos, pero rara vez la había visto caer y solo era hielo sucio. Experimentar tanta nieve día tras día, correr el peligro de que te cayera encima en grandes avalanchas capaces de aplastarte...

Una parte de ella deseaba poder visitar otros lugares, no importaba lo peligrosos que fueran. Aunque el libro no relataba el viaje entero del lord Legislador, algunas de las maravillas que describía (los campos helados del norte, el gran lago negro y las cataratas de Terris) parecían sorprendentes.

¡Si al menos diera más detalles sobre cómo son las cosas!, pensó molesta. El lord Legislador pasaba demasiado tiempo preocupándose. Aunque, cierto, estaba empezando a sentir una extraña especie de... familiaridad con él a través de sus palabras. Le resultaba difícil asociar la persona que imaginaba con la oscura criatura que había causado tanta muerte. ¿Qué había sucedido en

el Pozo de la Ascensión? ¿Qué podía haberlo cambiado de manera tan drástica? Tenía que saberlo.

Llegó a la mansión y fue en busca de Sazed. Había vuelto a usar vestidos: parecía extraño que la viera con pantalones gente que no pertenecía a la banda. Sonrió al mayordomo de lord Renoux al pasar, subió las escaleras y se dirigió a la biblioteca.

Sazed no se encontraba allí. Su pequeño escritorio estaba desocupado, la lámpara apagada, el tintero vacío. Vin frunció el ceño, molesta.

¡Esté donde esté, no está trabajando en la traducción!

Volvió a bajar las escaleras, preguntó por Sazed y una doncella la dirigió a la cocina principal. Vin frunció el ceño y recorrió el pasillo trasero. *¿En busca de un tentempié, quizá?*

Encontró a Sazed sentado entre un grupito de criados, indicando una lista en la mesa y hablando en voz baja. No se dio cuenta de la presencia de Vin.

—¿Sazed? —preguntó ella, interrumpiéndolo.

Él se volvió.

—¿Sí, señora Valette? —preguntó, inclinando levemente la cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

—Me encargo de los suministros de alimentos de lord Renoux, señora. Aunque me han asignado que te ayude, sigo siendo su mayordomo y tengo deberes que atender cuando no estoy ocupado en otra cosa.

—¿Vas a volver pronto a la traducción?

Sazedladeó la cabeza.

—¿La traducción, señora? Está terminada.

—¿Dónde está la última parte, entonces?

—Te la di.

—No, no lo hiciste —dijo ella—. Esa parte termina antes de que entren en la cueva.

—Ese es el final, señora. Hasta ahí llega el libro.

—¿Qué? Pero...

Sazed miró a los otros criados.

—Deberíamos hablar de estas cosas en privado, creo.

Les dio unas cuantas instrucciones más señalando la lista y luego le hizo un gesto a Vin para que lo siguiera mientras salía por la puerta trasera de la cocina camino de los jardines.

Vin se quedó allí parada un momento, luego corrió tras él.

—No puede terminar así, Sazed. ¡No sabemos qué sucedió!

—Podemos deducirlo, creo —dijo Sazed, recorriendo el sendero. Los jardines de la zona este de la mansión no eran tan opulentos como los que Vin frecuentaba, consistían básicamente en suave hierba marrón y algún que otro matorral.

—¿Deducir qué?

—Bueno, el lord Legislador debió de hacer lo que era necesario para salvar el mundo, pues seguimos aquí.

—Supongo —dijo Vin—. Pero se hizo con el poder. No pudo resistir la tentación de usar el poder de manera egoísta. Pero ¿por qué no hay ningún otro capítulo? ¿Por qué no seguir hablando de sus logros?

—Tal vez el poder lo cambió demasiado —dijo Sazed—. O tal vez no sintiera la necesidad de registrar nada más. Había conseguido su objetivo y se había vuelto inmortal como efecto secundario. Escribir

un diario para la posteridad se convierte en algo redundante cuando vas a vivir eternamente, creo.

—Eso es... —Vin apretó los dientes, frustrada—. Es un final muy poco satisfactorio, Sazed.

Él sonrió, divertido.

—Ten cuidado, señora: si te acostumbras demasiado a leer, puedes convertirte en una erudita.

Vin negó con la cabeza.

—¡No si todos los libros acaban como este!

—Si te sirve de consuelo, no eres la única decepcionada con el contenido del libro de viajes. No hay gran cosa que maese Kelsier pueda utilizar; desde luego, no hay nada del Undécimo metal. Me siento algo culpable, pues soy quien más se ha beneficiado del libro.

—Pero tampoco hay mucho sobre la religión de Terris.

—No mucho —admitió Sazed—. Pero, verdadera y lamentablemente, «no mucho» es bastante más de lo que sabíamos antes. Solo me preocupa no tener una oportunidad para transmitir esta información. He enviado una copia de la traducción a un sitio donde mis hermanos y hermanas guardadores sabrán buscar... Sería una lástima si este conocimiento muriera conmigo.

—No morirá.

—¿No? ¿Mi señora de pronto se ha vuelto optimista?

—¿Mi terrisano de pronto se ha vuelto un bocazas? —replicó Vin.

—Siempre lo ha sido, creo —dijo Sazed con una sonrisita—. Es una de las cosas que hacen de él un pobre mayordomo: al menos, a los ojos de la mayoría de sus amos.

—Entonces deben de haber sido tontos —dijo Vin sinceramente.

—Eso solía pensar yo, señora —respondió Sazed—. Deberíamos

regresar a la mansión: creo que no nos conviene estar en los jardines cuando lleguen las brumas.

—Voy a volver a internarme en ellas.

—Hay muchos miembros del personal que no saben que eres una nacida de la bruma, señora. Sería mejor guardar el secreto.

—Lo sé. Regresemos, pues.

—Buena idea.

Caminaron unos instantes, disfrutando de la sutil belleza de los jardines del este. La hierba estaba cuidadosamente recortada y había sido dispuesta en agradables capas, por lo que los matorrales la acentuaban. El jardín de la zona sur era mucho más espectacular, con su arroyuelo, sus árboles y sus plantas exóticas. Pero el jardín del este tenía su propia paz: la serenidad de la sencillez.

—¿Sazed? —preguntó Vin en voz baja.

—¿Sí, señora?

—Todo va a cambiar, ¿verdad?

—¿A qué te refieres en concreto?

—A todo. Aunque no estemos todos muertos dentro de un año, los miembros de la banda andarán por ahí, trabajando en otros proyectos. Ham me imagino que volverá con su familia, Dox y Kelsier planearán alguna nueva escapada, Clubs alquilará su tienda a otra banda... Incluso estos jardines en los que hemos gastado tanto dinero pertenecerán a otra persona.

Sazed asintió.

—Es probable. Aunque, si las cosas salen bien, tal vez la rebelión skaa esté gobernando Luthadel el año que viene.

—Tal vez —dijo Vin—. Pero incluso así... las cosas cambiarán.

—Esa es la naturaleza de la vida, señora —dijo Sazed—. El

mundo debe cambiar.

—Lo sé —suspiró Vin—. Pero desearía... Bueno, lo cierto es que me gusta mi vida ahora, Sazed. Me gusta pasar el tiempo con la banda y me gusta entrenarme con Kelsier. Me encanta ir a los bailes con Elend los fines de semana, me encanta pasear contigo por estos jardines. No quiero que estas cosas cambien. No quiero que mi vida vuelva a ser como era hace un año.

—No tiene por qué serlo, señora. Podría cambiar a mejor.

—No lo hará. Está empezando ya... Kelsier me ha dado a entender que mi entrenamiento casi ha terminado. Cuando practique en el futuro, tendré que hacerlo sola.

»En cuanto a Elend, ni siquiera sabe que soy una skaa... Y mi trabajo es intentar destruir a su familia. Aunque la Casa Venture no caiga por mi mano, otras la derribarán. Sé que Shan Elariel está planeando algo y no he podido descubrir nada sobre sus planes.

»Y eso es solo el comienzo. Nos enfrentamos al Imperio Final. Es probable que fracasemos... Sinceramente, no soy capaz de imaginar cómo puede ser de otro modo. Lucharemos, haremos algo bien, pero no cambiaremos mucho... Y los que sobrevivan de nosotros se pasarán el resto de la vida huyendo de los inquisidores. Todo va a cambiar, Sazed, y no puedo impedirlo.

Sazed sonrió amablemente.

—Entonces, señora, disfruta de lo que tienes sin preocupaciones. El futuro te sorprenderá, creo.

—Tal vez —dijo Vin, sin dejarse convencer.

—Ah, necesitas esperanza, señora. Tal vez tengas un poco de buena fortuna. Había un grupo de gente antes de la Ascensión llamados los astalsi. Decían que cada persona nacía con una

cantidad definida de mala suerte. Y así, cuando les sucedía un hecho desafortunado, se consideraban bendecidos: a partir de entonces su vida solo podía mejorar.

Vin alzó una ceja.

—Me parece un poco tonto.

—Yo creo que no —dijo Sazed—. Los astalsi estaban bastante avanzados: mezclaban profundamente religión y ciencia. Creían que colores distintos eran indicativos de distintos tipos de fortuna y detallaban sus descripciones de luz y color. Es gracias a ellos que tenemos algunas de nuestras mejores ideas de cómo pudieron ser las cosas antes de la Ascensión. Tenían una escala de colores y la usaban para describir el cielo del azul más intenso y las diversas plantas en sus tonos de verde.

»Además, considero reveladora su filosofía en lo referente a la suerte y la fortuna. Para ellos, una vida pobre era solo un signo de la fortuna venidera. A lo mejor sería buena para ti, señora: podrías beneficiarte del conocimiento de que tu suerte no siempre va a ser mala.

—No sé —dijo Vin, escéptica—. Quiero decir, si tu mala suerte es limitada, ¿no lo será también tu buena suerte? Cada vez que algo bueno sucediera, me preocuparía haber agotado mi buena suerte.

—Hummm —dijo Sazed—. Supongo que eso depende del punto de vista, señora.

—¿Cómo podéis ser tan optimistas? —inquirió Vin—. Tú y Kelsier.

—No lo sé, señora. Tal vez nuestras vidas han sido más fáciles que la tuya. O tal vez seamos más necios.

Vin guardó silencio. Caminaron un rato más, regresando al edificio, pero sin apresurarse.

—Sazed —dijo ella por fin—. Cuando me salvaste aquella noche bajo la lluvia, usaste feruquimia, ¿verdad?

Sazed asintió.

—Así es. El inquisidor estaba muy concentrado en ti y pude colocarme detrás de él y golpearlo con una piedra. Me hice muchas veces más fuerte que un hombre normal y mi golpe lo lanzó contra la pared, rompiéndole varios huesos, sospecho.

—¿Eso es todo?

—Pareces decepcionada, señora. —Sazed sonreía—. ¿Esperabas algo más espectacular?

Vin asintió.

—Es que... hablas tan poco de la feruquimia que eso hace que parezca más mística, supongo.

Sazed suspiró.

—En realidad hay poco que ocultarte, señora. El poder verdaderamente único de la feruquimia, la habilidad para almacenar y recuperar recuerdos, ya lo habrás deducido. El resto de los poderes no son diferentes a los poderes que te otorgan el peltre y el estaño. Unos cuantos son un poco más extraños (hacer más pesado a un feruquimista o cambiar su edad), pero tienen pocas aplicaciones marciales.

—¿Cambiar de edad? —dijo Vin, alzando la cabeza—. ¿Podrías volverte más joven?

—En realidad, no, señora. Recuerda, un feruquimista debe extraer sus poderes de su propio cuerpo. Podría, por ejemplo, pasar unas cuantas semanas con el cuerpo que aparentara, y él mismo se sentiría diez años más viejo de lo que realmente es. Luego podría recuperar esa edad para parecer diez años más joven durante una

cantidad similar de tiempo. Sin embargo, en la feruquimia debe haber un equilibrio.

Vin reflexionó un momento.

—¿Importa el metal que se utilice? ¿Como en la alomancia?

—Desde luego. El metal determina lo que puede almacenarse.

Vin asintió mientras continuaban andando, reflexionando sobre lo que él acababa de decir.

—Sazed, ¿puedes darme algo de metal tuyo? —pidió por fin.

—¿Metal mío, señora?

—Algo que hayas usado como depósito feruquimista —dijo Vin—. Quiero intentar quemarlo... Tal vez así me permita usar parte de su poder.

Sazed frunció el ceño, curioso.

—¿Lo ha intentado alguien? —preguntó Vin.

—Supongo que alguien lo habrá hecho —dijo Sazed—. Pero, sinceramente, no sé citarte ningún ejemplo concreto. Tal vez si fuera a buscar mis mentecobres de memoria...

—¿Por qué no me dejas intentarlo ahora? ¿Tienes algo hecho no de los metales básicos? ¿Algo donde no hayas almacenado nada demasiado valioso?

Sazed vaciló, luego se llevó la mano a uno de sus enormes lóbulos y soltó un pendiente muy parecido al que llevaba Vin. Le entregó el diminuto broche del pendiente.

—Es peltre puro, señora. He guardado en él una cantidad moderada de fuerza.

Vin asintió y tragó la diminuta perla. Escrutó su reserva alomántica, pero el metal del cierre no hacía nada diferente. Quemó peltre por probar.

—¿Algo? —preguntó Sazed.

Vin negó con la cabeza.

—No, no... —Guardó silencio. Sí que había algo... diferente.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó Sazed, con una ansiedad poco común en él.

—Yo... puedo sentir el poder, Sazed. Es débil, más allá de mi alcance, pero juro que hay otra reserva en mi interior, una reserva que solo aparece cuando quemo tu metal.

Sazed frunció el ceño.

—¿Débil, dices? Como... ¿como si pudieras ver una sombra de la reserva, pero sin lograr acceder al poder en sí?

Vin asintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo que sientes cuando intentas usar los metales de otro feruquimista, señora —dijo Sazed, suspirando—. Tendría que haber sospechado que este iba a ser el resultado. No puedes acceder al poder porque no te pertenece.

—Oh.

—No te sientas demasiado decepcionada, señora. Si los alománticos pudieran robar la fuerza a mi gente, ya se sabría. Sin embargo, ha sido una idea inteligente. —Se volvió y señaló hacia la mansión—. El carruaje ha llegado ya. Creo que llegamos tarde a la reunión.

Vin asintió y ambos avivaron el paso.

Qué curioso, pensó Kelsier para sí mientras cruzaba el patio

oscuro ante la Mansión Renoux. *Tengo que colarme en mi propia casa como si estuviera atacando el torreón de algún noble.*

Pero no podía evitarse: no con su reputación. Kelsier el ladrón había llamado demasiado la atención; Kelsier el instigador a la rebelión y líder espiritual skaa era todavía más conocido. Eso no le impedía, por supuesto, esparcir el caos cada noche: solo tenía que ser más cuidadoso. Más y más familias se marchaban de la ciudad y las casas poderosas se volvían cada vez más recelosas. En cierto modo eso facilitaba el manipularlos, pero rondar sus torreones se estaba volviendo muy peligroso.

En comparación, la Mansión Renoux estaba prácticamente desprotegida. Había guardias, desde luego, pero no brumosos. Renoux tenía que llamar poco la atención: demasiados alománticos lo habrían hecho destacar. Kelsier se mantuvo en las sombras mientras se dirigía con cuidado al lado este del edificio. Entonces lanzó una moneda y se guio hasta el balcón de Renoux.

Aterrizó con suavidad antes de asomarse a las puertas de cristal del balcón. Los visillos estaban corridos, pero reconoció a Dockson, Vin, Sazed, Ham y Brisa alrededor de la mesa de Renoux, quien estaba sentado al fondo de la habitación, apartado. Su contrato era para interpretar el papel de lord Renoux, pero no deseaba implicarse en el plan más de lo necesario.

Kelsier sacudió la cabeza. *Sería muy fácil para un asesino entrar aquí. Tengo que asegurarme de que Vin siga durmiendo en el taller de Clubs.* No le preocupaba Renoux: la naturaleza del kandra era tal que no necesitaba temer la hoja de ningún asesino.

Kelsier llamó a la puerta y Dockson se acercó a abrirla.

—¡Y así hace su sorprendente entrada! —anunció Kelsier,

entrando en la habitación y despojándose de su capa de bruma.

Dockson bufó, cerrando las puertas.

—Eres un verdadero espectáculo, Kell. Lo mejor, las manchas de hollín en las rodillas.

—He tenido que gatear un poco esta noche —dijo Kelsier, agitando una mano, indiferente—. Hay una zanja de drenaje sin usar que pasa por debajo de la muralla defensiva del Torreón de Lekal. Cabía pensar que la habrían reparado.

—Dudo que tengan que preocuparse —dijo Brisa desde la mesa—. La mayoría de los nacidos de la bruma sois demasiado orgullosos para arrastraros. Me sorprende que estuvieras dispuesto a hacerlo tú.

—¿Demasiado orgullosos? —exclamó Kelsier—. ¡Tonterías! Bueno, yo diría que los nacidos de la bruma son demasiado orgullosos para no humillarse arrastrándose... de una manera digna, por supuesto.

Dockson frunció el ceño, acercándose a la mesa.

—Kell, eso no tiene sentido.

—Los nacidos de la bruma no tenemos por qué tener sentido —dijo Kelsier orgullosamente—. ¿Qué es esto?

—De tu hermano —dijo Dockson, señalando un gran mapa desplegado sobre la mesa—. Ha llegado esta tarde en el hueco de una pata rota que el Cantón de la Ortodoxia mandó a Clubs para su reparación.

—Interesante —dijo Kelsier, estudiando el mapa—. Es una lista de las comisarías de aplacadores, supongo.

—Así es —dijo Brisa—. Todo un descubrimiento: nunca he visto un mapa tan detallado de la ciudad. No solo muestra cada una de

las treinta y cuatro comisarías de aplacadores, sino también los lugares de actividad de los inquisidores, así como los lugares que interesan a los diferentes cantones. No he tenido la oportunidad de trabajar mucho con tu hermano, ¡pero está claro que ese hombre es un genio!

—Es casi difícil creer que esté emparentado con Kell, ¿eh? —dijo Dockson con una sonrisa. Tenía un cuaderno delante y estaba haciendo una lista de todas las comisarías de aplacadores.

Kelsier hizo una mueca.

—Puede que Marsh sea el genio, pero yo soy el guapo. ¿Qué son esos números?

—Las detenciones y las fechas en que se llevaron a cabo —dijo Ham—. Fíjate que el escondite de la banda de Vin aparece en la lista.

Kelsier asintió.

—¿Cómo demonios consiguió Marsh robar un mapa como este?

—No lo hizo —dijo Dockson mientras escribía—. Había una nota con el mapa. Al parecer, los sumos prelados se lo dieron... Están muy impresionados con Marsh y querían que estudiara la ciudad y recomendara sitios para establecer nuevas comisarías. Parece que el Ministerio está un poco preocupado por la guerra entre casas. Quieren enviar a unos cuantos aplacadores para intentar controlar las cosas.

—Se supone que tenemos que devolver el mapa dentro de la pata reparada —dijo Sazed—. Cuando terminemos esta noche, me dedicaré a copiarlo en el menor tiempo posible.

Y a memorizarlo también, convirtiéndolo en parte del archivo de todos los guardadores, pensó Kelsier. El día en que dejes de

memorizar y empieces a enseñar no tardará en llegar, Sazed. Espero que tu gente esté preparada.

Kelsier se volvió a estudiar el mapa. Era tan impresionante como había dicho Brisa. De hecho, Marsh debía de haber corrido un riesgo enorme al enviarlo. Incluso un riesgo excesivo, pero la información que contenía...

Tendremos que devolverlo rápidamente, pensó. Mañana por la mañana, si es posible.

—¿Qué es esto? —preguntó Vin, señalando el mapa.

Iba vestida de noche, con un hermoso atuendo de una pieza solo levemente más elegante que un vestido de baile.

Kelsier sonrió. Podía recordar la época en que Vin se sentía torpe con un vestido, pero parecía que les había tomado gusto. Seguía sin moverse del todo como una dama. Tenía gracia, pero la gracia diestra de un depredador, no la gracia deliberada de una cortesana. Con todo, los vestidos le sentaban bien y no por su corte.

Ah, Mare, pensó Kelsier. Siempre quisiste tener una hija a la que poder enseñar a caminar por la línea que separa a la noble de la ladrona. Se habrían gustado: las dos tenían una veta oculta tendente a lo poco convencional. Tal vez si su esposa hubiese seguido viva le habría enseñado a Vin cosas para fingir ser noble que ni siquiera Sazed conocía.

Naturalmente, si Mare estuviera todavía viva yo no estaría haciendo nada de esto. No me atrevería.

—¡Mirad! —dijo Vin—. Una de las fechas de los inquisidores es nueva: ayer.

Dockson miró a Kelsier.

Tendríamos que habérselo dicho tarde o temprano, de todas

formas...

—Es la banda de Theron —dijo Kelsier—. Un inquisidor los atacó ayer por la noche.

Vin palideció.

—¿Tendría que conocer ese nombre? —preguntó Ham.

—La banda de Theron era parte del equipo que intentaba engañar al Ministerio con Camon —dijo Vin—. Esto significa... que todavía deben de andar tras mi pista.

El inquisidor de acero la reconoció aquella noche cuando nos infiltramos en el palacio, quería saber quién era su padre. Es una suerte que esos seres inhumanos incomoden a la nobleza... de lo contrario, tendría que preocuparnos enviarla a los bailes.

—La banda de Theron —dijo Vin—. Fue... ¿como la última vez?

Dockson asintió.

—No hubo supervivientes.

Siguió un incómodo silencio. Vin parecía claramente asqueada.

Pobrecilla, pensó Kelsier. Sin embargo, había poco que pudieran hacer excepto seguir adelante.

—Muy bien. ¿Cómo vamos a usar este mapa?

—Tiene algunas notas del Ministerio sobre las defensas de cada casa —dijo Ham—. Nos serán útiles.

—Sin embargo, no parece que haya ninguna pauta en los ataques de los inquisidores —comentó Brisa—. Lo más probable es que vayan adonde la información los conduzca.

—Tendremos que abstenernos de actuar demasiado cerca de esas comisarías —dijo Dox, soltando la pluma—. Por fortuna, el taller de Clubs no está cerca de ninguna: la mayoría está en los suburbios.

—Tenemos que hacer algo más que evitar las comisarías —dijo Kelsier—. Tenemos que estar preparados para eliminarlas.

Brisa frunció el ceño.

—Si lo hacemos, corremos el riesgo de ser demasiado intrépidos.

—Pero piensa en el daño que causaría. Marsh dijo que había al menos tres aplacadores y un buscador en cada una de esas comisarías. Son ciento treinta brumosos del Ministerio... Deben de haberlos reclutado por todo el Dominio Central para alcanzar esa cifra. Si pudiéramos eliminarlos a todos a la vez...

—Nunca conseguiremos matar a tantos —dijo Dockson.

—Lo lograríamos si usáramos el resto de nuestro ejército —dijo Ham—. Tenemos hombres repartidos por todos los suburbios.

—Tengo una idea mejor —dijo Kelsier—. Contratar a otras bandas de ladrones. Si tuviéramos diez bandas, cada una asignada a tomar tres estaciones, podríamos despejar la ciudad de aplacadores y buscadores del Ministerio en unas pocas horas.

—Pero habría que decidir el momento —repuso Dockson—. Brisa tiene razón: matar a tantos obligadores en una noche implica un compromiso importante. Los inquisidores no tardarían mucho en desquitarse.

Kelsier asintió. *Tienes razón, Dox. El momento será crucial.*

—¿Quieres estudiarlo? Encuentra las bandas adecuadas, pero espera a que decidamos el momento para actuar antes de decirles el emplazamiento de las comisarías de aplacadores.

Dockson asintió.

—Bien. Hablando de nuestros soldados, Ham, ¿cómo van las cosas con ellos?

—En realidad, mejor de lo que esperaba —contestó Ham—. Se

entrenaron en las cuevas, así que son bastante competentes. Y se consideran el segmento más «fiel» del ejército, ya que no siguieron a Yeden a la batalla contra tu voluntad.

Brisa hizo una mueca.

—Una manera muy conveniente de pasar por alto el hecho de que perdieron tres cuartas partes del ejército en una pifia táctica.

—Son buenos hombres, Brisa —dijo Ham firmemente—. Y también lo eran los que murieron. No hables mal de ellos. De todas formas, me preocupa esconder el ejército tal como estamos haciendo: no pasará mucho antes de que descubran uno de los equipos.

—Por eso ninguno sabe dónde encontrar a los otros —dijo Kelsier.

—Quiero mencionar algo al respecto —dijo Brisa, sentándose en una de las sillas de Renoux—. Veo la importancia de enviar a Hammond a entrenar a los soldados, pero, sinceramente, ¿cuál es el motivo de obligarnos a Dockson y a mí a visitarlos?

—Los hombres tienen que saber quiénes son sus líderes —contestó Kelsier—. Si Ham estuviera indispuesto, alguien tendría que tomar el mando.

—¿Por qué no tú?

—Hazme caso —dijo Kelsier, sonriendo—. Es lo mejor.

Brisa puso los ojos en blanco.

—Hacerte caso. Parece que lo hacemos demasiado últimamente...

—De todas maneras, Vin, ¿qué noticias hay de la nobleza? —preguntó Kelsier—. ¿Has descubierto algo útil sobre la Casa Venture?

Ella vaciló.

—No.

—Pero el baile de la semana próxima será en el Torreón de Venture, ¿no? —preguntó Dockson.

Vin asintió con la cabeza.

Kelsier miró a la chica. *¿Nos lo diría si lo supiera?* Ella lo miró a los ojos y él no pudo leer nada en ellos. *La maldita muchacha es una mentirosa demasiado experimentada.*

—Muy bien —le dijo—. Sigue investigando.

—Lo haré.

A pesar de su fatiga, Kelsier no logró dormir esa noche. Por desgracia no podía salir a recorrer los pasillos: solo unos pocos criados sabían que estaba en la mansión y era necesario que no llamara la atención ahora que su reputación iba en aumento.

Su reputación. Suspiró mientras se apoyaba en la barandilla del balcón y contemplaba las brumas. En cierto modo, los acontecimientos le preocupaban incluso a él. Los demás no hacían preguntas en voz alta, obedeciendo su petición, pero notaba que seguían preocupados por su creciente fama.

Es la mejor forma. Puede que no necesite todo esto... pero si lo hago, voy a alegrarme de haberme tomado la molestia.

Llamaron a la puerta. Se volvió, curioso, cuando Sazed asomaba la cabeza.

—Pido disculpas, maese Kelsier. Pero un guardia ha venido a verme diciendo que podía verte en el balcón. Le preocupaba que te descubrieras.

Kelsier suspiró, pero abandonó el balcón, cerró las puertas y corrió las cortinas.

—No estoy hecho para el anonimato, Sazed. Para ser un ladrón, no se me da demasiado bien esconderme.

Sazed sonrió y se dispuso a retirarse.

—¿Sazed? —preguntó Kelsier, haciendo que el terrisano se detuviera—. ¿Tienes alguna nueva propuesta para mí?

Sazed sonrió y entró en la habitación.

—Por supuesto, maese Kelsier. Últimamente he estado pensando que deberías oír las Verdades de los bennet. Creo que van muy bien contigo. Los bennet eran un pueblo muy desarrollado que vivía en las islas del sur. Eran valientes marineros y brillantes cartógrafos: algunos de los mapas que todavía usa el Imperio Final fueron trazados por exploradores bennet.

»Su religión fue diseñada para que pudiera practicarse a bordo de barcos que se pasaban meses seguidos en el mar. El capitán era también su sacerdote y no se cedía el mando a ningún hombre hasta que hubiera recibido formación teológica.

—No se habrán producido muchos motines.

Sazed sonrió.

—Era una buena religión, maese Kelsier. Se concentraba en el descubrimiento y el conocimiento: para esa gente trazar mapas era un deber sagrado. Creían que cuando todo el mundo fuera conocido, comprendido y catalogado, los hombres encontrarían por fin la paz y la armonía. Muchas religiones enseñan esos ideales, pero pocos consiguen ponerlos en práctica tan bien como los bennet.

Kelsier frunció el ceño apoyándose en la pared, junto a las

cortinas.

—Paz y armonía —dijo lentamente—. En realidad no busco ninguna de esas dos cosas ahora mismo, Sazed.

—Ah.

Kelsier alzó la cabeza y miró al techo.

—¿Podrías... podrías hablarme de nuevo de los valla?

—Naturalmente —dijo Sazed, acercando una silla del escritorio y sentándose—. ¿Qué quieres saber en concreto?

Kelsier sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Lo siento, Sazed. Estoy de un humor extraño esta noche.

—Siempre estás de un humor extraño, creo —dijo Sazed con una leve sonrisa—. Sin embargo, has preguntado por una secta interesante. Los valla duraron más en el dominio del lord Legislador que ninguna otra religión.

—Por eso lo pregunto. Yo... necesito comprender qué los mantuvo tanto tiempo en activo, Sazed. ¿Qué los impulsó a seguir luchando?

—Eran los más decididos, creo.

—Pero no tenían líderes. El lord Legislador mató a todo el consejo religioso vallano en su primera conquista.

—Sí, claro que tenían líderes, maese Kelsier —dijo Sazed—. Muertos, bien es cierto, pero líderes al fin y al cabo.

—Algunos dirían que su devoción no tenía sentido —dijo Kelsier—. La pérdida de los líderes vallanos debería haber destrozado al pueblo, no haberlo decidido todavía más a continuar.

Sazed sacudió la cabeza.

—Los hombres son más resistentes, creo. Nuestra fe es a

menudo más fuerte cuando debería ser más débil. Esa es la naturaleza de la esperanza.

Kelsier asintió.

—¿Quieres más información sobre los valla?

—No. Gracias, Sazed. Necesitaba recordar que había gente que luchaba incluso cuando parecía que no quedaba esperanza.

Sazed asintió y se puso en pie.

—Creo que lo comprendo, maese Kelsier. Buenas noches, entonces.

Kelsier asintió distraído, dejando que el terrisano se marchara.

La mayoría de los terrisanos no son tan malos como Rashek. Sin embargo, puedo ver que creen en él, hasta cierto punto. Son hombres sencillos, no filósofos ni eruditos, y no comprenden que sus propias profecías dicen que el Héroe de las Eras será un extranjero. Solo ven lo que señala Rashek: que son un pueblo ostensiblemente superior y deberían «dominar» en vez de estar sometidos.

Ante tanta pasión y odio, incluso los hombres buenos pueden ser engañados.

30



Fue necesario volver al salón de baile Venture para que Vin recordara qué era la auténtica majestad.

Había visitado tantas fortalezas que empezaba a ser insensible al esplendor. Sin embargo, había algo especial en el Torreón de Venture: algo que las otras torres ansiaban, pero no conseguían del todo. Era como si Venture fuera el padre y los demás, niños bien enseñados. Todas las mansiones eran hermosas, pero no se podía negar cuál era la mejor.

El inmenso salón Venture, flanqueado por una fila de enormes columnas a cada lado, parecía aún más grandioso que de costumbre. Vin no acababa de entender por qué. Lo pensó mientras esperaba a que un sirviente se llevara su chal. Las candilejas normales brillaban al otro lado de las vidrieras, inundando la sala con motas de luz. Las mesas estaban inmaculadas bajo sus palios. La del lord, situada en el pequeño balcón del fondo del salón, tenía un aspecto tan regio como siempre.

Es casi... demasiado perfecto, pensó Vin. Todo parecía levemente exagerado. Los manteles eran aún más blancos y estaban mejor planchados que de costumbre. Los uniformes de los criados parecían particularmente elegantes. En vez de soldados regulares, en las puertas había mataneblinos de aspecto intencionadamente imponente, reconocibles por sus escudos de madera y su falta de armadura. En conjunto, la habitual perfección de la sala había aumentado.

—Algo va mal, Sazed —susurró mientras un criado se disponía a preparar su mesa.

—¿Qué quieres decir, señora? —preguntó el alto mayordomo, caminando tras ella.

—Hay demasiada gente —dijo Vin, advirtiendo que era una de las cosas que la estaban molestando.

La asistencia a los bailes había menguado durante los últimos meses. Sin embargo, parecía que todo el mundo hubiese regresado para la fiesta Venture. Y todos llevaban sus mejores galas.

—Está sucediendo algo —dijo Vin en voz baja—. Algo que no sabemos.

—Sí... —respondió Sazed—. Yo también lo siento. Tal vez debería ir a cenar pronto con los otros mayordomos.

—Buena idea. Creo que me saltaré la cena esta noche. Llegamos un poco tarde y parece que la gente ya ha empezado a charlar.

Sazed sonrió.

—¿Qué?

—Recuerdo una época en que nunca te saltabas una cena, señora.

Vin bufó.

—Alégrate de que nunca intentara llenarme los bolsillos de comida en estos bailes... Créeme, estuve tentada. Ahora, márchate.

Sazed asintió y se marchó al comedor de los mayordomos. Vin escrutó los grupos de gente que charlaban. *Ni rastro de Shan, afortunadamente*, pensó. Por desgracia, tampoco Kliss estaba a la vista, así que tuvo que elegir a otra persona para chismorrear. Avanzó, sonriéndole a lord Idren Seeris, primo de la Casa Elariel, con quien había bailado en varias ocasiones. Él la reconoció con un estirado saludo y Vin se unió a su grupo.

—Hacía algún tiempo que no venía al Torreón de Venture —dijo Vin, adoptando su personalidad de chica del campo—. ¡Había olvidado lo majestuoso que es!

—En efecto —dijo una de las damas—. Discúlpennme... voy a buscar algo de beber.

—Te acompaño —dijo otra, y ambas abandonaron el grupo.

Vin las vio marchar y frunció el ceño.

—Ah —dijo Yestal—. Nuestra cena ha llegado. ¿Vienes, Triss?

—Naturalmente —dijo la última dama, y se marchó junto a Yestal.

Idren se ajustó las gafas, dirigió a Vin una tibia mirada de disculpa, y se retiró. Vin se quedó allí sola, aturdida. No había recibido una recepción tan fría desde sus primeros bailes.

¿Qué está pasando?, pensó, con nerviosismo creciente. *¿Es obra de Shan? ¿Puede volver en mí contra un salón entero?*

No, no parecía eso. Hubiese requerido demasiado esfuerzo. Además, lo raro no era solo el comportamiento con ella. Todos los grupos de nobles eran... diferentes esa noche.

Vin probó un segundo grupo, con resultados aún peores. En cuanto se unió a ellos, la ignoraron al instante. Vin se sintió tan fuera

de lugar que se retiró, huyendo a servirse una copa de vino. Mientras caminaba, advirtió que el primer grupo (el de Yestal e Idren) había vuelto a formarse con exactamente los mismos miembros.

Vin vaciló, se colocó bajo el balcón oriental y estudió a la multitud. Había muy poca gente bailando y los reconoció a todos como parejas formales. También parecía haber poca relación entre grupos o mesas. Aunque la sala estaba llena, parecía que la mayoría de los asistentes estaba tratando claramente de ignorarse entre sí.

Tengo que echar un buen vistazo a esto, pensó, yendo hacia las escaleras. Poco después salió al largo balcón sobre la pista de baile, sus familiares linternas azules tiñendo las paredes de un suave tono melancólico.

Vin vaciló. El refugio de Elend estaba entre la columna de la derecha y la pared, iluminado por una sola linterna. Casi siempre se pasaba los bailes en Venture leyendo allí: no le gustaban la pompa y la circunstancia que implicaba ser anfitrión de una fiesta.

El refugio estaba vacío. Vin se acercó a la barandilla y se asomó a contemplar el otro extremo del gran salón. La mesa del anfitrión estaba situada al mismo nivel de los balcones, y se sorprendió al ver a Elend sentado junto a su padre.

¿Qué?, pensó incrédula. Ni una sola vez, durante la media docena de bailes a los que había asistido en el Torreón de Venture, había visto a Elend sentado con su familia.

Allá abajo vio una figura familiar caminando entre la multitud. Llamó a Sazed, pero él ya la había visto. Mientras lo esperaba, a Vin le pareció oír una voz familiar al otro lado del balcón. Se volvió a

mirar y vio una figura bajita que había pasado por alto antes. Kliss charlaba con un grupito de lores menores.

Así que aquí está Kliss, pensó. Tal vez hable conmigo. Se puso en pie, esperando a que Kliss terminara su conversación o a que Sazed llegara.

Sazed llegó primero, jadeando por haber subido las escaleras.

—Señora —dijo en voz baja, uniéndose a ella junto a la barandilla.

—Dime que has descubierto algo, Sazed. Este baile es... extraño. Todo el mundo está tan frío y solemne. Es casi como si estuviéramos en un funeral, no en una fiesta.

—Es una metáfora adecuada, mi señora. Nos hemos perdido un anuncio importante. La Casa Hasting ha dicho que no va a celebrar su baile habitual esta semana.

Vin frunció el ceño.

—¿Y? Las casas han cancelado bailes antes.

—La Casa Elariel lo ha cancelado también. Normalmente, Tekiel vendría a continuación... pero esa casa ya no existe. La Casa Shunah ya ha anunciado que no celebrará más bailes.

—¿Qué estás diciendo?

—Parece, señora, que este será el último baile durante un tiempo... Quizá durante mucho tiempo.

Vin contempló las magníficas vidrieras del salón, que se alzaban sobre los grupos de personas distantes, casi hostiles.

—Eso es lo que está pasando —dijo—. Están finalizando alianzas. Todos se sitúan con sus amigos y partidarios más fuertes. Saben que es el último baile, así que vienen por las apariencias, pero saben que no les queda tiempo para el politiqueo.

—Eso parece, señora.

—Todos van a pasar a la defensiva —dijo Vin—. Se retiran tras sus murallas, como si dijéramos. Por eso nadie quiere hablar conmigo: hemos hecho de Renoux una fuerza demasiado neutral. No soy de ninguna facción y es mal momento para apostar por un elemento político aleatorio.

—Maese Kelsier tiene que enterarse de esto, señora —dijo Sazed—. Planeaba hacerse pasar por informador de nuevo esta noche. Si desconoce esta situación, su credibilidad podría resultar seriamente dañada. Deberíamos marcharnos.

—No —respondió Vin, volviéndose hacia Sazed—. No puedo irme... No cuando todo el mundo se queda. Todos pensaban que era muy importante venir y que los vieran en este último baile, y por eso yo no debería marcharme hasta que ellos empiecen a hacerlo.

Sazed asintió.

—Muy bien.

—Vete tú, Sazed. Alquila un carruaje y ve a decirle a Kell lo que hemos descubierto. Yo me quedaré un poco más, y luego me marcharé cuando no haga parecer débil a la Casa Renoux.

Sazed vaciló.

—Yo... no sé, señora.

Vin puso los ojos en blanco.

—Agradezco la ayuda que me has prestado, pero no es necesario que me lleves de la mano. Mucha gente viene a estos bailes sin mayordomo que la atienda.

Vin asintió, despidiéndolo, y él se retiró. Vin se apoyó contra el balcón del sitio de Elend, hasta que Sazed apareció abajo y se encaminó hacia las puertas.

¿Y ahora qué? Aunque pueda encontrar a alguien con quien

hablar, ya no tiene sentido difundir rumores.

Sintió un atisbo de temor. ¿Quién habría pensado que llegaría a disfrutar tanto de la frivolidad de los nobles? La experiencia quedaba empañada por el conocimiento de lo que muchos nobles eran capaces de hacer, pero incluso así, había sido un... sueño disfrutar de todo aquello.

¿Volvería a asistir a bailes como esos? ¿Qué sucedería con Valette la noble? ¿Tendría que guardar los vestidos y el maquillaje y volver a no ser más que Vin, la ladrona callejera? Casi con toda seguridad no habría tiempo para grandes bailes en el nuevo reino de Kelsier, y tal vez no fuera mala cosa: ¿qué derecho tenía ella a bailar mientras los otros skaa morían de hambre? Sin embargo... el mundo perdería algo hermoso sin las mansiones y los bailarines, los vestidos y las fiestas.

Suspiró, se apartó de la barandilla y se miró el vestido. Era de un profundo azul brillante, con diseños circulares blancos en la base de la falda. No tenía mangas, pero los guantes de seda azul le llegaban por encima de los codos.

Antes el vestido le hubiese parecido frustrantemente vaporoso. Ahora, sin embargo, le parecía maravilloso. Le gustaba su diseño, que le realzaba el pecho y sin embargo acentuaba también su fino torso. Le gustaba cómo le encajaba en la cintura y se desplegaba en una amplia campana que crujía cuando caminaba.

Lo echaría de menos... Lo echaría de menos todo. Pero Sazed tenía razón. No podía detener el paso del tiempo, solo podía disfrutar del momento.

No voy a dejarlo ahí sentado toda la noche en la mesa, ignorándome, decidió.

Se dio media vuelta y recorrió el balcón, saludando a Kliss al pasar. El balcón terminaba en un pasillo que giraba y, como Vin había deducido correctamente, daba al saliente donde se encontraba la mesa del anfitrión.

Se quedó en el pasillo un momento, asomada. Los lores y las damas estaban acomodados con sus regios vestidos, disfrutando del privilegio de haber sido invitados a sentarse con lord Straff Venture. Vin esperó, tratando de llamar la atención de Elend. Uno de los invitados reparó en ella, al cabo, y le dio un codazo a Elend. Este se volvió, sorprendido, vio a Vin y se ruborizó levemente.

Ella lo saludó y él se levantó, excusándose. Vin volvió al pasillo para poder hablar en privado.

—¡Elend! —dijo mientras él se acercaba por el pasillo de piedra—. ¡Estás sentado con tu padre!

Él asintió.

—Este baile se ha convertido en un acontecimiento especial, Valette, y mi padre insistió en que siguiera el protocolo.

—¿Cuándo vamos a tener tiempo para hablar?

Elend vaciló.

—No estoy seguro de que podamos.

Vin frunció el ceño. Él parecía... reservado. En lugar de su habitual traje, algo gastado y arrugado, llevaba uno nuevo y elegante. Incluso iba peinado.

—¿Elend? —dijo ella, avanzando un paso.

Él alzó una mano, deteniéndola.

—Las cosas han cambiado, Valette.

No, pensó ella. *¡Esto no puede cambiar, todavía no!*

—¿Cosas? ¿Qué «cosas»? Elend, ¿de qué estás hablando?

—Soy heredero de la Casa Venture —dijo él—. Y se avecinan tiempos peligrosos. La Casa Hasting ha perdido un convoy entero esta tarde y eso es solo el comienzo. Dentro de un mes, los torreones estarán abiertamente en guerra. No son cosas que pueda ignorar, Valette. Es hora de que deje de ser una molestia para mi familia.

—Muy bien. Pero eso no significa...

—Valette —la interrumpió Elend—. Tú también eres una molestia. Muy grande. No mentiré y diré que nunca me has importado... Me importabas y todavía es así. Sin embargo, supe desde el principio (igual que tú) que esto nunca podría ser más que una relación de pasada. La verdad es que mi casa me necesita... y es más importante que tú.

Vin palideció.

—Pero...

Él se dio media vuelta para marcharse.

—Elend, por favor, no me dejes.

Él se volvió a mirarla.

—Sé la verdad, Valette. Sé que has mentido sobre tu identidad. No me importa, en realidad. No estoy enfadado, ni siquiera decepcionado. La verdad es que lo esperaba. Estás solo... jugando el juego. Como hacemos todos. —Vaciló, sacudió la cabeza y se dio media vuelta—. Como hago yo.

—¿Elend? —dijo ella, tendiendo la mano hacia él.

—No me hagas avergonzarte en público, Valette.

Vin vaciló, sintiéndose aturdida. Y luego se sintió demasiado furiosa para estar aturdida: demasiado furiosa, demasiado frustrada... y demasiado aterrorizada.

—No me dejes —susurró—. No me dejes tú también.

—Lo siento. Pero tengo que ir con mis amigos. Ha sido... divertido.

Y se marchó. Vin se quedó en el pasillo a oscuras. Se sintió temblar y se volvió para regresar tambaleándose al balcón principal. Al lado, pudo ver a Elend despedirse de su familia y luego encaminarse por un pasillo trasero hacia las viviendas de la mansión.

No puede hacerme esto. Elend, no. Ahora no...

Sin embargo, una voz en su interior (una voz que casi había olvidado) empezó a hablar. *Pues claro que te ha dejado*, susurró Reen. *Pues claro que te ha abandonado. Todos te traicionarán, Vin. ¿Qué fue lo que te enseñé?*

¡No!, pensó ella. Se debe solo a la tensión política. Cuando esto se termine, podré convencerle de que vuelva...

Yo nunca volví por ti, susurró Reen. *Él tampoco lo hará*. La voz parecía tan real que era como si pudiera escuchar a su hermano a su lado.

Vin se apoyó en la barandilla del balcón, usando la reja de hierro para sostenerse y erguirse. No dejaría que él la destruyera. Una vida en las calles no había podido romperla; no dejaría que un noble cargado de importancia lo hiciera. Se lo repitió una y otra vez.

Pero ¿por qué aquello dolía mucho más que el hambre, mucho más que las palizas de Camon?

—Vaya, Valette Renoux —dijo una voz tras ella.

—Kliss. No estoy... de humor para hablar, ahora mismo.

—Ah —dijo Kliss—. Así que Elend Venture por fin se ha librado de ti. No te preocupes, niña: pronto recibirá lo que se merece.

Vin se dio la vuelta, el ceño fruncido por el extraño tono de voz de Kliss. La mujer no parecía ella misma. Parecía demasiado... controlada.

—Entrégale un mensaje a tu tío de mi parte, ¿quieres, querida? —preguntó Kliss animosamente—. Dile que un hombre como él, sin alianzas de casas, podría tener problemas para recopilar información en los meses venideros. Si necesita una buena fuente de información, dile que me llame. Sé un montón de cosas interesantes.

—¡Eres una informadora! —dijo Vin, ignorando su dolor por el momento—. Pero, eres...

—¿Una chismosa tonta? —preguntó la mujer—. Bueno, sí, lo soy. Es fascinante, las cosas de las que te enteras cuando te conocen como a la chismosa de la corte. La gente viene a ti para difundir mentiras obvias... como las que me contaste sobre la Casa Hasting la semana pasada. ¿Por qué querías que difundiera tales falsedades? ¿Podría la Casa Renoux estar intentando hacerse con el mercado de armas durante la guerra de casas? De hecho... ¿podría Renoux estar *detrás* del reciente ataque a los barcos Hasting? —Kliss tenía chispitas en los ojos—. Dile a tu tío que puedo guardar silencio sobre lo que sé... por una pequeña tarifa.

—Me has estado engañando durante todo este tiempo... —dijo Vin, aturdida.

—Naturalmente, querida —dijo Kliss, dándole una palmadita en el brazo—. Es lo que hacemos aquí en la corte. Acabarás por aprenderlo... si sobrevives. Ahora, sé una buena chica y entrega mi mensaje, ¿de acuerdo?

Kliss se volvió, su traje cuadrado y chillón de pronto le pareció a

Vin un disfraz brillante.

—¡Espera! ¿Qué es lo que has dicho antes sobre Elend? ¿Que va a recibir lo que se merece?

—¿Hummm? —dijo Kliss, volviéndose—. Bueno... eso es. Te has estado preguntando por los planes de Shan Elariel, ¿no?

¿*Shan?*, pensó Vin, con creciente preocupación.

—¿Qué está planeando?

—Ah, querida, eso sí que es un secreto caro. Podría decírtelo... pero ¿qué obtendría a cambio? Una mujer de una casa poco importante como yo necesita encontrar sustento en alguna parte...

Vin se quitó el collar de zafiros, la única pieza de joyería que llevaba.

—Toma. Cógelo.

Kliss aceptó el collar con expresión pensativa.

—Hummm, sí, muy bonito, desde luego.

—¿Qué es lo que sabes? —le espetó Vin.

—El joven Elend va a ser una de las primeras bajas Venture en la guerra de casas, me temo —dijo Kliss, guardándose el collar en un bolsillo de su manga—. Una lástima... Parece un muchacho agradable. Demasiado agradable, quizá.

—¿Dónde? —exigió Vin—. ¿Dónde? ¿Cómo?

—Tantas preguntas y un solo collar...

—¡Es todo lo que tengo ahora mismo! —dijo Vin sinceramente. Su monedero contenía solo piezas de bronce para empujarlas.

—Pero es un secreto muy valioso, querida. Como decía —continuó Kliss—, al decírtelo mi propia vida correría...

¡*Ya basta!*, pensó Vin, furiosa. ¡*Estúpidos juegos aristocráticos!*

Vin quemó cinc y latón golpeando a Kliss con una poderosa

andanada de alomancia emocional. Aplacó todos los sentimientos de la mujer menos el miedo y luego se apoderó de ese miedo y dio un firme tirón de él.

—¡Dímelo! —rugió Vin.

Kliss jadeó, se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Una alomántica! ¡No me extraña que Renoux trajera a una prima lejana a Luthadel!

—¡Habla! —dijo Vin, dando un paso hacia delante.

—Es demasiado tarde para ayudarlo. ¡Yo nunca vendería un secreto así si pudiera volverse contra mí!

—¡Dímelo!

—Será asesinado por alománticos de Elariel esta noche —susurró Kliss—. Puede que ya esté muerto: se suponía que iba a pasar en cuanto se retirara de la mesa de su padre. Pero si quieres venganza, tendrás que mirar también a lord Straff Venture.

—¿El padre de Elend? —preguntó Vin con sorpresa.

—Naturalmente, niña tonta —dijo Kliss—. Nada le gustaría más a lord Venture que tener una excusa para entregar el título de la casa a su sobrino. Todo lo que Venture ha tenido que hacer ha sido retirar a unos cuantos soldados del tejado, cerca de la habitación de Elend, para dejar entrar a los asesinos de Elariel. ¡Y como el asesinato tendrá lugar durante una de las pequeñas reuniones filosóficas de Elend, lord Venture podrá deshacerse también de un Hasting y un Lekal!

Vin se dio media vuelta. *¡Tengo que hacer algo!*

—Naturalmente —dijo Kliss con una risita—. A lord Venture le espera también una sorpresa. He oído que tu Elend tiene algunos

libros muy... escogidos en su poder. El joven Venture debería tener más cuidado con las cosas que cuenta a sus mujeres, creo.

Vin se volvió hacia la sonriente Kliss. La mujer le guiñó un ojo.

—Mantendré tu alomancia en secreto, niña. Pero asegúrate de que cobro mañana por la tarde. Una dama tiene que comprar comida... Y como puedes ver, yo necesito bastante.

»En cuanto a la Casa Venture... Bueno, yo me distanciaría de ellos, si fuera tú. Los asesinos de Shan van a crear un buen alboroto esta noche. No me extrañaría si la mitad de la corte acabara en la habitación del muchacho para ver a qué se debe tanto jaleo. Cuando la corte vea esos libros que tiene Elend... Bueno, digamos que los obligadores se van a interesar mucho en la Casa Venture durante un tiempo. Lástima que Elend ya esté muerto... ¡Hace mucho que no asistimos a la ejecución de un noble!

La habitación de Elend, pensó Vin a la desesperada. *¡Ahí deben de estar!* Se volvió, sujetándose la falda y corriendo frenéticamente hacia el pasillo que había dejado momentos antes.

—¿Adónde vas? —preguntó Kliss, sorprendida.

—¡Tengo que impedirlo!

Kliss se echó a reír.

—Ya te he dicho que es demasiado tarde. El de Venture es un torreón muy antiguo, y los pasadizos que conducen a las habitaciones de los lores son todo un laberinto. Si no sabes el camino, te perderás durante horas.

Vin miró alrededor, sintiéndose indefensa.

—Además, niña —añadió Kliss, volviéndose para marcharse—. ¿No te acaba de rechazar el muchacho? ¿Qué le debes?

Vin vaciló. *Tiene razón. ¿Qué le debo?*

La respuesta le llegó inmediatamente. *Lo amo.*

Con esa idea, recuperó fuerzas. Echó a correr a pesar de las carcajadas de Kliss. Tenía que intentarlo. Entró en el pasillo y se internó en los oscuros pasadizos. Sin embargo, las palabras de Kliss pronto se revelaron ciertas: los oscuros corredores de piedra eran extraños y sin adornos. Nunca encontraría el camino a tiempo.

El tejado, pensó. Las habitaciones de Elend tendrán un balcón al exterior. ¡Necesito una ventana!

Se abalanzó por el pasillo, quitándose los zapatos y tirando de las medias. Luego corrió como mejor pudo con el vestido. Buscó frenéticamente una ventana lo bastante grande. Llegó a un pasillo más ancho, vacío a excepción de las fluctuantes antorchas.

Al otro lado había una enorme vidriera de color lavanda.

Esto me vale, pensó Vin. Avivando acero, se lanzó al aire y tomó impulso en una enorme puerta de hierro que tenía detrás. Voló hacia delante un momento, luego empujó con mucha fuerza el marco de hierro de la ventana.

Se detuvo en el aire, empujando hacia atrás y hacia delante al mismo tiempo. Se esforzó, flotando en el corredor vacío, avivando el peltre para no ser aplastada. El rosetón de la ventana era enorme, pero estaba hecho casi todo de cristal. ¿Sería resistente?

Muy resistente. Vin gruñó por la tensión. Oyó algo quebrarse tras ella y la puerta empezó a retorcerse en sus goznes.

¡Tienes... que... ceder!, pensó enfadada, avivando su acero. Lascas de piedra cayeron alrededor de la ventana.

Entonces, con un crujido, el rosetón se soltó de la pared de piedra. Cayó hacia la noche oscura y Vin salió despedida detrás.

La fría bruma la envolvió. Tiró levemente de la puerta de la

habitación, impidiéndose llegar demasiado lejos, y luego tiró con fuerza contra la ventana que caía. La enorme vidriera giró bajo ella, agitando las brumas mientras Vin salía despedida directa hacia el tejado.

La ventana chocó con el suelo justo cuando Vin llegaba al borde del tejado, el vestido aleteando locamente con el viento. Aterrizó en un tejado recubierto de bronce de golpe, sin llegar a adoptar la postura correcta. Sintió el metal frío bajo sus pies y sus manos.

Avivó estaño, iluminando la noche. No vio nada fuera de lo corriente.

Quemó bronce, usándolo como Marsh le había enseñado, en busca de signos de alomancia. No había ninguno: los asesinos llevaban a un ahumador consigo.

¡No puedo buscar en todo el edificio!, pensó Vin, desesperada, avivando su bronce. *¿Dónde están?*

Entonces, curiosamente, le pareció que sentía algo. Un pulso alomántico en la noche. Leve. Oculto. Pero suficiente.

Vin se levantó para echar a correr por el tejado, confiando en sus instintos. Mientras corría, avivó peltre y se subió el vestido casi hasta el cuello, luego lo rasgó de un solo tirón. Sacó el monedero y los frasquitos de metal del bolsillo oculto, y luego, todavía corriendo, terminó de quitarse el vestido, los encajes y las medias y lo tiró todo. El corsé y los guantes siguieron el mismo camino. Debajo llevaba una fina camisa sin mangas y unos pantaloncitos blancos.

Corrió frenética. *No puedo llegar tarde*, pensó. *Por favor. No puedo.*

En la niebla se movían unas figuras. Se encontraban junto a una claraboya, en el tejado. Vin había pasado junto a otras similares

mientras corría. Una de las figuras señaló la claraboya con un arma brillando en su mano.

Vin gritó. Se impulsó lejos del tejado de bronce y trazó un arco al saltar. Aterrizó en el mismo centro del sorprendido grupo y lanzó su bolsa de monedas, rompiéndola en dos.

Las monedas se esparcieron por el aire reflejando la luz de la ventana de abajo. Mientras, la brillante lluvia de metal caía a su alrededor, Vin empujó.

Las monedas volaron como un enjambre de insectos, dejando un surco en la bruma. Las figuras gritaron cuando golpearon sus cuerpos y varias de las formas oscuras cayeron.

Otras no lo hicieron. Algunas de las monedas fueron desviadas, empujadas a un lado por invisibles manos alománticas. Cuatro personas permanecieron de pie: dos de ellas llevaban capa de bruma; una le era familiar.

Shan Elariel. Vin no necesitó ver la capa para comprender: solo había un motivo para que una mujer tan importante como Shan participara en una misión de asesinato como esa. Era una nacida de la bruma.

—¿Tú? —preguntó Shan, sorprendida. Llevaba pantalones y camisa negra, el pelo oscuro recogido atrás y vestía la capa de bruma casi con elegancia.

Dos nacidos de la bruma, pensó Vin. Mala cosa. Echó a correr, esquivando a uno de los asesinos cuando blandió su bastón de duelo contra ella.

Vin corrió por el tejado, luego se empujó para detenerse, girando con una mano apoyada contra el frío bronce. Se volvió y tiró contra

las pocas monedas que no se habían perdido en la noche, atrayéndolas hacia su mano.

—¡Matadla! —exclamó Shan.

Los dos hombres que Vin había derribado gemían en el tejado. No estaba muertos; de hecho, uno trataba de ponerse en pie.

Violentos, pensó Vin. Los otros dos deben de ser lanzamonedas.

Como dándole la razón, uno de los hombres trató de arrebatarse el frasquito de metales. Por fortuna, no contenía suficientes para proporcionarle un buen anclaje y ella lo sujetó fácilmente.

Shan volvió su atención hacia la claraboya.

¡*No, eso sí que no!*, pensó Vin, echando a correr de nuevo.

El lanzamonedas gritó cuando se acercó. Vin disparó una moneda contra él. El hombre, naturalmente, la devolvió de un empujón, pero Vin se ancló contra el tejado de bronce y avivó acero, empujando a su vez con firmeza.

El empujón de acero del hombre, transmitido de la moneda a Vin y al tejado, lo lanzó por el aire. Dejó escapar un grito mientras se perdía en la oscuridad. Era solo un brumoso, no podía tirar de sí mismo para volver al tejado.

El otro lanzamonedas trató de rociarla de monedas, pero Vin las esquivó con facilidad. Por desgracia, no era tan necio como su compañero y soltó las monedas poco después de empujarlas. Sin embargo, estaba claro que no podía golpearla. ¿Por qué entonces...?

¡*El otro nacido de la bruma!*, pensó Vin, y rodó mientras la figura saltaba de la oscuridad con los cuchillos de cristal destellando en el aire.

Vin apenas logró apartarse. Tuvo que avivar peltre para recuperar

el equilibrio. Se incorporó junto al violento herido, que intentaba levantarse, debilitado. Avivando de nuevo peltre, Vin le hundió el hombro en el pecho al hombre, apartándolo de un empujón. Este se tambaleó, todavía sujetándose el costado sangrante. Luego resbaló y cayó por la claraboya. El fino cristal tintado se hizo añicos y los oídos de Vin amplificadas por el estaño oyeron gritos de sorpresa abajo, seguidos de un golpe cuando el violento llegó al suelo.

Vin alzó la cabeza, sonriendo con malicia a la aturdida Shan. Tras ella, el segundo nacido de la bruma maldijo en silencio.

—Tú... Tú... —farfulló Shan, los ojos ardiendo peligrosamente de furia en la noche.

Acepta la advertencia, Elend, pensó Vin, y escapa. Es hora de que me marche.

No podía enfrentarse a dos nacidos de la bruma a la vez: ni siquiera podía derrotar a Kelsier la mayoría de las noches. Avivando acero, Vin se lanzó hacia atrás. Shan dio un paso adelante y, con decisión, se impulsó tras ella. El segundo nacido de la bruma la imitó.

¡*Demonios!*!, pensó Vin, girando en el aire y tirando de sí hacia el borde del tejado, cerca de donde había roto la vidriera. Debajo corrían figuras y sus linternas iluminaban las brumas. Lord Venture debía de pensar que la confusión significaba que su hijo había muerto. Le esperaba una sorpresa.

Vin se lanzó de nuevo al aire, saltando al neblinoso vacío. Oyó a los dos nacidos de la bruma aterrizar tras ella, luego se impulsó otra vez.

Esto no va bien, pensó nerviosa mientras recorría las corrientes

de aire. No le quedaban monedas, ni tenía dagas... y se enfrentaba a dos nacidos de la bruma bien entrenados.

Quemó hierro, buscando frenéticamente un anclaje en la noche. Una línea azul, moviéndose despacio, apareció bajo ella a la derecha.

Vin tiró de la línea, cambiando su trayectoria. Se lanzó hacia abajo: la muralla del Torreón de Venture apareció como una sombra oscura. Su anclaje era el peto de un desafortunado guardia de la muralla que se agarraba frenético a una de las almenas para no ser arrastrado hacia Vin.

Esta chocó contra el hombre con los pies, luego giró en el aire brumoso, volviéndose para aterrizar en la fría piedra. El guardia se desplomó, luego gimió, agarrándose desesperado a su asidero de piedra mientras otra fuerza alomántica tiraba de él.

Lo siento, amigo, pensó Vin, soltando de una patada la mano del hombre de la almena. El guardia salió inmediatamente despedido hacia arriba, como impulsado por un poderoso cable.

En la oscuridad se oyó el sonido de cuerpos chocando y Vin vio un par de formas caer flácidas al patio. Sonrió mientras echaba a correr por la muralla. *Espero que fuera Shan.*

Saltó y aterrizó encima de la caseta de guardia. Cerca de la fortaleza, la gente se congregaba y subía a sus carruajes para huir.

Y así empieza la guerra de casas, pensó. *No creí que fuera a ser yo quien la iniciara oficialmente.*

Una figura salida de la bruma se abalanzó hacia ella. Vin dejó escapar un grito, avivó peltre y saltó a un lado. Shan aterrizó con destreza, los flecos de la capa de bruma aleteando, encima de la garita. Empuñaba dos dagas y sus ojos resplandecían de ira.

Vin saltó a un lado, rodó de la garita y aterrizó en la muralla de abajo. Un par de guardias se alarmaron, sorprendidos al ver a una muchacha medio desnuda caer entre ellos. Shan saltó a la pared, tras ellos, luego empujó y lanzó a uno de los guardias contra Vin.

El hombre gritó cuando Vin empujó también su peto, pero era más pesado que ella y cayó de espaldas. Tiró del guardia para detenerse y el hombre chocó contra la parte superior de la muralla. Vin aterrizó ágilmente a su lado y recogió su bastón cuando ya rodaba libre de su mano.

Shan atacó en un destello de dagas giratorias, y Vin se vio obligada a saltar de nuevo hacia atrás. *¡Es muy buena!*, pensó ansiosa. Vin apenas se había entrenado con las dagas: en aquel momento deseó haberle pedido a Kelsier un poco más de práctica. Blandió el bastón, pero nunca había usado uno y su ataque fue ridículo.

Shan descargó un golpe y Vin sintió una llamarada de dolor en la mejilla mientras esquivaba. Dejó caer aturdida el bastón, se llevó la mano a la cara y sintió la sangre. Retrocedió tambaleándose, viendo la sonrisa en el rostro de Shan.

Y, entonces, Vin recordó el frasquito. El que todavía llevaba... El que le había dado Kelsier.

Atium.

No se molestó en sacárselo de la cintura. Quemó acero, empujándolo al aire ante sí. Luego inmediatamente quemó hierro y tiró de la perla de atium. El frasquito se hizo añicos, la perla voló hacia Vin. La atrapó con la boca y se la tragó en el acto.

Shan vaciló. Entonces, antes de que Vin pudiera hacer nada, bebió de su propio frasquito.

¡Naturalmente, también tiene atium!

Pero ¿cuánto tenía? Kelsier no le había dado mucho a Vin... El suficiente para unos treinta segundos. Shan saltó hacia delante, sonriendo, su largo cabello negro ondeando en el aire. Vin apretó los dientes. No tenía elección.

Quemó atium. Inmediatamente, la forma de Shan despidió docenas de sombras de atium fantasma. Era un empate entre nacidas de la bruma: la primera que se quedara sin atium sería vulnerable. No se podía escapar de un oponente que sabía exactamente lo que ibas a hacer.

Vin retrocedió, sin perder de vista a Shan. La noble avanzó al acecho, sus fantasmas formando una insana burbuja de movimiento transparente a su alrededor. Parecía calmada. Segura.

Tiene atium de sobra, pensó Vin, sintiendo que su propia reserva se agotaba. Tengo que escapar.

Maldijo, mirando a un lado, hacia las brumas. Al hacerlo, captó una sonrisa en Shan.

Está esperando a que mi atium se consuma. Quiere que corra... sabe que puede alcanzarme.

Solo quedaba una opción: atacar.

Shan frunció el ceño, sorprendida, cuando Vin se abalanzó hacia delante. Unas flechas fantasma rozaron las piedras antes de que sus contrapartidas reales llegaran. Vin esquivó dos flechas (su mente amplificada por el atium sabía exactamente cómo moverse), pasando tan cerca entre ambas que sintió los proyectiles en el aire a cada lado.

Shan blandió sus dagas y Vin se volvió de lado esquivando un tajo y bloqueando el otro golpe con el antebrazo, con lo que se hizo

un profundo corte. Su propia sangre voló por los aires mientras giraba, cada gotita desprendiendo una imagen transparente de atium, y avivó peltre y golpeó a Shan en el estómago.

Shan gruñó de dolor, se dobló levemente, pero no cayó.

El atium casi se ha consumido, pensó Vin, desesperada. Solo quedaban unos pocos segundos.

Por eso apagó su atium, exponiéndose.

Shan sonrió con malicia, se irguió, empuñando confiada la daga con la mano derecha. Supuso que Vin se había quedado sin atium... y que por tanto había quedado expuesta. Que era vulnerable.

En ese momento Vin quemó el último ápice de atium. Shan se detuvo brevemente, confundida, dejando a Vin un resquicio mientras una flecha fantasma surcaba las brumas sobre ellas.

Vin atrapó la flecha real que la seguía (el grano de la madera le quemó los dedos) y se la clavó en el pecho a Shan. El astil se quebró en su mano y se clavó aproximadamente una pulgada en el cuerpo de Shan. La mujer se tambaleó hacia atrás sin llegar a caer.

Maldito peltre, pensó Vin, desenvainando la espada del soldado inconsciente que tenía a sus pies. Saltó, apretando decidida los dientes, y Shan, todavía aturdida, alzó una mano para empujar la espada.

Vin soltó el arma (era solo una distracción) mientras clavaba la otra mitad de la flecha rota en el pecho de Shan, justo al lado de la primera.

Esta vez Shan cayó. Trató de levantarse, pero uno de los astiles debió de causar un grave daño a su corazón, pues su rostro palideció. Se debatió un momento y cayó sin vida al suelo.

Vin se irguió, jadeando entrecortadamente mientras se limpiaba la

sangre de la mejilla... solo para advertir que su brazo ensangrentado empeoraba el estado de su cara. Tras ella, los soldados gritaban y seguían disparando flechas.

Vin miró hacia el torreón, se despidió de Elend y se abalanzó hacia la noche.

A otros hombres les preocupa si serán recordados o no. Yo no siento esos temores; incluso descartando las profecías de Terris, he traído tal caos, conflicto y esperanza a este mundo que hay pocas posibilidades de que sea olvidado.

Me preocupa lo que dirán de mí. Los historiadores pueden hacer con el pasado lo que quieran. Dentro de mil años, ¿seré recordado como el hombre que protegió a la humanidad de un poderoso mal? ¿O seré recordado como un tirano que arrogantemente trató de convertirse en leyenda?

31



—No sé —dijo Kelsier, sonriendo mientras se encogía de hombros—. Brisa sería un buen ministro de Sanidad.

Todos se echaron a reír, aunque Brisa puso los ojos en blanco.

—Sinceramente, no sé por qué soy siempre el blanco de vuestras bromas. ¿Por qué elegís a la única persona digna de este grupo como objeto de vuestras burlas?

—Porque, mi querido amigo —dijo Ham, imitando el acento de Brisa—, tú eres, con diferencia, el mejor «objeto» que tenemos.

—Ay, por favor —dijo Brisa mientras Fantasma casi rodaba por el suelo de risa—. Esto se está volviendo infantil. El adolescente es el único que ha encontrado divertido ese comentario, Hammond.

—Soy un soldado —respondió Ham, alzando su copa—. Tus ingeniosos ataques verbales no tienen ningún efecto sobre mí, pues soy demasiado cerrado de mollera para comprenderlos.

Kelsier se echó a reír, apoyado en la alacena. Un problema de trabajar de noche era que se perdía las reuniones en la cocina de

Clubs. Brisa y Ham continuaron con sus pullas. Dox estaba sentado en un extremo de la mesa, repasando libros de cuentas e informes, mientras que Fantasma se sentaba ansioso junto a Ham, tratando lo mejor posible de participar en la conversación. Clubs estaba sentado en su rincón, supervisando, sonriendo de vez en cuando, disfrutando de su habilidad de fruncir el ceño mejor que nadie.

—Tendría que irme ya, maese Kelsier —dijo Sazed, mirando el reloj de pared—. La señora Vin debe de estar a punto de marcharse. Kelsier asintió.

—Yo también debería ponerme en marcha. Aún tengo que...

La puerta de la cocina se abrió de golpe. La silueta de Vin apareció recortada en la bruma, apenas vestida con su ropa interior: una fina camisa blanca y pantalones. Ambos estaban manchados de sangre.

—¡Vin! —exclamó Ham, poniéndose en pie.

Tenía en la mejilla un arañazo largo y fino, y llevaba un vendaje en el antebrazo.

—Estoy bien —dijo, cansada.

—¿Qué le ha pasado a tu vestido? —exigió saber inmediatamente Dockson.

—¿Te refieres a esto? —preguntó ella, en tono de disculpa, y alzó una masa azul de tela desgarrada y manchada de hollín.

—¡Por el lord Legislador, niña! —dijo Brisa—. Olvida el vestido. ¿Qué te ha pasado *a ti*?

Vin sacudió la cabeza y cerró la puerta. Fantasma se ruborizó hasta las orejas viéndola como iba y Sazed intervino al instante para comprobar la herida de su mejilla.

—Creo que he hecho algo malo —dijo Vin—. Creo... He matado a

Shan Elariel.

—¿Que has hecho *qué*? —preguntó Kelsier mientras Sazed chasqueaba la lengua, dejaba de inspeccionar la mejilla y deshacía el vendaje del brazo.

Vin dio un leve respingo mientras Sazed la atendía.

—Era una nacida de la bruma. Luchamos. Vencí.

¿Mataste a una nacida de la bruma plenamente entrenada?, pensó Kelsier, asombrado. *¡Apenas llevas ocho meses practicando!*

—Maese Hammond —solicitó Sazed—, ¿quieres traer mi bolsa de curandero?

Ham asintió y se puso en pie.

—Puede que quieras traerle también algo que ponerse —sugirió Kelsier—. Creo que al pobre Fantasma está a punto de darle un ataque al corazón.

—¿Qué tiene esto de malo? —preguntó Vin, indicando su ropa—. No es que enseñe mucho más que con alguna de la ropa de ladrona que he usado.

—Es ropa interior, Vin —dijo Dockson.

—¿Y?

—Esa es la cuestión. Las damas jóvenes no van por ahí corriendo en ropa interior, no importa cuánto se pueda parecer esa ropa interior a la ropa normal.

Vin se encogió de hombros y se sentó mientras Sazed le vendaba el brazo. Parecía... agotada. Y no solo por la lucha. *¿Qué más sucedió en esa fiesta?*

—¿Dónde luchaste con la mujer Elariel? —preguntó Kelsier.

—Frente al Torreón de Venture —dijo Vin, agachando la cabeza

—. Yo... Creo que algunos de los guardias me vieron. Puede que algunos nobles también, no estoy segura.

—Esto va a traer problemas —suspiró Dockson—. Naturalmente, esa herida en la mejilla va a resultar bastante obvia, incluso con maquillaje. Sinceramente, ¿es que vosotros los alománticos nunca os preocupáis del aspecto que vais a tener al día siguiente de una de vuestras peleas?

—Estaba más concentrada en conservar la vida, Dox.

—Se está quejando porque se preocupa por ti —dijo Kelsier mientras Ham regresaba con la bolsa—. Eso es lo que le pasa.

—Ambas heridas requieren sutura inmediata, señora —dijo Sazed—. Creo que la del brazo ha llegado al hueso.

Vin asintió y Sazed le frotó el brazo con un ungüento anestésico antes de empezar a trabajar. Ella lo soportó sin demasiada incomodidad visible... aunque obviamente había avivado peltre.

Parece tan agotada, pensó Kelsier. Era una muchachita de aspecto frágil, toda brazos y piernas. Hammond le echó una capa sobre los hombros, pero ella parecía demasiado cansada para importarle.

Y yo la he metido en esto.

Naturalmente, ella sabía bien que no tenía que haberse metido en aquella clase de líos. Por fin Sazed terminó de coser, luego colocó un nuevo vendaje en la herida del brazo. Pasó a la mejilla.

—¿Por qué combatir con una nacida de la bruma? —preguntó Kelsier, severo—. Tendrías que haber huido. ¿Es que no aprendiste nada de tu batalla con los inquisidores?

—No podía escapar sin darle la espalda —dijo Vin—. Además,

tenía más atium que yo. Si no hubiera atacado, me habría perseguido. Tuve que golpear mientras estábamos igualadas.

—Pero ¿cómo te metiste en esa pelea, para empezar? —exigió saber Kelsier—. ¿Te atacó ella?

Vin se miró los pies.

—Ataqué yo primero.

—¿Por qué?

Vin guardó silencio un momento, mientras Sazed le curaba la mejilla.

—Iba a matar a Elend —dijo por fin.

Kelsier resopló, exasperado.

—¿A Elend Venture? ¿Arriesgaste tu vida... arriesgaste el plan, y nuestras vidas, por ese muchacho idiota?

Vin alzó la cabeza y lo miró a la cara.

—Sí.

—¿Qué pasa contigo, muchacha? —preguntó Kelsier—. Elend Venture no merece la pena.

Ella se levantó enfadada. Sazed retrocedió y la capa cayó al suelo.

—¡Es un buen hombre!

—¡Es un noble!

—¡Y *vosotros* también! —replicó ella. Agitó una mano, llena de frustración, señalando la cocina y la banda—. ¿Qué piensas que es esto, Kelsier? ¿La vida de un skaa? ¿Qué sabe ninguno de vosotros de los skaa? ¿Trajes de aristócrata, acechar a vuestros enemigos de noche, comidas completas y copas alrededor de la mesa con los amigos? ¡Esa no es la vida del skaa!

Dio un paso adelante, mirando a Kelsier. Él parpadeó, sorprendido

del estallido.

—¿Qué sabes de ellos, Kelsier? —preguntó—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste en un callejón, temblando bajo la fría lluvia, escuchando al mendigo que tenías al lado toser de la enfermedad que sabías que iba a matarlo? ¿Cuándo fue la última vez que te pasaste toda la noche sin dormir, aterrorizado porque uno de los hombres de tu banda podía intentar violarte? ¿Te has arrodillado alguna vez, muerto de hambre, deseando tener el valor de acuchillar al bandido que tenías al lado, solo para poder quitarle su pedazo de pan? ¿Te has acobardado ante tu hermano mientras te golpeaba, agradecido todo el tiempo porque al menos *tenías a alguien que te prestaba atención*?

Guardó silencio, jadeando levemente. Todos la miraron.

—No me hables de nobles —dijo—. Y no digas cosas sobre gente que no conoces. No sois skaa: solo sois nobles sin título.

Se dio media vuelta y salió de la habitación. Kelsier la vio salir, aturdido, y la oyó subir las escaleras. Se quedó allí de pie, anonadado, sintiendo un sorprendente arrebató de culpa y vergüenza.

Y, por una vez, no supo qué decir.

Vin no fue a su habitación. Subió al tejado, donde las brumas se revolvían en la noche tranquila y oscura. Se sentó en un rincón, sintiendo el áspero borde de piedra del tejado plano contra su espalda casi desnuda, la madera bajo ella.

Tenía frío, pero no le importaba. Le dolía un poco el brazo, pero sobre todo lo notaba entumecido. No se sentía lo bastante aturdida.

Cruzó los brazos y contempló las brumas, encogida sobre sí misma. No sabía qué pensar, mucho menos qué sentir. No debería haberle gritado a Kelsier, pero todo lo sucedido... la lucha, la traición de Elend... la hacía sentirse frustrada. Necesitaba estar furiosa con alguien.

Deberías estar furiosa contigo misma, susurró la voz de Reen. *Tú eres la que los dejó acercarse. Ahora todos van a abandonarte.*

No podía impedir que le doliera. Solo podía permanecer allí sentada y temblar mientras caían las lágrimas, preguntándose cómo todo se había desmoronado tan rápidamente.

La trampilla del tejado se abrió con un silencioso crujido y apareció la cabeza de Kelsier.

¡Ay, lord Legislador! No quiero enfrentarme a él ahora. Trató de secarse las lágrimas, pero solo consiguió agravar la herida recién cosida de su mejilla.

Kelsier cerró la trampilla tras él y luego se incorporó, tan alto y orgulloso, y contempló las brumas. *No se merece las cosas que le he dicho. Ninguno de ellos se las merece.*

—Contemplar las brumas es reconfortante, ¿verdad?

Vin asintió.

—¿Qué te dije una vez? Las brumas te protegen, te dan poder... te ocultan... —Agachó la cabeza y luego se acercó a ella y se sentó a su lado, tendiéndole una capa—. Hay cosas de las que no te puedes ocultar, Vin. Lo sé: lo he intentado.

Ella aceptó la capa y se arropó los hombros.

—¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó él—. ¿Qué ha pasado *de verdad*?

—Elend me dijo que no quería volver a verme.

—Ah. ¿Eso fue antes o después de que mataras a su exprometida?

—Antes.

—¿Y aun así lo protegiste?

Vin asintió, sorbiendo lentamente.

—Lo sé. Soy una idiota.

—No más que el resto de nosotros —dijo Kelsier con un suspiro. Contempló las brumas—. Yo también seguí amando a Mare, incluso después de que me traicionase. Nada pudo cambiar lo que sentía.

—Y por eso duele tanto —dijo Vin, recordando lo que Kelsier había dicho antes.

Creo que por fin lo comprendo.

—No dejas de amar a alguien solo porque te hace daño —dijo él—. Desde luego, las cosas serían más fáciles.

Ella empezó a sollozar de nuevo y él la rodeó paternalmente con un brazo. Vin se acercó, tratando de usar su calor para ignorar el dolor.

—Lo quería, Kelsier —susurró.

—¿A Elend? Lo sé.

—No, no a Elend. A Reen. Me pegaba, una y otra y otra vez. Me maldecía, me gritaba, decía que me traicionaría. Cada día, pensaba en lo mucho que lo odiaba.

»Y lo quería. Todavía lo quiero. Me duele tanto pensar que ya no está, aunque siempre me decía que se marcharía.

—Ay, niña —dijo Kelsier, atrayéndola—. Lo siento.

—Todo el mundo me deja —susurró ella—. Apenas puedo recordar a mi madre. Trató de matarme, ¿sabes? Oía voces en su cabeza, y esas voces la llevaron a quitarle la vida a mi hermana

pequeña. Quizá se propusiera acabar conmigo a continuación, pero Reen la detuvo a tiempo.

»Fuera como fuese, me dejó. Después de eso, me aferré a Reen. También se marchó. Amo a Elend, pero él ya no me quiere —miró a Kelsier—. ¿Cuándo vas a irte tú? ¿Cuándo me dejarás?

Kelsier parecía entristecido.

—Yo... Vin, no lo sé. Este trabajo, el plan...

Ella lo miró a los ojos, buscando los secretos de su interior. *¿Qué me estás ocultando, Kelsier? ¿Tan peligroso es?* Se frotó de nuevo los ojos, apartándose de él, sintiéndose una tonta.

Kelsier sacudió la cabeza.

—Mira, me has manchado de sangre todo mi bonito y sucio traje de informador.

Vin sonrió.

—Al menos parte de la sangre es noble. Le di bien a Shan.

Kelsier se echó a reír.

—Es probable que tengas razón, ¿sabes? No les doy muchas oportunidades a los nobles, ¿no?

Vin se ruborizó.

—Kelsier, no tendría que haber dicho esas cosas. Eres una buena persona y este plan tuyo... Bueno, me doy cuenta de lo que intentas hacer por los skaa.

—No, Vin —Kelsier negó con la cabeza—. Lo que has dicho es cierto. No somos skaa de verdad.

—Pero eso es bueno. Si fuerais skaa normales, no tendríais la experiencia ni el valor para planear algo así.

—Puede que ellos carezcan de experiencia —dijo Kelsier—, pero no de valor. Nuestro ejército perdió, cierto, pero estuvieron

dispuestos, con un entrenamiento mínimo, a enfrentarse a una fuerza superior. No, los skaa no carecen de valor. Solo de oportunidades.

—Entonces es tu posición como medio skaa medio noble lo que te ha dado esa oportunidad, Kelsier. Y has elegido usar esa oportunidad para ayudar a tu mitad skaa. Eso te hace digno de ser skaa.

Kelsier sonrió.

—Digno de ser skaa. Me gusta cómo suena. De todas formas, tal vez necesite pasarme menos tiempo preocupándome por qué nobles matar y un poco más preocupándome de a qué campesinos ayudar.

Vin asintió, arrebujándose en la capa mientras contemplaba las brumas. *Nos protegen... nos dan poder... nos ocultan...*

No había sentido la necesidad de ocultarse desde hacía mucho tiempo. Pero ahora, después de las cosas que había dicho abajo, casi deseaba poder salir volando como un hilillo de bruma.

Tengo que decírselo. Podría significar el éxito o el fracaso del plan. Tomó aire.

—La Casa Venture tiene un punto flaco, Kelsier.

Él alzó la cabeza.

—¿Sí?

Vin asintió.

—El atium. Se aseguran de que el metal sea recolectado y entregado: es la fuente de su riqueza.

Kelsier vaciló un momento.

—¡Naturalmente! Así es como pueden pagar los impuestos, por

eso son tan poderosos... Él necesita que alguien se encargue de las cosas...

—¿Kelsier?

Él se volvió a mirarla.

—No... no hagas nada a menos que sea necesario, ¿de acuerdo?

Kelsier frunció el ceño.

—Yo... no sé si puedo prometerte nada, Vin. Intentaré encontrar otro modo, pero tal como están ahora las cosas, Venture tiene que caer.

—Comprendo.

—Pero me alegro de que me lo hayas dicho.

Vin asintió. *Y ahora lo he traicionado a él también.* Sin embargo, había paz en saber que no lo había hecho por rencor. Kelsier tenía razón: la Casa Venture era un poder que tenía que ser derribado. Curiosamente, que mencionara la casa pareció molestar a Kelsier más que a ella. Permaneció sentado, contemplando las brumas, extrañamente melancólico. Se rascó ausente el brazo.

Las cicatrices, pensó Vin. No está pensando en la Casa Venture... sino en los Pozos. En ella.

—¿Kelsier?

—¿Sí? —Sus ojos todavía parecían un poco... ausentes mientras contemplaba las brumas.

—No creo que Mare te traicionara.

Él sonrió.

—Me alegra que pienses así.

—No, lo digo en serio. Los inquisidores os estaban esperando cuando llegasteis al centro del palacio, ¿no?

Kelsier asintió.

—También nos estaban esperando a nosotros.

Kelsier negó con la cabeza.

—Tú y yo luchamos contra algunos guardias, hicimos algo de ruido. Cuando Mare y yo entramos, lo hicimos en silencio. Llevábamos un año planeándolo: fuimos sigilosos, silenciosos y muy cuidadosos. Alguien nos tendió una trampa.

—Mare era alomántica, ¿verdad? Es posible que os sintieran venir.

Kelsier negó con la cabeza.

—Teníamos a un ahumador con nosotros. Se llamaba Redd... Los inquisidores lo mataron en el acto. Me he preguntado si él fue el traidor, pero no encaja. Redd ni siquiera sabía que nos infiltraríamos hasta esa misma noche, cuando fuimos a buscarlo. Solo Mare sabía lo suficiente para traicionarnos: fechas, horas, objetivos. Además, está el comentario del lord Legislador. No lo viste, Vin, sonriendo mientras le daba las gracias a Mare. Había... sinceridad en sus ojos. Dicen que el lord Legislador no miente. ¿Para qué iba a hacerlo?

Vin guardó silencio un momento, considerando lo que él había dicho.

—Kelsier —dijo lentamente—, creo que los inquisidores pueden sentir la alomancia aunque se esté quemando cobre.

—Imposible.

—Yo lo he hecho esta noche. He perforado la nube de cobre de Shan para localizarla a ella y los otros asesinos. Así fue como llegué a Elend a tiempo.

Kelsier frunció el ceño.

—Tienes que estar equivocada.

—También sucedió antes. Puedo sentir el contacto del lord

Legislador sobre mis emociones, incluso cuando estoy quemando cobre. Y te juro que cuando me estaba ocultando de aquel inquisidor que me daba caza, me encontró cuando no debería haberlo hecho. Kelsier, ¿y si es posible? ¿Y si esconderte ahumando no es tan solo cuestión de tener encendido el cobre o no? ¿Y si solo depende de lo fuerte que eres?

Kelsier reflexionó.

—Podría ser, supongo.

—¡Entonces Mare no habría tenido que traicionarte! —dijo Vin, agitada—. Los inquisidores son enormemente poderosos. ¡Los que os estaban esperando tal vez os sintieron quemar metales! Sabían que un alomántico intentaba colarse en el palacio. ¡Y el lord Legislador le dio las gracias porque ella fue quien os descubrió! Ella fue la alomántica que, al quemar estaño, los condujo hacia vosotros.

El rostro de Kelsier adquirió una expresión de preocupación. Se volvió para sentarse directamente delante de ella.

—Hazlo ahora, entonces. Dime qué metal estoy quemando.

Vin cerró los ojos, avivó bronce, escuchó... sintiendo, como Marsh le había enseñado. Recordó sus entrenamientos en solitario, el tiempo pasado enfocado en las ondas que Brisa, Ham o Fantasma desprendían para ella. Trató de detectar el ritmo difuso de la alomancia. Trató...

Durante un instante, le pareció sentir algo. Algo muy extraño: un pulso lento, como un tambor lejano, distinto a ningún otro ritmo alomántico que hubiera sentido antes. Pero no procedía de Kelsier. Era lejano... distante. Se concentró con más fuerza, tratando de detectar la dirección de donde procedía.

Pero de repente, al concentrarse más, algo llamó su atención. Un

ritmo más familiar, que brotaba de Kelsier. Era débil, difícil de sentir por encima del latido de su propio corazón. Era un latir atrevido y rápido.

Abrió los ojos.

—¡Peltre! Estás quemando peltre.

Kelsier parpadeó, sorprendido.

—Imposible —susurró—. ¡Otra vez!

Ella cerró los ojos.

—Estaño —dijo al cabo de un instante—. Ahora acero: has cambiado mientras hablaba.

—¡Demonios!

—Yo tenía razón —dijo Vin ansiosamente—. ¡Se pueden sentir los pulsos alománticos a través del cobre! Son suaves, pero supongo que hay que concentrarse lo suficiente para...

—Vin —interrumpió Kelsier—, ¿no crees que los alománticos habrán intentado hacer esto antes? ¿No crees que, en mil años, alguien habría advertido que se puede perforar una nube de cobre? Incluso yo lo he intentado. Me concentré durante horas en mi maestro, tratando de sentir algo a través de su nube de cobre.

—Pero... —dijo Vin—. Pero ¿por qué...?

—Debe de tener algo que ver con la fuerza, como dices. Los inquisidores pueden empujar y tirar más fuerte que ningún brumoso corriente... Tal vez son tan fuertes que pueden superar el metal de otra persona.

—Pero, Kelsier, yo no soy una inquisidora.

—Pero eres fuerte. Más fuerte de lo normal. ¡Has matado a una nacida de la bruma esta noche!

—Por suerte —dijo Vin, colorada—. La he engañado.

—La alomancia no son más que trucos, Vin. No, hay algo especial en ti. Lo advertí aquel primer día, cuando rechazaste mis intentos de empujar y tirar de tus emociones.

Ella se ruborizó.

—No puede ser eso, Kelsier. Tal vez he practicado con el bronce más que tú... No sé, es que...

—Vin, sigues teniéndote en muy poca estima. Eres buena en esto: eso está muy claro. Por eso puedes ver a través de las nubes de cobre... Bueno, no sé. ¡Pero aprende a enorgullecerte un poco de tu valía, chiquilla! Si hay algo que yo puedo enseñarte, es a ser pagada de ti misma.

Vin sonrió.

—Vamos —dijo él, levantándose y tendiéndole una mano para ayudarla a incorporarse—. Sazed va a pasarse toda la noche preocupado si no lo dejas que termine de coserte esa herida en la mejilla y Ham se muere por escucharte contar la batalla. Buena cosa dejar el cadáver de Shan en el Torreón de Venture, por cierto: cuando la Casa Elariel se entere de que la encontraron en las propiedades Venture...

Vin permitió que la ayudara a levantarse, pero miró con aprensión la trampilla.

—Yo... no sé si quiero bajar todavía, Kelsier. ¿Cómo puedo mirarlos a la cara?

Kelsier se echó a reír.

—Bueno, no te preocupes. Si no dices estupideces de vez en cuando, no encajas en este grupo, eso tenlo por seguro. Vamos.

Vin vaciló, luego lo dejó conducirla de vuelta al calor de la cocina.

—Elend, ¿cómo puedes leer en un momento como este? —preguntó Jastes.

Elend levantó la cabeza.

—Me relaja.

Jastes alzó una ceja. El joven Lekal estaba sentado impaciente en el carruaje, tamborileando con los dedos sobre el reposabrazos. Las cortinas estaban corridas, en parte para ocultar la luz de la linterna con la que leía Elend, en parte para espantar las brumas. Aunque Elend no lo admitiría nunca, la niebla lo ponía nervioso. Se suponía que los nobles no tenían que temer esas cosas, pero eso no cambiaba el hecho de que la densa y pegajosa bruma era extraña y misteriosa.

—Tu padre se pondrá lívido cuando vuelvas —le advirtió Jastes, todavía tamborileando.

Elend se encogió de hombros, aunque el comentario lo puso un poco nervioso. No por su padre, sino por lo que había sucedido esa noche. Al parecer, unos alománticos estaban espiando la reunión de Elend con sus amigos. ¿Qué información habían conseguido? ¿Sabían los libros que leía?

Por fortuna, uno de ellos había resbalado y caído por la claraboya de Elend. Después de eso, todo había sido confusión y caos: los soldados y los asistentes a la fiesta corrían llenos de pánico. El primer pensamiento de Elend había sido para los libros: los peligrosos, los que podrían causarle serios problemas si los obligadores descubrían que los tenía.

Así que, en la confusión, los metió todos en un saco y siguió a Jastes a una salida lateral del palacio. Tomar un carruaje y escapar del palacio había sido un movimiento extremo, tal vez, pero había

resultado ridículamente sencillo. Con el número de carruajes que huían de los dominios Venture, nadie se había detenido a fijarse en que el propio Elend iba en el carruaje con Jastes.

Todo habrá terminado ya, se dijo Elend. La gente se dará cuenta de que la Casa Venture no intentaba atacarlos y de que no había en realidad ningún peligro. Solo unos espías descuidados.

Tendría que haber regresado ya. Sin embargo, su conveniente ausencia del palacio le proporcionaba la excusa perfecta para consultar con otro grupo de espías. Y esta vez, el propio Elend los había enviado.

Llamaron de pronto a la puerta. Jastes dio un respingo y Elend cerró su libro. Luego abrió la puerta del carruaje. Felt, uno de los principales espías de la Casa Venture, subió, hizo un gesto de saludo con su rostro aguileño y bigotudo, primero a Elend, luego a Jastes.

—¿Bien? —preguntó Jastes.

Felt se sentó con la ágil premura de su clase.

—El edificio es sin duda un taller de artesanía, mi señor. Uno de mis hombres ha oído hablar del lugar: lo dirige un tal maese Cladent, un carpintero skaa de suma habilidad.

Elend frunció el ceño.

—¿Por qué ha ido allí el mayordomo de Valette?

—Creemos que el taller es una tapadera, mi señor —dijo Felt—. Lo hemos estado vigilando desde que el mayordomo está allí, como ordenaste. Sin embargo, hemos tenido que ser muy cuidadosos: hay varios puestos de vigilancia en el tejado y los pisos superiores.

—Una extraña precaución para un simple taller de artesanía, ¿no?

Felt asintió.

—Eso no es todo, mi señor. Hemos conseguido colar a uno de nuestros mejores hombres en el edificio. Creo que no lo localizaron, pero le costó mucho trabajo oír lo que sucedía dentro. Las ventanas están selladas y aisladas contra el sonido.

Otra extraña precaución, pensó Elend.

—¿Qué crees que significa eso? —le preguntó a Felt.

—Tiene que ser un escondite de los bajos fondos, mi señor. Y bastante bueno. Si no hubiéramos estado vigilando con atención, sabiendo lo que buscábamos, nunca habríamos advertido los signos. Mi deducción es que los hombres del interior, incluso el terrisano, son miembros de una banda de ladrones skaa. Una banda bien dotada y hábil.

—¿Una banda de ladrones skaa? —preguntó Jastes—. ¿Y lady Valette también?

—Es probable, mi señor —dijo Felt.

Elend vaciló.

—Una... banda de ladrones skaa... —dijo, aturdido. *¿Por qué enviarían a uno de sus miembros a los bailes? ¿Para dar algún tipo de golpe?*

—¿Mi señor? —preguntó Felt—. ¿Quieres que entremos? Tengo suficientes hombres para enfrentarme a la banda entera.

—No. Llama a tus hombres y no cuentes a nadie lo que has visto esta noche.

—Sí, mi señor —dijo Felt, y bajó del carruaje.

—¡Por el lord Legislador! —exclamó Jastes mientras la puerta se cerraba—. No me extraña que no pareciera una noble corriente. No era por su educación rural... ¡No es más que una ladrona!

Elend asintió, pensativo, sin saber qué pensar.

—Me debes una disculpa —dijo Jastes—. Tenía razón respecto a ella, ¿no?

—Tal vez —respondió Elend—. Pero... en cierto modo, te equivocabas también. No trataba de espiarme... solo trataba de robarme.

—¿Y?

—Yo... tengo que pensar en esto —dijo Elend. Golpeó con una mano el techo para que el carruaje se pusiera en marcha. Se acomodó en el asiento mientras regresaban al Torreón de Venture.

Valette no era la persona que había dicho ser. Sin embargo, él ya estaba preparado para esa noticia. No solo las palabras de Jastes sobre ella le habían hecho sospechar: la propia Valette no había negado sus acusaciones esa misma noche. Estaba claro que le había estado mintiendo. Interpretando un papel.

Tendría que haberse puesto furioso. Se daba cuenta de eso de manera lógica, y una parte de él se lamentaba por la traición. Pero, curiosamente, la emoción primaria que sentía... era alivio.

—¿Qué? —preguntó Jastes, estudiando a Elend con el ceño fruncido.

Elend sacudió la cabeza.

—Me has tenido preocupado durante días, Jastes. Me sentía tan mal que apenas podía hacer nada... Todo porque pensaba que Valette era una traidora.

—¡Pero si lo es! ¡Elend, seguro que intenta timarte!

—Sí, pero al menos no es una espía de otra casa. A la vista de todas las intrigas, maniobras políticas y puñaladas por la espalda

que ha habido últimamente, algo tan sencillo como un robo parece ligeramente refrescante.

—Pero...

—Es solo dinero, Jastes.

—El dinero es importante para algunos de nosotros, Elend.

—No tan importante como Valette. Esa pobre chica... ¡Todo este tiempo debió de sentirse preocupada por el timo que iba a hacerme!

Jastes no dijo nada de momento; luego negó con la cabeza.

—Elend, solo tú podrías sentirte aliviado al descubrir que alguien intentaba robarte. ¿Tengo que recordarte que esa chica te ha estado mintiendo todo el tiempo? Puede que te hayas aficionado a ella, pero dudo que sus sentimientos sean auténticos.

—Tal vez tengas razón —admitió Elend—. Pero... no sé, Jastes. Creo que conozco a esta chica. Sus emociones... parecen demasiado reales, demasiado sinceras, para ser falsas.

—Lo dudo.

Elend sacudió la cabeza.

—No tenemos suficiente información para juzgarla todavía. Felt piensa que es una ladrona, pero puede que haya otros motivos para que un grupo como ese envíe a alguien a los bailes. Tal vez sea solo una informadora. O tal vez sea una ladrona... pero no alguien que intentara robarme a mí. Se pasó muchísimo tiempo mezclándose con otros nobles: ¿por qué iba a hacerlo si el objetivo era yo? De hecho, pasó relativamente poco tiempo conmigo y nunca me pidió ningún regalo.

Vaciló, imaginando su encuentro con Valette como un agradable accidente, un hecho que había causado un terrible quiebro en ambas vidas. Sonrió, luego sacudió la cabeza.

—No, Jastes. Hay más de lo que vemos. Hay algo en ella que sigue sin tener sentido.

—Yo... supongo, El —dijo Jastes, frunciendo el ceño.

Elend se enderezó: acababa de ocurrírsele una idea, un pensamiento que hacía que sus especulaciones sobre la motivación de Valette parecieran bastante menos importantes.

—Jastes —dijo—. ¡Ella es una skaa!

—¿Y?

—Y me engañó... Nos engañó a ambos. Representó el papel de una aristócrata casi a la perfección.

—Una aristócrata sin experiencia, tal vez.

—¡Tuve a una verdadera ladrona skaa a mi lado! Piensa en las preguntas que podría haberle hecho.

—¿Preguntas? ¿Qué tipo de preguntas?

—Preguntas sobre lo que es ser skaa —dijo Elend—. Ese no es el tema. Jastes, nos *engañó*. Si no podemos ver la diferencia entre una skaa y una noble, eso significa que los skaa no pueden ser muy diferentes de nosotros. Y si no son tan diferentes de nosotros, ¿qué derecho tenemos a tratarlos como los tratamos?

Jastes se encogió de hombros.

—Elend, creo que no estás viendo las cosas con objetividad. Estamos en medio de una guerra de casas.

Elend asintió, distraído. *He sido tan duro con ella esta noche. ¿Demasiado duro?*

Había hecho que Valette creyera, de manera total y absoluta, que no quería saber nada más de ella. En parte era verdad, pues sus propias preocupaciones le habían convencido de que no era de fiar. Y no podía serlo, no en ese momento. Fuera como fuese, quería

que se marchara de la ciudad. Había pensado que lo mejor era interrumpir la relación hasta que la guerra de casas terminara.

Pero, suponiendo que no sea una noble de verdad, entonces no hay ningún motivo para que se marche.

—¿Elend? —preguntó Jastes—. ¿Me estás prestando atención?
Elend alzó la cabeza.

—Creo que he hecho algo mal esta noche. Quería que Valette se marchara de Luthadel. Pero ahora creo que le he hecho daño sin motivo.

—¡Demonios, Elend! Había alománticos escuchando nuestra reunión esta noche. ¿Te das cuenta de lo que podría haber sucedido? ¿Y si hubieran decidido matarnos, en vez de espiarnos nada más?

—Ah, sí, tienes razón —asintió Elend, distraído—. Es mejor que Valette se marche a pesar de todo. Cuantos estén cerca de mí correrán peligro en los días venideros.

Jastes vaciló, cada vez más molesto, hasta que al final se echó a reír.

—No tienes remedio.

—Lo intento —dijo Elend—. Pero, en serio, no hay de qué preocuparse. Los espías se descubrieron ellos solos y, lo más probable, es que los hayan perseguido e incluso capturado en medio del caos. Conocemos algunos de los secretos que oculta Valette, así que en eso vamos también por delante. ¡Ha sido una noche muy productiva!

—Supongo que esa es la forma optimista de verlo...

—Una vez más, lo intento.

Incluso así, se sentiría más cómodo cuando regresaran al Torreón

de Venture. Tal vez había sido una locura escapar del palacio antes de oír los detalles de lo sucedido, pero Elend no estaba pensando exactamente con calma en ese momento. Además, ya había concertado una reunión con Felt, y el caos le había proporcionado una oportunidad perfecta para escabullirse.

El carruaje cruzó lentamente las puertas de la Mansión Venture.

—Deberías irte —dijo Elend mientras bajaba—. Llévate los libros.

Jastes asintió, tomó el saco y se despidió de Elend mientras cerraba la puerta del carruaje. Elend esperó a que cruzara las puertas. Luego se volvió y fue andando el resto del camino hasta el torreón. Los sorprendidos guardias lo dejaron pasar sin problemas.

Los terrenos estaban todavía iluminados. Había guardias esperándolo en la entrada de la mansión y un grupo de ellos corrió a recibirlo. Y a rodearlo.

—Mi señor, tu padre...

—Sí —interrumpió Elend, suspirando—. Supongo que tengo que presentarme ante él de inmediato.

—Sí, mi señor.

—Guíame entonces, capitán.

Entraron por la puerta privada situada a un lado del edificio. Lord Straff Venture estaba en su estudio, hablando con un grupo de oficiales de la guardia. Elend notó por sus pálidos rostros que habían recibido una firme reprimenda, tal vez incluso amenazas de azotes. Eran nobles, así que Venture no podía ejecutarlos, pero era muy aficionado a los castigos disciplinarios más brutales.

Lord Venture despidió a los soldados con un brusco gesto y luego se volvió hacia Elend con ojos hostiles. Elend frunció el ceño

mientras veía marchar a los soldados. Todo parecía un poco demasiado... tenso.

—¿Bien? —exigió lord Venture.

—¿Bien qué?

—¿Dónde has estado?

—Me marché por ahí —respondió Elend, sin concederle mayor importancia.

Lord Venture suspiró.

—Bien. Ponte en peligro si quieres, muchacho. En cierto modo, es una lástima que los nacidos de la bruma no te encontraran: me habrían ahorrado un montón de frustraciones.

—¿Nacidos de la bruma? —preguntó Elend, frunciendo el ceño—. ¿Qué nacidos de la bruma?

—Los que planeaban asesinarte —replicó lord Venture.

Elend parpadeó, asombrado.

—Entonces... ¿no era solo un equipo de espías?

—Uy, no —dijo Venture, sonriendo con malicia—. Un equipo de asesinos al completo, enviado a por ti y tus amigos.

¡*Por el lord Legislador!*, pensó Elend, advirtiéndolo necio que había sido al salir solo. ¡*No esperaba que la guerra de casas se volviera tan peligrosa tan pronto! Al menos, no para mí...*

—¿Cómo sabemos que eran nacidos de la bruma? —preguntó Elend, recuperándose.

—Nuestros guardias consiguieron matar a una de ellos cuando huía.

Elend frunció el ceño.

—¿Una nacida de la bruma? ¿Y la han matado soldados corrientes?

—Arqueros —dijo lord Venture—. Al parecer, la pillaron por sorpresa.

—¿Y el hombre que ha caído por mi claraboya? —preguntó Elend.

—Muerto. Se rompió el cuello.

Elend frunció el ceño.

Ese hombre seguía vivo cuando huimos. ¿Qué estás ocultando, padre?

—La nacida de la bruma. ¿Es alguien que yo conozca?

—Yo diría que sí —respondió lord Venture, sentándose en su sillón, sin alzar la cabeza—. Era Shan Elariel.

Elend se quedó de piedra. ¿*Shan?*, pensó, anonadado. Habían estado prometidos y ella nunca había mencionado que fuera alomántica. Eso debía de significar...

Había sido un topo todo el tiempo. Tal vez la Casa Elariel había planeado hacer matar a Elend cuando naciera un nieto Elariel para heredar el título de la casa.

Tienes razón, Jastes. No puedo evitar la política ignorándola. Llevo formando parte de todo esto mucho más tiempo del que creía.

Su padre estaba obviamente satisfecho consigo mismo. Un miembro importante de la Casa Elariel había muerto en territorio Venture después de intentar asesinar a Elend... Con semejante triunfo, lord Venture sería insufrible durante días.

Elend suspiró.

—¿Capturamos vivo a alguno de los asesinos?

Straff negó con la cabeza.

—Uno cayó al patio cuando intentaba huir. Escapó... Puede que fuera también un nacido de la bruma. Encontramos a un hombre

muerto en el tejado, pero no estamos seguros de si había otros en el equipo o no. —Hizo una pausa.

—¿Qué? —preguntó Elend, leyendo la leve confusión en los ojos de su padre.

—Nada. —Straff agitó una mano—. Algunos de los guardias dicen que había un tercer nacido de la bruma, luchando contra los otros dos, pero dudo de los informes: no era uno de los nuestros.

Elend vaciló. *Un tercer nacido de la bruma, combatiendo a los otros dos...*

—Tal vez alguien se enteró de lo del asesinato y trató de impedirlo.

Lord Venture bufó.

—¿Por qué iba a intentar protegerte a ti el nacido de la bruma de otra casa?

—Tal vez solo querían impedir que asesinaran a un hombre inocente.

Lord Venture sacudió la cabeza, riendo.

—Eres un idiota, muchacho. Lo entiendes, ¿verdad?

Elend se ruborizó, luego se dio media vuelta. No parecía que lord Venture quisiera nada más, así que se marchó. No podía volver a sus habitaciones, no con la ventana rota y los guardias, así que se dirigió al cuarto de invitados tras llamar a un grupo de mataneblinos para que se apostaran ante su puerta y su balcón... por si acaso.

Se dispuso a acostarse, pensando en la conversación. Quizá su padre tuviera razón en lo concerniente al tercer nacido de la bruma. Las cosas no funcionaban de esa forma.

Pero... así es como debería ser. Como podría ser, tal vez.

Había muchas cosas que Elend deseaba poder hacer. Pero su

padre gozaba de buena salud y era joven para tratarse de un lord con tanto poder. Pasarían décadas hasta que Elend asumiera el título de la casa, suponiendo que sobreviviera tanto. Deseó poder hablar con Valette, explicarle sus frustraciones. Ella comprendería lo que pensaba; por algún motivo, ella siempre parecía comprenderlo mejor que nadie.

¡Y es *una skaa*! No lograba asimilar aquella idea. Tenía tantas preguntas, tantas cosas que quería descubrir de ella.

Más tarde, pensó mientras se metía en la cama. Por ahora, concéntrate en mantener unida la casa. Las palabras que le había dirigido a Valette no eran falsas: tenía que asegurarse de que su familia sobreviviera a la guerra de casas.

Después de eso... Bueno, tal vez pudiera encontrar un modo de sortear las mentiras y los engaños.

Aunque muchos terrisanos expresan cierto desprecio por Khlennium, también sienten envidia. He oído a los porteadores hablar con asombro de las catedrales de Khlenni, con sus sorprendentes vidrieras pintadas y sus amplios salones. También parecen muy aficionados a nuestra moda en el vestir: en las ciudades, vi cómo muchos jóvenes terrisanos cambiaban sus pieles y pellizas por trajes de caballero hechos a medida.

32



Dos calles más allá del taller de Clubs había un edificio de altura inusitada comparado con los que lo rodeaban. Era una especie de casa de vecinos, pensó Vin: un lugar donde hacinar a familias skaa. Sin embargo, nunca había estado dentro.

Lanzó una moneda y se impulsó a lo largo del costado del edificio de cinco plantas. Aterrizó ágilmente en el tejado, haciendo que la figura agazapada en la oscuridad diera un respingo de sorpresa.

—Solo soy yo —susurró, caminando en silencio por el tejado inclinado.

Fantasma le sonrió en la oscuridad. Siendo el mejor ojo de estaño de la banda, normalmente se encargaba de las guardias más importantes. Recientemente, eran las que tenían lugar durante las primeras horas de la noche: era el momento en que el conflicto entre las Grandes Casas solía convertirse en lucha abierta.

—¿Todavía siguen en ello? —preguntó Vin en voz baja, avivando

estaño y escrutando la ciudad. Un brillante resplandor en la distancia prestaba a las brumas una extraña luminiscencia.

Fantasma asintió, señalando hacia la luz.

—El Torreón de Hasting. Soldaos de Elariel en atacando esta noche.

Vin asintió. La destrucción de esa fortaleza se esperaba desde hacía algún tiempo: había sufrido media docena de ataques de diferentes casas durante la última semana. Con los aliados retirándose y las finanzas en bancarrota, era cuestión de tiempo que cayera.

Extrañamente, ninguna de las casas atacaba de día. Había un fingido aire de secretismo en la guerra, como si la aristocracia reconociera el dominio del lord Legislador y no quisiera molestarlo recurriendo a una guerra diurna. Todo se hacía de noche, bajo una capa de bruma.

—En queriendo el querer desto —dijo Fantasma.

Vin vaciló.

—Hummm, Fantasma. ¿Podrías intentar hablar... normal?

Fantasma señaló una lejana y oscura estructura en la distancia.

—El lord Legislador. Es probable que le en guste la lucha.

Vin asintió. *Kelsier tenía razón. No ha habido ninguna reacción del Ministerio ni de palacio en lo referente a la guerra de casas, y la Guarnición se está tomando su tiempo para regresar a Luthadel. El lord Legislador esperaba la guerra de casas... y pretende dejar que siga su curso. Como un fuego salvaje, para que arrase y renueve el campo.*

Excepto que esta vez, cuando un fuego se apagara, otro se encendería: el ataque de Kelsier a la ciudad.

Suponiendo que Marsh pueda averiguar cómo detener a los inquisidores de acero. Suponiendo que podamos tomar el palacio. Y, naturalmente, suponiendo que Kelsier encuentre un modo de encargarse del lord Legislador...

Vin sacudió la cabeza. No quería pensar mal de Kelsier, pero no era capaz de imaginar cómo iba a suceder todo aquello. La Guarnición no había regresado todavía; sin embargo, según los informes estaba cerca, a una semana o dos de viaje. Algunas casas nobles estaban cayendo, pero no parecía que reinara el caos general que Kelsier había querido causar. El Imperio Final se tensaba, pero ella dudaba que acabara por quebrarse.

Sin embargo, tal vez esa no fuera la cuestión. La banda había hecho un trabajo sorprendente al instigar una guerra entre casas: tres Grandes Casas enteras ya no existían y el resto estaban seriamente debilitadas. La aristocracia tardaría décadas en recuperarse de sus propias luchas.

Hemos hecho un trabajo sorprendente, decidió Vin. *Aunque no atacemos el palacio, o si el ataque fracasa, habremos conseguido algo maravilloso.*

Con los datos de Marsh sobre el Ministerio y la traducción de Sazed del libro, la rebelión tendría información nueva y útil para una resistencia futura. No era lo que Kelsier había esperado; no era el derrocamiento completo del Imperio Final. Sin embargo, se trataba de una victoria importante: una victoria a la que los skaa podrían referirse durante años como fuente de valor.

Y, con un sobresalto de sorpresa, Vin advirtió que se sentía orgullosa de haber tomado parte en ello. Tal vez, en el futuro, podría

ayudar a iniciar una verdadera rebelión, en un lugar donde los skaa no estuvieran tan sometidos.

Si existe ese lugar... Vin estaba empezando a comprender que no eran solo Luthadel y sus comisarías aplacadoras lo que sometía a los skaa. Era *todo*: los obligadores, el trabajo constante en el campo y las fábricas, la manera de pensar potenciada por mil años de opresión. Había un motivo por el que las rebeliones skaa eran siempre tan pequeñas. El pueblo sabía (o creía saber) que no se podía combatir contra el Imperio Final.

Incluso Vin, que se consideraba una ladrona «liberada», hasta hacía poco lo creía. Había hecho falta el plan loco e imposible de Kelsier para convencerla de lo contrario. Tal vez por eso había planteado unos objetivos tan elevados para la banda: sabía que solo un reto semejante les haría darse cuenta, de manera extraña, de que *podían* resistir.

Fantasma la miró. Su presencia todavía lo hacía sentirse incómodo.

—Fantasma —dijo Vin—, sabes que Elend rompió su relación conmigo.

Fantasma asintió, estirando levemente el cuello.

—Sin embargo —lamentó Vin—, todavía lo amo. Lo siento, Fantasma. Pero es la verdad.

Él agachó la cabeza, entristecido.

—No eres tú —dijo Vin—. De verdad que no. Es que... bueno, no se puede evitar amar a alguien. Créeme, hay personas a las que preferiría no haber amado. No se lo merecían.

Fantasma asintió.

—Comprendo.

—¿Puedo quedarme el pañuelo?

Él se encogió de hombros.

—Gracias —dijo ella—. Significa mucho para mí.

Él alzó la cabeza y contempló las brumas.

—No soy un zangolotino. Yo... sabía que no en iba a pasá. Veo cosas, Vin. Veo un puñado de cosas.

Ella le puso una mano en el hombro para tratar de consolarlo. Veo cosas... Una declaración apropiada, viniendo de un ojo de estaño como él.

—¿Hace mucho tiempo que eres alomántico? —le preguntó.

Fantasma asintió.

—En llegué a romper cuando tenía cinco años. Casi no en macuerdo.

—¿Y desde entonces has estado practicando con el estaño?

—Casi siempre. Fue una en buena cosa pa mí. Me en dejaba ver, me en dejaba oír, me en dejaba sentir.

—¿Hay algún consejo que puedas darme?

Él reflexionó, sentado en el borde del tejado inclinado, con un pie colgando.

—Quemar estaño... No es como ver. Es como no ver.

Vin frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando quemas, to viene. Montones de to. Distracciones aquí, allí. Si en quieres el poder de los quereres, ignora las distracciones de los dos.

Si quieres ser buena quemando estaño, pensó ella, traduciendo lo mejor posible, aprende a manejar la distracción. No es lo que ves: es lo que puedes ignorar.

—Interesante —dijo, pensativa.

Fantasma asintió.

—Cuando miras, ves la bruma y ves las casas y sientes la madera y oyes las ratas debajo. Elige uno y no te distraigas.

—Buen consejo.

Fantasma asintió mientras algo sonaba tras ellos. Ambos dieron un respingo y se agacharon, y Kelsier se echó a reír mientras cruzaba el tejado.

—Tendríamos que encontrar un modo mejor de advertir a la gente de que venimos. Cada vez que visito un nido de espías me preocupa que alguien se caiga del susto desde lo alto del tejado.

Vin se levantó y se sacudió el polvo de la ropa. Llevaba capa de bruma, camisa y pantalones: hacía días que no se ponía un vestido. Solo los usaba en sus apariciones protocolarias en la Mansión Renoux. A Kelsier le preocupaban demasiado los asesinos para dejar que se quedara allí demasiado tiempo.

Al menos hemos comprado el silencio de Kliss, pensó Vin, molesta por el gasto.

—¿Es la hora? —preguntó.

Kelsier asintió.

—Casi, al menos. Quiero hacer una pequeña parada por el camino.

Vin asintió. Para su segundo encuentro, Marsh había elegido un lugar que supuestamente estaba explorando para el Ministerio. Era una ocasión perfecta para reunirse, ya que Marsh tenía una excusa para estar en el edificio de noche buscando actividad alomántica por allí cerca. Habría un aplacador con él casi todo el tiempo, pero hacia medianoche Marsh calculaba que podría estar solo una media hora.

No era mucho tiempo para escabullirse y regresar, pero sí para que un par de sigilosos nacidos de la bruma le hicieran una rápida visita.

Se despidieron de Fantasma y se lanzaron a la noche. Sin embargo, no viajaron mucho rato por los tejados: Kelsier no tardó en bajar a la calle y echó a andar para conservar fuerza y metales.

Es extraño, pensó Vin, recordando la primera noche en que practicó con Kelsier la alomancia. *Ya ni siquiera me parece que las calles vacías sean terribles.*

El empedrado estaba resbaladizo por la humedad de la bruma y la calle desierta acabó por desaparecer en la neblina. Oscuridad, silencio y soledad: ni siquiera la guerra lo había cambiado mucho. Los grupos de soldados, cuando atacaban, lo hacían en tropel, golpeando rápidamente y tratando de rebasar las defensas de una casa enemiga.

Sin embargo, a pesar del vacío de la noche en la ciudad, Vin se sentía cómoda. Las brumas la acompañaban.

—Vin —dijo Kelsier mientras caminaban—. Quiero darte las gracias.

Ella se volvió hacia él, una figura alta y orgullosa vestida con una majestuosa capa de bruma.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué?

—Por las cosas que dijiste de Mare. He estado pensando mucho en ese día... en ella. No sé si tu habilidad para ver a través de las nubes de cobre lo explica todo, pero... bueno, si me dan a escoger, prefiero creer que Mare no me traicionó.

Vin asintió, sonriendo.

Él sacudió tristemente la cabeza.

—Parece una locura, ¿no? Como si... todos estos años hubiera

estado esperando un motivo para ceder al autoengaño.

—No sé —dijo Vin—. En otra época tal vez hubiese pensado que estabas loco, pero... bueno, en eso consiste la confianza, ¿no? ¿Un deseo de engañarse a uno mismo? Tienes que acallar esa voz que susurra traiciones y esperar que tus amigos no vayan a hacerte daño.

Kelsier se echó a reír.

—No creo que estés mejorando el planteamiento, Vin.

Ella se encogió de hombros.

—Para mí tiene sentido. La desconfianza es realmente lo mismo... solo que desde el otro lado. Puedo comprender que una persona, si se le da a elegir entre dos puntos de vista, elija confiar.

—Pero ¿tú no?

Vin volvió a encogerse de hombros.

—Ya no lo sé.

Kelsier vaciló.

—Ese... Elend tuyo. Existe la posibilidad de que solo quisiera asustarte para que abandonaras la ciudad, ¿no? Tal vez dijo esas cosas por tu propio bien.

—Tal vez. Pero había algo diferente en él... en la forma en que me miró. Sabía que le estaba mintiendo, pero creo que no se daba cuenta de que soy una skaa. Quizá pensara que se trataba del espía de una de las otras casas. Sea como sea, parecía sincero en su deseo de librarse de mí.

—Tal vez pensaste eso porque ya estabas convencida de que iba a dejarte.

—Yo... —Vin guardó silencio y miró la calle resbaladiza y

cenicienta mientras caminaban—. No sé... Es culpa tuya, ¿sabes? Antes lo entendía todo. Ahora todo es confuso.

—Sí, te he hecho la cabeza un lío —dijo Kelsier con una sonrisa.

—No pareces molesto por eso.

—No. Ni pizca. Ah, ya estamos aquí.

Se detuvo junto a un edificio grande y ancho, casi con seguridad otra casa de vecinos skaa. Dentro estaba oscuro: los skaa no podían permitirse lámparas de aceite y habrían apagado la chimenea central después de preparar la cena.

—¿Aquí? —preguntó Vin, inquieta.

Kelsier asintió. Se acercó a llamar con suavidad a la puerta. Para sorpresa de Vin, se abrió vacilante y una delgada cara skaa asomó a las brumas.

—¡Lord Kelsier! —dijo el hombre en voz baja.

—Te dije que vendría de visita —sonrió Kelsier—. Esta noche me ha parecido un buen momento.

—Pasa, pasa —dijo el hombre, abriendo la puerta. Dio un paso atrás, cuidando de no dejar que la bruma le tocara mientras Kelsier y Vin entraban.

Vin había estado antes en habitáculos de skaa, pero nunca le habían parecido tan... deprimentes. El olor a humo y cuerpos sin lavar era casi abrumador, y tuvo que apagar su estaño para no asfixiarse. La tenue luz de una pequeña estufa de carbón mostraba a un puñado de gente hacinada, durmiendo en el suelo. Mantenían el cuarto limpio de ceniza, pero solo hasta cierto punto: seguía habiendo manchas negras en la ropa, las paredes, los rostros. Los muebles eran escasos y las mantas para repartir pocas.

Yo antes también vivía así, pensó Vin, horrorizada. Los cubiles de

las bandas eran iguales..., a veces aún más abarrotados. Esta... era mi vida.

La gente despertó al advertir que tenían visita. Vin se percató de que Kelsier iba remangado y las cicatrices de sus brazos eran visibles incluso a la luz de las ascuas. Destacaban claramente desde las muñecas hasta los codos, entrecruzándose y solapándose.

Los susurros comenzaron de inmediato.

—El Superviviente...

—¡Está aquí!

—Kelsier, el Señor de las Brumas...

Esa es nueva, pensó Vin, alzando una ceja. Permaneció en segundo plano mientras Kelsier sonreía y avanzaba al encuentro de los skaa. La gente se congregó a su alrededor con entusiasmo, tendiendo los brazos para tocarlo. Otros tan solo se quedaron mirando, observándolo con reverencia.

—He venido a difundir la esperanza —les dijo Kelsier—. La Casa Hasting ha caído esta noche.

Hubo murmullos de sorpresa y asombro.

—Sé que muchos de vosotros trabajasteis en las forjas y refinerías de acero de Hasting —dijo Kelsier—. Y, sinceramente, no puedo decir lo que esto significa para vosotros. Pero es una victoria para todos nosotros. Durante un tiempo, al menos, vuestros hombres no morirán en las fraguas o bajo los látigos de los capataces.

Se produjeron murmullos entre la pequeña multitud y alguien finalmente expresó la preocupación en voz lo suficientemente alta para que Vin la oyera.

—¿La Casa Hasting ha caído? ¿Quién nos dará de comer?

Qué asustado, pensó Vin. Yo nunca fui así... ¿verdad?

—Os enviaré otro cargamento de comida —prometió Kelsier—. Suficiente para una temporada, al menos.

—Has hecho mucho por nosotros —dijo otro hombre.

—Tonterías. Si queréis devolverme el favor, empezad a caminar algo más erguidos. Tened un poco menos de miedo. *Ellos* pueden ser derrotados.

—Por hombres como tú, lord Kelsier —susurró una mujer—. Pero no por nosotros.

—Os sorprendería —dijo Kelsier.

La multitud empezó a dejar espacio para que los padres pusieran en primera fila a sus hijos. Parecía que todo el mundo en el cuarto quería que sus hijos conocieran a Kelsier en persona. Vin lo observó con sentimientos encontrados. La banda todavía tenía sus reservas sobre la creciente fama de Kelsier con los skaa, aunque todos habían mantenido su palabra y guardaban silencio.

Parece que le importan de verdad, pensó Vin, viendo a Kelsier tomar en brazos a un niño pequeño. No creo que sea fingido. Así es como es él: ama a la gente, ama a los skaa. Pero... es más bien el amor de un padre por un hijo que el de un hombre por sus iguales.

¿Qué tenía de malo? Era, después de todo, una especie de padre para los skaa. Era el noble señor que siempre *deberían* haber tenido. Con todo, Vin no pudo dejar de sentirse incómoda mientras veía los rostros sucios de aquellas familias skaa, sus ojos llenos de adoración y reverencia.

Kelsier se despidió del grupo, diciéndoles que tenía una cita. Vin y él salieron de la abarrotada habitación al bendito aire fresco. Kelsier

guardó silencio mientras viajaban hacia la nueva comisaría de aplacadores de Marsh, aunque había algo más de viveza en su paso.

Al cabo de un rato, Vin no pudo evitar preguntárselo.

—¿Los visitas a menudo?

Kelsier asintió.

—Al menos un par de casas por noche. Rompe la monotonía de mi otro trabajo.

Matar nobles y difundir rumores falsos, pensó Vin. Sí, visitar a los skaa debe de ser un buen cambio.

El punto de reunión estaba solo a unas cuantas calles de distancia. Kelsier se detuvo en un portal y escrutó la oscura noche. Finalmente, señaló una ventana apenas iluminada.

—Marsh dijo que dejaría una luz encendida si los otros obligadores se marchaban.

—¿Ventana o escaleras?

—Escaleras —dijo Kelsier—. La puerta no debería estar cerrada con llave y el Ministerio es dueño del edificio entero. Estará vacío.

Kelsier tenía razón en ambas cosas. El edificio no olía lo suficientemente a cerrado como para estar abandonado, pero las plantas inferiores no habían sido utilizadas. Vin y él subieron rápidamente las escaleras.

—Marsh debería poder decirnos la reacción del Ministerio a la guerra —dijo Kelsier mientras llegaban al piso superior. La luz de la linterna fluctuaba a través de la puerta, y la abrieron, todavía hablando—. Es de esperar que la Guarnición no vuelva demasiado pronto. El daño está casi hecho, pero me gustaría que la guerra continuara durante...

Se detuvo en la puerta, bloqueando la visión de Vin.

Ella avivó peltre y estaño inmediatamente y se agazapó, atenta a la presencia de algún atacante. No había nada. Solo silencio.

—No... —susurró Kelsier.

Entonces Vin vio el hilillo de oscuro líquido rojo que se arremolinaba junto al pie de Kelsier. Creó un charquito y luego empezó a caer por el primer escalón.

Por el lord Legislador, será posible...

Kelsier entró tambaleándose en la habitación. Vin lo siguió, pero ya sabía lo que iba a ver. El cadáver yacía cerca del centro de la cámara, desollado y desmembrado, la cabeza completamente aplastada. Apenas era reconocible como un ser humano. Las paredes estaban manchadas de rojo.

¿Puede un cuerpo contener realmente tanta sangre? Era igual que la otra vez, en el sótano de la guarida de Camon... pero con una sola víctima.

—Inquisidores —susurró Vin.

Kelsier, ajeno a la sangre, se arrodilló junto al cadáver de Marsh. Alzó una mano como para tocar el cuerpo sin piel, pero detuvo el gesto, anonadado.

—Kelsier —dijo Vin urgentemente—. Esto es reciente... el inquisidor podría estar cerca todavía.

Él no se movió.

—¡Kelsier! —exclamó Vin.

Kelsier se estremeció, miró alrededor. Sus ojos se encontraron con los de ella y la lucidez regresó. Se puso en pie.

—La ventana —dijo Vin, cruzando la habitación.

Sin embargo, se detuvo al ver algo sobre una mesita, junto a la

pared. La pata de madera de una silla, medio oculta bajo una hoja de papel en blanco. Vin la recogió mientras Kelsier llegaba a la ventana.

Él se dio la vuelta, contempló la habitación una vez más y saltó a la noche.

Adiós, Marsh, pensó apenada Vin, y lo siguió.

—«Creo que los inquisidores sospechan de mí» —leyó Dockson. El papel, una única hoja recuperada del interior de la pata de la mesa, estaba limpio y blanco, sin la sangre que manchaba las rodillas de Kelsier y el borde inferior de la capa de Vin.

Dockson continuó leyendo, sentado a la mesa de la cocina del taller de Clubs:

—«He estado haciendo demasiadas preguntas y sé que enviaron al menos un mensaje al obligador corrupto que supuestamente me entrenó como acólito. Quería descubrir los secretos que la rebelión ha necesitado siempre conocer. ¿Cómo recluta el Ministerio a los nacidos de la bruma para ser inquisidores? ¿Por qué son los inquisidores más poderosos que los alománticos normales? ¿Cuáles son sus debilidades, si las hay?

»"Por desgracia, apenas he descubierto nada sobre los inquisidores: aunque las maniobras políticas dentro de las filas regulares del Ministerio siguen sorprendiéndome. Es como si a los obligadores normales no les importara el mundo exterior, excepto por el prestigio que adquieren por ser los más listos o tener más éxito al aplicar los dictados del lord Legislador.

»"Los inquisidores, sin embargo, son diferentes. Son mucho más

leales al lord Legislador que los obligadores normales... y esta es en parte, tal vez, la causa de la disensión entre los dos grupos.

»"En cualquier caso, me parece que estoy cerca. Tienen un secreto, Kelsier. Una debilidad. Estoy seguro. Los otros obligadores hablan de ello en susurros, aunque ninguno lo conoce.

»"Me temo que he sondeado demasiado. Los inquisidores me siguen, me vigilan, preguntan por mí. Así que me preparo esta noche. Tal vez mi cautela es necesaria.

»"Tal vez no."

Dockson dejó de leer.

—Es... todo lo que dice.

Kelsier estaba de pie al otro lado de la cocina, la espalda apoyada en la alacena, en su postura habitual. Pero... no había ligereza en ella. Estaba cruzado de brazos, la cabeza ligeramente inclinada. Su pesadumbre parecía haberse desvanecido, sustituida por otra emoción... Una emoción que Vin había visto en ocasiones ardiendo oscura tras sus ojos. Normalmente cuando hablaba de la nobleza.

Vin se estremeció a su pesar. De pie como Kelsier estaba, ella fue súbitamente consciente de su ropa: una oscura capa de bruma gris, una camisa negra de manga larga, pantalones negros. En la noche, la ropa servía únicamente de camuflaje. En la habitación iluminada, sin embargo, los colores oscuros le daban un aspecto amenazador.

Kelsier se irguió y todos en la habitación se envararon.

—Decidle a Renoux que desaparezca —dijo suavemente, la voz como el hierro—. Puede usar la historia que planeamos para marcharse... Que se «retira» a sus tierras a causa de la guerra de casas. Pero quiero que esté fuera de aquí mañana. Enviad con él a un violento y un ojo de estaño para que lo protejan, pero decidle que

abandone sus barcos a un día de la ciudad y que luego regrese con nosotros.

Dockson vaciló, luego miró a Vin y los demás.

—De acuerdo...

—Marsh lo sabía todo, Dox —dijo Kelsier—. Lo torturaron antes de matarlo... Así es como actúan los inquisidores.

Dejó flotar las palabras. Vin sintió un escalofrío. La guarida corría peligro.

—¿Al refugio de emergencia, entonces? —preguntó Dockson—. Solo tú y yo conocemos su emplazamiento.

Kelsier asintió con firmeza.

—Quiero a todo el mundo fuera de este taller, aprendices incluidos, dentro de quince minutos. Me reuniré contigo en el refugio de emergencia dentro de dos días.

Dockson miró a Kelsier, el ceño fruncido.

—¿Dos días? Kell, ¿qué estás planeando?

Kelsier se encaminó hacia la puerta. La abrió, dejando entrar la bruma, y luego miró al grupo con ojos tan duros como los clavos de los inquisidores.

—Me han golpeado donde más me hiere. Voy a hacer lo mismo.

Walin se abrió paso en la oscuridad, palpando a través de las estrechas cavernas, obligando a su cuerpo a pasar por grietas que casi resultaban demasiado pequeñas. Continuó bajando, buscando con los dedos, ignorando sus numerosos roces y cortes.

Debo continuar, debo continuar... Los restos de su cordura le

decían que ese era su último día. Habían pasado seis días desde su último éxito. Si fracasaba una séptima vez, moriría.

Debo continuar.

No podía ver; estaba demasiado por debajo de la superficie para captar siquiera el reflejo de un atisbo de luz. Pero, incluso sin iluminación, podía encontrar el camino. Solo había dos direcciones: arriba y abajo. Los movimientos hacia los lados carecían de importancia y eran rechazados sin más. No podría perderse mientras continuara descendiendo.

Mientras tanto, tanteaba con los dedos buscando la áspera delación de la flor de cristal. No podría regresar esta vez, no hasta que hubiera tenido éxito, no hasta que...

Debo continuar.

Sus manos rozaron algo blando y frío mientras se movía. Un cadáver, pudriéndose atrapado entre dos rocas. Walin continuó. Los cadáveres no eran infrecuentes en las estrechas cavernas: algunos de los cuerpos estaban frescos aún, la mayoría era solo huesos. A menudo, Walin se preguntaba si los muertos no eran afortunados.

Debo continuar.

En realidad, el «tiempo» no existía en las cavernas. Normalmente, regresaba arriba para dormir: aunque en la superficie había capataces con látigos, también había comida. Era escasa, apenas lo suficiente para mantenerlo con vida, pero era mejor que el hambre que lo asaltaría si se quedaba abajo demasiado tiempo.

Debo continu...

Se detuvo. Tenía el torso metido en una estrecha grieta en la roca y estaba a punto de pasar. Sin embargo, sus dedos (siempre

buscando, incluso cuando apenas era consciente) palpaban las paredes. Y habían encontrado algo.

Su mano tembló de expectación mientras palpaba las flores de cristal. Sí, sí, eso eran. Crecían en una amplia pauta circular en la pared; pequeñas por los bordes, se hacían gradualmente mayores cerca del centro. Justo en la parte central de la estructura circular los cristales se curvaban hacia dentro siguiendo un agujero en la pared. Allí los cristales se hacían largos y cada uno tenía un borde irregular dentado. Como si fuesen dientes alrededor de las fauces de una bestia de piedra.

Tomando aliento, rezando al lord Legislador, Walin metió la mano en la abertura circular del tamaño de un puño. Los cristales le arañaron el brazo, marcando largos y estrechos surcos en su piel. Ignoró el dolor, obligó a su brazo a seguir sondeando, hasta el codo, mientras sus dedos buscaban...

¡Allí! Sus dedos encontraron una pequeña roca en el centro del hueco: una roca formada por misteriosas gotas de cristal. Una geoda de Hathsin.

La agarró ansiosamente, la sacó, arañándose de nuevo el brazo mientras lo sacaba del agujero recubierto de cristales. Acunó la pequeña esfera rocosa, jadeando entrecortadamente de alegría.

Otros siete días. Viviría otros siete días.

Antes de que el hambre y la fatiga pudieran seguir debilitándolo, Walin empezó la laboriosa escalada hacia arriba. Se escurrió entre grietas, remontó los salientes de la pared. A veces tenía que moverse a derecha o izquierda hasta que el techo se abría, pero siempre lo hacía. En realidad solo había dos direcciones: arriba y abajo.

Estuvo al quite: había visto buscadores muertos, asesinados por hombres más jóvenes y más fuertes que esperaban robar una geoda. Por fortuna, no encontró a nadie. Eso era bueno. Era un hombre mayor, lo suficiente para saber que nunca debería haber intentado robar comida a un lord en su plantación.

Tal vez se había ganado aquel castigo. Tal vez se merecía morir en los Pozos de Hathsin.

Pero no moriré hoy, pensó, oliendo por fin el aire dulce y fresco. Era de noche arriba. No le importó. Las brumas no lo molestaban ya: ni siquiera las palizas lo molestaban ya. Estaba demasiado cansado para que le importase.

Walin empezó a salir de la grieta, una de las docenas que había en el pequeño valle conocido como los Pozos de Hathsin. Entonces se detuvo.

Había un hombre ante él en la noche. Iba vestido con una gran capa que parecía haber sido rasgada en tiras. El hombre miró a Walin, silencioso y poderoso con su ropa negra. Entonces le tendió la mano.

Walin dio un respingo. El hombre, sin embargo, agarró la mano de Walin y lo sacó de la grieta.

—¡Vete! —dijo el hombre suavemente en medio del torbellino de las brumas—. La mayoría de los guardias ha muerto. Reúne a cuantos prisioneros puedas y escapad de este lugar. ¿Tienes una geoda?

Walin retrocedió, llevándose la mano al pecho.

—Bien —dijo el desconocido—. Rómpela. Encontrarás una perla de metal dentro: es muy valiosa. Véndela en los bajos fondos de cualquier ciudad a la que vayas: deberías ganar lo suficiente para

vivir durante años. ¡Vete rápido! No sé cuánto tiempo tienes hasta que den la alarma.

Walin retrocedió, confundido.

—¿Quién... quién eres tú?

—Soy lo que *tú* serás pronto —dijo el desconocido, acercándose a la grieta. Los lazos de su envolvente capa negra revoloteaban a su alrededor mezclándose con las brumas mientras se volvía hacia Walin—. Soy un superviviente.

Kelsier estudió la oscura cicatriz en la roca mientras escuchaba cómo el prisionero se perdía en la distancia.

—Y así regreso —susurró. Le ardían las cicatrices y los recuerdos regresaron. Recuerdos de meses pasados internándose entre grietas, arañándose los brazos con puñales cristalinos, buscando cada día una geoda... Solo una, para poder seguir viviendo.

¿Podía de verdad volver a bajar a aquellas estrechas y silenciosas profundidades? ¿Podía entrar de nuevo en esa oscuridad? Kelsier alzó los brazos, mirándose las cicatrices, todavía blancas y destacando en sus brazos.

Sí. Por los sueños de ella, podía.

Se acercó a la grieta y se obligó a bajar por su interior. Entonces quemó estaño. De inmediato oyó un chasquido desde arriba.

El estaño iluminaba la grieta que tenía debajo. Aunque se ensanchaba, también se dividía, desparramándose en todas direcciones. Parte cueva, parte grieta, parte túnel. Pudo ver su primer cristalino agujero de atium... o lo que quedaba de él. Los largos cristales plateados estaban fracturados.

Usar la alomancia cerca de los cristales de atium hacía que se estremecieran. Por eso el lord Legislador tenía que emplear esclavos, y no alománticos, para que le recogieran el atium.

Ahora la verdadera prueba, pensó Kelsier, internándose aún más en la grieta. Quemó hierro y de inmediato vio varias líneas azules apuntando hacia abajo, hacia los agujeros de atium. Aunque los agujeros en sí mismos ya no debían de albergar ninguna geoda en su interior, los cristales emitían leves líneas azules. Contenían cantidades residuales de atium.

Kelsier se concentró en una de las líneas azules y tiró levemente. Sus oídos amplificados por el atium oyeron algo quebrarse en la grieta, bajo él.

Kelsier sonrió.

Casi tres años antes, mientras se alzaba sobre el cadáver ensangrentado del capataz que había golpeado a Mare hasta la muerte, había advertido por primera vez que podía usar el hierro para sentir dónde estaban los huecos de cristal. Apenas comprendía entonces sus poderes alománticos, pero desde ese momento un plan había comenzado a fraguarse en su mente. Un plan de venganza.

Ese plan había evolucionado, creciendo hasta abarcar mucho más de lo que pretendía originalmente. Sin embargo, uno de los elementos clave había permanecido recluido en un rincón de su mente. Podía encontrar los huecos de cristal. Podía romperlos usando la alomancia.

Y eran el único medio de producir atium en todo el Imperio Final.

Tratasteis de destruirme, Pozos de Hathsin, pensó, mientras se internaba en la grieta. *Es hora de que os devuelva el favor.*

Ahora ya estamos cerca. Extrañamente, en estas alturas de las montañas parecemos finalmente libres del opresivo contacto de la Profundidad. Ha pasado algún tiempo desde que descubrí lo que era eso.

El lago que descubrió Fedik está bajo nosotros: puedo verlo desde aquí. Parece aún más extraño desde esta perspectiva, con su brillo vítreo, casi metálico. Casi deseo haberle permitido tomar una muestra de sus aguas.

Tal vez su interés era lo que enfadó a la criatura de la bruma que nos sigue. Tal vez... Tal vez por eso decidió atacarlo, apuñalándolo con su cuchillo invisible.

Curiosamente, el ataque me consoló. Al menos sé desde entonces que alguien más la ha visto. Eso significa que no estoy loco.

33



—¿Así que... se acabó? —preguntó Vin—. El plan, quiero decir. Ham se encogió de hombros.

—Si los inquisidores torturaron a Marsh, eso significa que lo saben todo. O, al menos, que saben suficiente. Sabrán que planeamos atacar el palacio y que vamos a usar la guerra de casas como tapadera. Ahora nunca lograremos que el lord Legislador salga de la ciudad y, desde luego, nunca conseguiremos que envíe a la ciudad a la guardia de palacio. Las cosas no pintan bien, Vin.

Ella no dijo nada mientras digería la información. Ham estaba sentado en el suelo sucio, apoyado contra los ladrillos de la pared del fondo, las piernas cruzadas. El refugio de emergencia era un apestoso sótano con solo tres habitaciones. El aire olía a polvo y ceniza. Los aprendices de Clubs ocuparon una habitación para

ellos, aunque Dockson había despedido a todos los otros criados antes de ir al refugio.

Brisa estaba de pie al otro lado. De vez en cuando dirigía alguna mirada incómoda hacia el suelo sucio y los taburetes llenos de polvo, pero luego decidía seguir de pie. Vin no comprendía por qué se molestaba: iba a serle imposible mantener el traje limpio mientras viviesen en lo que era, en esencia, un agujero en el suelo.

Brisa no era el único que lamentaba su cautiverio autoimpuesto. Vin había oído gruñir a varios aprendices que casi preferían ser capturados por el Ministerio. Sin embargo, en los dos días que llevaban en el sótano nadie había salido de la casa a menos que fuera absolutamente necesario. Comprendían el peligro: Marsh podía haber dado a los inquisidores descripciones y alias de cada miembro de la banda.

Brisa sacudió la cabeza.

—Tal vez, caballeros, sea hora de dar por finalizada esta operación. Lo hemos intentado con todas nuestras fuerzas y, considerando el hecho de que nuestro plan original, reunir el ejército, terminó de manera tan trágica, yo diría que hemos hecho un trabajo maravilloso.

Dockson suspiró.

—Bueno, desde luego no podemos vivir de los fondos ahorrados durante mucho tiempo... sobre todo si Kelsier sigue dando nuestro dinero a los skaa.

Estaba sentado tras la mesa, que era el único mueble de la habitación, con sus libros de cuentas, notas y contratos organizados en montones ante él. Había recogido eficazmente todos los papeles

que podrían haber incriminado a la banda u ofrecido más información sobre su plan.

Brisa asintió.

—Yo, por una vez, estoy deseando cambiar. Todo esto ha sido divertido, delicioso, y todas esas otras emociones positivas, pero trabajar con Kelsier puede ser un poco agotador.

Vin frunció el ceño.

—¿No vas a quedarte con su banda?

—Depende de su siguiente trabajo —dijo Brisa—. No somos como las otras bandas que has conocido: trabajamos como nos place, no porque nos lo digan. Nos recompensa ser muy exigentes con los trabajos que aceptamos. Los beneficios son grandes, pero también los riesgos.

Ham sonrió, mientras descansaba con los brazos tras la cabeza, completamente ajeno a la suciedad.

—Hace que uno se pregunte cómo acabamos en este trabajo concreto, ¿eh? Riesgos muy altos, beneficios ínfimos.

—Ninguno, en realidad —advirtió Brisa—. Ya nunca conseguiremos ese atium. Kelsier habla de altruismo y de ayudar a los skaa. Eso está muy bien, pero siempre esperé poder echarle mano al tesoro.

—Cierto —dijo Dockson, dejando de mirar sus notas—. Pero ¿ha merecido la pena al menos? ¿El trabajo que hemos hecho..., las cosas que hemos conseguido?

Brisa y Ham vacilaron, luego ambos asintieron.

—Y por eso nos quedamos —dijo Dockson—. El propio Kell lo dijo: nos escogió porque sabíamos que intentaríamos algo un poco

distinto por conseguir un objetivo digno. Sois buenos hombres... incluso tú, Brisa. Deja de mirarme con esa cara.

Vin sonrió escuchando la discusión familiar. Todos lamentaban la muerte de Marsh, pero aquellos hombres sabían cómo actuar a pesar de sus pérdidas. En ese aspecto, eran realmente iguales que los skaa, después de todo.

—Una guerra de casas —comentó Ham, sonriendo para sí—. ¿Cuántos nobles creéis que han muerto?

—Centenares, al menos —respondió Dockson sin levantar la cabeza—. Todos muertos por sus propias manos nobles.

—Admito que tenía mis dudas sobre todo este fiasco —dijo Brisa—. Pero la interrupción en el comercio que esto causará, por no mencionar el desorden en el gobierno..., bueno, tienes razón, Dockson. Ha merecido la pena.

—¡Por supuesto! —dijo Ham, imitando la relamida voz de Brisa.

Voy a echarlos de menos, lamentó Vin. *Tal vez Kelsier me lleve consigo en su próximo trabajo.*

Las estrellas chispeaban y Vin se ocultó instintivamente en la oscuridad. La ajada puerta se abrió y una silueta familiar, ataviada de negro, entró. Llevaba en el brazo la capa de bruma y su rostro parecía increíblemente agotado.

—¡Kelsier! —dijo Vin, avanzando un paso.

—Hola a todos —respondió él con voz cansada.

Conozco ese cansancio, pensó Vin. *La resaca del peltre. ¿Dónde ha estado?*

—Llegas tarde, Kell —dijo Dockson, todavía sin levantar la cabeza de sus libros.

—Me esfuerzo por ser consecuente conmigo mismo —dijo Kelsier,

dejando caer al suelo su capa de bruma y sentándose—. ¿Dónde están Clubs y Fantasma?

—Clubs está durmiendo en la habitación de atrás —respondió Dockson—. Fantasma se fue con Renoux. Supusimos que querrías que se llevara a nuestro mejor ojo de estaño para que vigilara.

—Buena idea —dijo Kelsier, dejando escapar un profundo suspiro y cerrando los ojos mientras se apoyaba contra la pared.

—Mi querido amigo, tienes un aspecto terrible —comentó Brisa.

—No es tan malo como parece... Me lo tomé con calma para regresar, incluso me detuve a dormir unas cuantas horas por el camino.

—Sí, pero ¿dónde has estado? —preguntó Ham—. Nos preocupaba que hubieras estado haciendo algo..., bueno, algo estúpido.

—Lo cierto es que dábamos por hecho que estabas haciendo algo estúpido —puntualizó Brisa—. Nos preguntábamos qué grado de estupidez tendría este hecho concreto. Así pues, ¿qué ha sido? ¿Asesinaste al sumo prelado? ¿Mataste a docenas de nobles? ¿Le robaste la capa al lord Legislador de su propia espalda?

—He destruido los Pozos de Hathsin —dijo Kelsier tranquilamente.

La habitación se sumió en un silencio de estupor.

—¿Sabéis? —dijo Brisa por fin—. Cabría pensar que a estas alturas ya habríamos aprendido a no subestimarlos.

—¿Los has destruido? —preguntó Ham—. ¿Cómo se destruyen los Pozos de Hathsin? ¡No son más que un puñado de grietas en el suelo!

—Bueno, no he destruido los pozos en sí —explicó Kelsier—.

Rompí los cristales que producen las geodas de atium.

—¿Todos? —preguntó Dockson, aturdido.

—Todos los que pude encontrar. Y fueron varios cientos de huecos. Fue mucho más fácil moverme por allí abajo, ahora que domino la alomancia.

—¿Cristales? —preguntó Vin, confusa.

—Cristales de atium, Vin —explicó Dockson—. Producen las geodas (no creo que nadie sepa cómo) que tienen perlas de atium en su interior.

Kelsier asintió.

—Los cristales son el motivo por el que el lord Legislador no puede enviar a alománticos allá abajo para sacar las geodas de atium. Usar la alomancia cerca de los cristales hace que se rompan... Y tardan siglos en volver a crecer.

—Siglos durante los cuales no producirán atium —añadió Dockson.

—Así que tú... —Vin se interrumpió.

—He puesto fin a la producción de atium en el Imperio Final, por lo menos hasta dentro de trescientos años o así.

Elend. La Casa Venture. Están a cargo de los Pozos. ¿Cómo reaccionará el lord Legislador cuando se entere de esto?

—¡Loco! —dijo Brisa en voz baja, los ojos muy abiertos—. El atium es la base de la economía imperial: controlarlo es una de las principales formas que tiene el lord Legislador de mantener su dominio sobre la nobleza. Puede que nosotros no nos hagamos con sus reservas, pero esto acabará por tener el mismo efecto. ¡Bendito lunático... bendito *genio*!

Kelsier sonrió con tristeza.

—Agradezco ambos cumplidos. ¿Han actuado ya los inquisidores contra el taller de Clubs?

—No que nuestros vigilantes hayan visto —dijo Dockson.

—Bien. Tal vez no consiguieron que Marsh hablara. Como mínimo, tal vez no se den cuenta de que sus comisarías aplacadoras han sido descubiertas. Ahora, si no os importa, me voy a dormir. Tenemos muchos planes que hacer mañana.

El grupo vaciló.

—¿Planes? —preguntó Dox por fin—. Kell... estábamos pensando que deberíamos dejarlo. Hemos provocado una guerra de casas y acabas de cargarte la economía imperial. Con nuestra tapadera, y nuestro plan, en peligro... Bueno, no puedes sinceramente esperar que hagamos nada más, ¿verdad?

Kelsier sonrió, se puso en pie tambaleándose y se marchó a la habitación del fondo.

—Hablaemos mañana.

—¿Qué crees que está planeando, Sazed? —preguntó Vin, sentada en un taburete junto a la chimenea del sótano; el terrisano preparaba la cena. Kelsier llevaba durmiendo desde la noche anterior y todavía no se había levantado en toda la tarde.

—No tengo ni la menor idea, señora —respondió Sazed, probando el guiso—. Aunque este momento, con la ciudad tan desequilibrada, parece la oportunidad perfecta para actuar contra el Imperio Final.

Vin reflexionó.

—Supongo que todavía podríamos tomar el palacio... Eso es lo

que Kell ha querido hacer siempre. Pero si el lord Legislador está advertido, los demás no querrán. Además, no parece que tengamos suficientes soldados para hacer gran cosa en la ciudad. Ham y Brisa nunca terminaron su reclutamiento.

Sazed se encogió de hombros.

—Tal vez Kelsier tiene planeado hacer algo con el lord Legislador —musitó Vin.

—Tal vez.

—¿Sazed? —dijo Vin lentamente—. Tú recopilas leyendas, ¿no?

—Como guardador recopilo muchas cosas. Historias, leyendas, religiones. Cuando era joven, otro guardador me recitó todo su conocimiento para que pudiera almacenarlo, y luego aumentarlo.

—¿Has oído hablar alguna vez de esa leyenda del Undécimo metal de la que Kelsier habla?

Sazed vaciló.

—No, señora. Esa leyenda me la contó maese Kelsier por primera vez.

—Pero él jura que es cierta. Y yo... por algún motivo, lo creo.

—Es muy posible que haya leyendas de las que yo no he oído hablar —dijo Sazed—. Si los guardadores lo supieran todo, ¿para qué necesitaríamos seguir buscando?

Vin asintió, todavía un poco dubitativa.

Sazed continuó removiendo la sopa. Parecía tan... digno, aunque realizara una tarea tan sencilla. Llevaba su ropa de mayordomo, ajeno al sencillo servicio que estaba realizando, sustituyendo a los criados que la banda había despedido.

En la escalera sonaron unos rápidos pasos y Vin se volvió y se levantó de su taburete.

—¿Señora? —preguntó Sazed.

—Hay alguien en las escaleras —dijo ella, acercándose a la puerta.

Uno de los aprendices (Vin creía que se llamaba Tase) irrumpió en la habitación principal. Ahora que Lestibournes se había marchado, Tase se había convertido en el vigía de la banda.

—La gente se está congregando en la plaza —dijo Tase, señalando hacia la escalera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dockson mientras entraba desde la otra habitación.

—Gente en la plaza de la fuente, maese Dockson —dijo el muchacho—. En la calle se dice que los obligadores planean más ejecuciones.

Venganza por lo de los Pozos, pensó Vin. No han tardado mucho.

La expresión de Dockson se ensombreció.

—Ve a despertar a Kell.

—Pretendo observarlos —dijo Kelsier, vestido con sencilla ropa de skaa y una capa, mientras caminaba por la habitación.

El estómago de Vin dio un vuelco. *¿Otra vez?*

—Vosotros podéis hacer lo que queráis —dijo él. Tenía mucho mejor aspecto después de su prolongado descanso: su agotamiento había desaparecido, sustituido por la característica fuerza que Vin esperaba siempre de él—. Las ejecuciones quizá sean una reacción a lo que hice en los Pozos —continuó diciendo—. Voy a ver la muerte de esa gente... porque, indirectamente, yo soy la causa.

—No es culpa tuya, Kell —dijo Dockson.

—Todo es culpa nuestra —replicó él bruscamente—. Eso no significa que lo que hagamos esté mal... Sin embargo, si no fuera por nosotros, esa gente no tendría que morir. Yo, para empezar, pienso que lo menos que podemos hacer por esa gente es ser testigos de su muerte.

Abrió la puerta y empezó a subir las escaleras. Lentamente, el resto del grupo lo siguió, aunque Clubs, Sazed y los aprendices se quedaron en el refugio.

Vin subió los escalones y se reunió con los demás en una sucia calle en medio de un barrio skaa. Caía ceniza del cielo, flotando en perezosos copos. Kelsier ya había echado a andar y los demás (Brisa, Ham, Dockson y Vin) apretaron el paso para alcanzarlo.

El refugio no estaba cerca de la plaza de la Fuente. Kelsier, sin embargo, se detuvo a unas cuantas calles de distancia de su destino. Skaa con ojos turbios continuaban pasando ante ellos, uniéndose a la multitud. A lo lejos sonaba una campana.

—¿Kell? —preguntó Dockson.

Kelsier ladeó la cabeza.

—Vin, ¿oyes eso?

Ella cerró los ojos y luego avivó su estaño. *Concéntrate*, pensó. *Como dijo Fantasma: aísla los pasos y los murmullos. Oye por encima de las puertas cerrándose y la gente respirando. Escucha...*

—Caballos —dijo, reduciendo su estaño y abriendo los ojos—. Y carruajes.

—Carros —dijo Kelsier, volviéndose hacia un lado de la calle—. Los carros de los prisioneros. Vienen hacia aquí.

Miró los edificios que lo rodeaban, luego se agarró a una tubería de desagüe y empezó a escalar por la pared. Brisa puso los ojos en

blanco, le dio un codazo a Dockson y señaló la parte delantera del edificio, pero Vin y Ham, con peltre, siguieron fácilmente a Kelsier hasta el tejado.

—Allí —dijo Kelsier, señalando una calle cercana. Vin apenas pudo distinguir una fila de carros con barrotes que se dirigía hacia la plaza.

Dockson y Brisa salieron al tejado inclinado a través de una ventana. Kelsier se quedó donde estaba, al borde, contemplando los carros de prisioneros.

—Kell —advirtió Ham—. ¿En qué estás pensando?

—Todavía estamos a cierta distancia de la plaza —respondió él lentamente—. Y los inquisidores no viajan con los prisioneros: vendrán desde palacio, como la última vez. No puede haber más de un centenar de soldados vigilando a esa gente.

—Cien hombres son bastantes, Kell.

Kelsier no pareció oír las palabras de Ham. Dio un paso adelante, acercándose al borde del tejado.

—Puedo detener esto... Puedo salvarlos.

Vin se colocó junto a él.

—Kell, es posible que no haya muchos guardias con los prisioneros, pero la plaza de la Fuente está a pocas manzanas de distancia. ¡Está repleta de soldados, por no mencionar a los inquisidores!

Ham, inesperadamente, no la apoyó. Se dio media vuelta para mirar a Dockson y Brisa. Dox vaciló, luego se encogió significativamente de hombros.

—¿Estáis todos locos? —preguntó Vin.

—Espera un momento —dijo Brisa, entornando los ojos—. No soy

ningún ojo de estaño, pero ¿no os parece que esos prisioneros van un poco demasiado bien vestidos?

Kelsier se quedó quieto, luego maldijo. Sin avisar, saltó del tejado y echó a correr por la calle de abajo.

—¡Kell! —llamó Vin—. ¿Qué...?

Entonces calló, alzó la vista a la roja luz del sol y contempló la lenta procesión de carros. Sus ojos amplificados por el estaño le permitieron reconocer a alguien sentado en la parte delantera de uno de ellos.

Fantasma.

—Kelsier, ¿qué está pasando? —preguntó Vin, corriendo tras él calle abajo.

Él frenó un poco el ritmo.

—He visto a Renoux y Fantasma en el primer carro. El Ministerio debe de haber atacado el convoy de Renoux... La gente de esas jaulas son los criados, el personal y los guardias que contratamos para que trabajaran en la mansión.

El convoy... pensó Vin. El Ministerio debe de saber que Renoux era un fraude. Marsh confesó después de todo.

Tras ellos, Ham salió del edificio. Brisa y Dox tardaron más en llegar.

—¡Tenemos que actuar rápido! —dijo Kelsier, avivando de nuevo el paso.

—¡Kell! —Vin lo agarró por el brazo—. Kelsier, no puedes salvarlos. Están demasiado bien vigilados y es de día. ¡Solo conseguirás que te maten!

Él se detuvo y se dio media vuelta. La miró a los ojos, decepcionado.

—No comprendes nada de todo esto, ¿verdad, Vin? Nunca lo has hecho. Te dejé detenerme una vez antes, en la colina, junto al campo de batalla. Pero esta vez no. Esta vez puedo hacer algo.

—Pero...

Él se soltó el brazo.

—Todavía tienes que aprender algunas cosas sobre la amistad, Vin. Espero que algún día te des cuenta de cuáles son.

Entonces echó a correr en dirección a los carros. Ham adelantó a Vin, corriendo en una dirección distinta, abriéndose paso entre los skaa que confluían hacia la plaza.

Vin se quedó allí plantada unos momentos, estúpidamente, sintiendo la ceniza caer. Dockson la alcanzó.

—Es una locura —murmuró—. No podemos hacer esto, Dox. No somos invencibles.

Dockson hizo una mueca.

—Tampoco estamos indefensos.

Brisa los alcanzó resoplando y señaló una calle lateral.

—Allí. Tengo que conseguir un sitio desde donde pueda ver a los soldados.

Vin los siguió, sintiendo de pronto que su vergüenza se mezclaba con su preocupación.

Kelsier...

Kelsier arrojó al suelo un par de frasquitos vacíos después de ingerir su contenido. Los frascos chispearon en el aire junto a él,

pero no llegaron a romperse contra las piedras. Se lanzó hacia un último callejón y echó a correr por una calle extrañamente vacía.

Los carros de prisioneros rodaban hacia él mientras entraban en una placita formada por la intersección de dos calles. Los vehículos tenían barrotes y estaban repletos de personas que ya resultaban claramente familiares: criados, soldados, sirvientes... Algunos eran rebeldes, pero muchos eran solo personas normales. Ninguno de ellos se merecía la muerte.

Demasiados skaa han muerto ya, pensó Kelsier, avivando sus metales. Cientos. Miles. Cientos de miles.

Hoy no. No más.

Lanzó una moneda y saltó, impulsándose por los aires en un amplio arco. Los soldados levantaron la cabeza, señalando. Kelsier aterrizó directamente entre ellos.

Hubo un momento de silencio mientras los soldados se volvían, sorprendidos. Kelsier se agazapó entre ellos. Del cielo caían trozos de ceniza.

Entonces empujó.

Avivó acero con un alarido, se irguió y empujó hacia fuera. El estallido de poderes alománticos asió a los soldados por sus petos, lanzando al aire a una docena de hombres y haciéndolos chocar contra paredes y compañeros.

Los hombres gritaron. Kelsier giró, empujó contra un grupo de soldados y voló hacia un carro de prisioneros. Chocó contra él, avivó su acero y agarró con las manos la puerta de metal.

Los prisioneros retrocedieron, sorprendidos. Kelsier soltó la puerta con un estallido de poder amplificado por el peltre y luego la lanzó contra un grupo de soldados que se acercaba.

—¡Salid! —les dijo a los prisioneros.

Saltó del carro y aterrizó en la calle. Giró.

Y se encontró cara a cara con una alta figura ataviada con una túnica marrón. Kelsier vaciló, retrocediendo mientras la alta figura se bajaba la capucha y revelaba un par de ojos atravesados por clavos.

El inquisidor sonrió y Kelsier oyó pasos acercándose por los callejones laterales. Docenas. Cientos.

—¡Maldición! —exclamó Brisa mientras los soldados inundaban la plaza.

Dockson empujó a Brisa hacia un callejón. Vin los siguió, agazapándose en las sombras, mientras oía a los soldados gritar en las encrucijadas.

—¿Qué? —preguntó.

—¡Un inquisidor! —dijo Brisa, señalando la figura con la túnica que se alzaba ante Kelsier.

—¿Qué? —dijo Dockson, poniéndose de pie.

Es una trampa, advirtió Vin con horror. Los soldados empezaban a confluir hacia la plaza, saliendo de ocultas callejas laterales.

¡Kelsier, sal de ahí!

Kelsier se impulsó en un guardia caído, lanzándose de espaldas en una voltereta por encima de uno de los carros de prisioneros. Aterrizó agazapado, observó los nuevos escuadrones de soldados. Muchos de ellos llevaban bastones, sin armadura. Mataneblinos.

El inquisidor se empujó por el aire lleno de ceniza y aterrizó con

un golpe ante Kelsier. La criatura sonrió.

Es el mismo hombre. El inquisidor de antes.

—¿Dónde está la chica? —dijo tranquilamente la criatura.

Kelsier ignoró la pregunta.

—¿Por qué solo uno de vosotros? —exigió saber.

La sonrisa de la criatura aumentó.

—Yo gané el sorteo.

Kelsier avivó peltre y se escoró hacia un lado mientras el inquisidor sacaba un par de hachas de obsidiana. La plaza se estaba llenando rápidamente de soldados. En el interior de los carros oyó gritar a la gente.

—¡Kelsier! ¡Lord Kelsier! ¡Por favor!

Kelsier maldijo en voz baja mientras el inquisidor se cernía sobre él. Tiró contra uno de los carros todavía llenos y se abalanzó por los aires sobre un grupo de soldados. Aterrizó, luego corrió hacia el carro, pretendiendo liberar a sus ocupantes. Sin embargo, cuando ya llegaba, el carro se estremeció. Kelsier alzó la mirada justo a tiempo de ver a un monstruo de ojos de acero sonriéndole desde el techo del vehículo.

Kelsier se lanzó hacia atrás, sintiendo el viento del golpe del hacha junto a su cabeza. Aterrizó ágilmente, pero de inmediato tuvo que saltar a un lado para esquivar el ataque de un grupo de soldados. Mientras tomaba tierra tiró contra uno de los carros para anclarse y de la puerta de hierro que había arrojado antes. La puerta de barrotes voló por los aires y chocó contra el escuadrón de soldados.

El inquisidor atacó desde atrás, pero Kelsier se apartó de un salto.

La puerta, todavía dando tumbos, resbalaba por el suelo y, cuando pasó por encima de ella, Kelsier empujó, lanzándose al aire.

Vin tenía razón, pensó Kelsier, frustrado. Abajo, el inquisidor lo observaba, siguiéndolo con sus ojos antinaturales. *No debería haber hecho esto*. Un grupo de soldados rodeaba a los skaa que había liberado.

Debería correr... tratar de despistar al inquisidor. Lo he hecho antes.

Pero... no podía. No lo haría, no esta vez. Había transigido demasiadas veces. Aunque le costara todo lo demás, tenía que liberar a esos prisioneros.

Y, entonces, cuando empezaba a caer, vio a un grupo de hombres correr hacia las encrucijadas. Llevaban armas, pero no uniforme. A la cabeza corría una figura familiar.

¡Ham! Así que ahí es adonde fuiste.

—¿Qué pasa? —preguntó Vin ansiosamente, poniéndose de puntillas para ver la plaza. En alto, la figura de Kelsier se abalanzaba hacia la lucha, la capa oscura ondeando a su espalda.

—¡Es una de nuestras unidades de soldados! —dijo Dockson—. Ham debe de haberlos ido a buscar.

—¿Cuántos?

—Formaban grupos de un par de centenares.

—Entonces estarán en desventaja numérica.

Dockson asintió.

Vin se puso en pie.

—Voy para allá.

—No —dijo Dockson firmemente, agarrándola por la capa y haciéndola retroceder—. No quiero que se repita lo que te ocurrió la última vez que te enfrentaste a uno de esos monstruos.

—Pero...

—Kelsier lo hará bien —dijo Dockson—. Tratará de ganar tiempo para que Ham libere a los prisioneros y luego escapará. Observa.

Vin dio un paso atrás.

A su lado, Brisa murmuraba para sí.

—Sí, tienes miedo. Concentrémonos en eso. Olvida todo lo demás. Teme. Son un inquisidor y un nacido de la bruma luchando... No querrás entrometerte en eso...

Vin miró de nuevo hacia la plaza, donde vio a un soldado soltar su bastón y echar a correr. *Hay otras formas de luchar*, comprendió, arrodillándose junto a Brisa.

—¿Cómo puedo ayudar?

Kelsier huyó de nuevo del inquisidor mientras la unidad de Ham se enfrentaba a los soldados imperiales y empezaba a abrirse paso hacia los carros de prisioneros. El ataque dividió la atención de los soldados, que parecieron muy contentos dejando a Kelsier y el inquisidor librar su solitaria batalla.

A un lado, Kelsier vio a los skaa que empezaban a ocupar las calles alrededor de la placita, pues la lucha llamaba la atención de los que esperaban en la plaza de la Fuente. Vio otros escuadrones de guardias imperiales tratando de abrirse paso hacia la lucha, pero los miles de skaa que abarrotaban las calles dificultaban seriamente su avance.

El inquisidor atacó y Kelsier esquivó. La criatura empezaba a frustrarse. A un lado, un grupito de hombres de Ham llegó a uno de los carros y rompió el candado, liberando a los prisioneros. El resto de los hombres de Ham mantuvo ocupados a los soldados mientras los prisioneros escapaban.

Kelsier sonrió, mirando al molesto inquisidor. La criatura gruñó.

—¡Valette! —gritó una voz.

Kelsier se volvió, sorprendido. Un noble bien vestido se abría paso entre los soldados hacia el centro de la pelea. Llevaba un bastón de duelos y lo protegían dos fornidos guardaespaldas, pero sobre todo evitaba que lo hirieran porque ningún bando parecía seguro de querer golpear a un hombre de sangre noble.

—¡Valette! —gritó de nuevo Elend Venture. Se dirigió a uno de los soldados—. ¿Quién os ordenó atacar el convoy de la Casa Renoux? ¿Quién autorizó esto?

Magnífico, pensó Kelsier, sin dejar de controlar al inquisidor. La criatura miró a Kelsier con expresión odiosa y retorcida.

Sigue odiándome, pensó Kelsier. *Solo tengo que aguantar lo suficiente para que Ham libere a los prisioneros. Luego, podré evitarte.*

El inquisidor descargó un golpe y decapitó a un criado que huía al pasar.

—¡No! —gritó Kelsier mientras el cadáver caía a los pies del inquisidor.

La criatura atrapó a otra víctima y alzó su hacha.

—¡Muy bien! —dijo Kelsier, avanzando, sacando un par de frasquitos de su bolsa—. Muy bien. ¿Quieres luchar conmigo? ¡Vamos!

La criatura sonrió, empujó a un lado a la mujer capturada y avanzó hacia Kelsier.

Kelsier descorchó los dos frascos y los apuró a la vez, luego los arrojó al suelo. Los metales ardieron en su pecho, junto a su furia. Su hermano, muerto. Su esposa, muerta. Familia, amigos y héroes. Todos muertos.

¿Quieres que busque venganza?, pensó. ¡Bien, la tendrás!

Kelsier se detuvo a unos pocos pasos del inquisidor. Con los puños cerrados, avivó su acero en un enorme empujón. A su alrededor, la gente fue impulsada hacia atrás por sus metales al ser golpeada por una espantosa e invisible oleada de poder. La plaza, repleta de soldados imperiales, prisioneros y rebeldes, abrió un pequeño hueco alrededor de Kelsier y el inquisidor.

—Adelante —dijo Kelsier.

Nunca quise ser temido.

Si lamento una cosa, es el temor que he causado. El miedo es la herramienta de los tiranos. Por desgracia, cuando el destino del mundo está en juego, usas las herramientas que tienes a mano.

34



Hombres muertos y moribundos se desplomaron. Los skaa abarrotaban las calles. Los prisioneros gritaban, llamándolo por su nombre. El calor del sol rojizo quemaba.

Y del cielo caía ceniza.

Kelsier saltó hacia delante, avivando peltre y blandiendo sus dagas. Quemó atium, igual que el inquisidor: los dos debían de tener suficiente para un largo combate.

Kelsier golpeó dos veces en el aire caliente, alcanzando al inquisidor, los brazos convertidos en un borrón. La criatura esquivó entre un loco vértice de sombras de atium, luego descargó un hachazo.

Kelsier saltó. El peltre prestó a su salto una altura inhumana y pasó por encima del arma. Empujó contra un grupo de soldados que había tras él, lanzándose hacia delante. Plantó ambos pies en la cara del inquisidor y golpeó, dando una voltereta hacia atrás en el aire.

El inquisidor se tambaleó. Mientras Kelsier caía, tiró de un soldado, lanzándose hacia atrás. El soldado salió despedido por la

fuerza del tirón de hierro y se precipitó hacia Kelsier. Ambos hombres volaron por el aire.

Kelsier avivó hierro, tiró contra un grupo de soldados situados a su derecha mientras seguía haciéndolo de aquel otro soldado. El resultado fue un giro. Kelsier voló de lado y el soldado (sujeto como por un cable al cuerpo de Kelsier), trazó un amplio arco como una bola en el extremo de una cadena.

El desgraciado soldado chocó contra el inquisidor y ambos cayeron contra los barrotes de un carro vacío.

El soldado quedó inconsciente en el suelo. El inquisidor rebotó en la jaula de hierro y cayó a cuatro patas. Un reguero de sangre corrió por el rostro de la criatura, cruzando los tatuajes de sus ojos, pero alzó la cabeza, sonriendo. No parecía afectado en lo más mínimo mientras se ponía en pie.

Kelsier aterrizó, maldiciéndose en silencio.

Con un increíble estallido de velocidad, el inquisidor agarró el carro vacío por un par de barrotes y lo arrancó de las ruedas.

¡Demonios!

La criatura giró y lanzó hacia Kelsier la enorme jaula. No había tiempo de esquivar. Un edificio se alzaba justo detrás de Kelsier: si empujaba para contraatacar, quedaría aplastado.

La jaula se precipitó hacia él, así que saltó usando un empujón de acero para guiar su cuerpo a través de la puerta abierta de la jaula que giraba. Se retorció dentro de la celda, empujando hacia fuera en todas direcciones, manteniéndose en el centro exacto de la jaula de metal mientras chocaba contra la pared, y luego se liberó de un salto.

La jaula rodó, luego empezó a resbalar por el suelo. Kelsier se

dejó caer y aterrizó en un tejado mientras la jaula se detenía lentamente. A través de los barrotes, pudo ver al inquisidor que lo miraba entre un mar de soldados luchando, su cuerpo rodeado por una retorcida nube en movimiento de imágenes de atium. El inquisidor le hizo a Kelsier un gesto con la cabeza en señal de respeto.

Kelsier empujó con un grito, avivando peltre para no aplastarse. La jaula explotó, la parte superior de metal salió despedida por los aires, los barrotes sueltos en todas direcciones. Kelsier tiró de los que tenía detrás y empujó los que tenía delante, enviando un río de metal disparado contra el inquisidor.

La criatura alzó una mano, desviando diestramente los enormes proyectiles. Kelsier, sin embargo, siguió los barrotes con su propio cuerpo, disparándose hacia el inquisidor con un empujón de acero. El inquisidor se impulsó hacia un lado, usando un desgraciado soldado como anclaje. El hombre gritó cuando fue arrancado, pero su grito se apagó cuando el inquisidor saltó, empujó contra él, y lo aplastó contra el suelo.

El inquisidor se lanzó al aire. Kelsier frenó con un empujón contra un grupo de soldados, siguiendo a su enemigo. Tras él, la parte superior de la jaula chocaba contra el suelo, arrancando lascas de piedra. Kelsier se lanzó contra ella y surcó el aire detrás del inquisidor.

Copos de ceniza pasaron a su lado. Delante, el inquisidor se volvió, tirando de algo que había abajo. La criatura cambió de dirección inmediatamente para lanzarse contra Kelsier.

Choque de frente. Mala idea para un tipo sin clavos en la cabeza. Kelsier tiró frenéticamente de un soldado, lanzándose hacia abajo

mientras el inquisidor pasaba en diagonal por encima. Avivó peltre y chocó contra el soldado del que había tirado. Los dos giraron en el aire. Por fortuna, el soldado no era uno de los de Ham.

—Lo siento, amigo —dijo Kelsier, empujándose a un lado.

El soldado salió disparado y acabó por precipitarse contra un edificio mientras Kelsier lo usaba para volar sobre el campo de batalla. Debajo, el principal escuadrón de Ham había llegado por fin al último carro de prisioneros. Por desgracia, varios grupos más de soldados imperiales se habían abierto paso entre los asombrados skaa. Uno de ellos era de arqueros armados con flechas con punta de obsidiana.

Kelsier maldijo, dejándose caer. Los arqueros se prepararon para disparar contra la multitud que combatía. Matarían a algunos de sus propios soldados, pero el grueso del ataque lo soportarían los prisioneros.

Kelsier cayó al suelo. Tiró de algunos barrotes caídos de la jaula que había destruido. Volaron hacia él.

Los arqueros apuntaron. Pero Kelsier pudo ver sus sombras de atium. Soltó los barrotes y se empujó a un lado levemente, permitiendo que volaran entre los arqueros y los prisioneros que huían.

Los arqueros dispararon.

Kelsier agarró los barrotes, avivando a la vez hierro y acero, empujó contra una punta de cada barrote y tiró de la punta opuesta. Los barrotes salieron proyectados e inmediatamente empezaron a girar como molinos de viento enloquecidos. La mayoría de las flechas en vuelo fueron desviadas por las barras de hierro giratorias.

Los barrotes cayeron al suelo entre las flechas dispersas. Los

arqueros se levantaron, estupefactos, mientras Kelsier saltaba de nuevo a un lado y luego daba un leve tirón a los barrotes y los hacía saltar por el aire ante sí. Empujó, enviándolos contra los arqueros. Se dio la vuelta mientras los hombres gritaban y morían, buscando con la mirada a su verdadero enemigo.

¿Dónde se esconde esa criatura?

Contempló una escena caótica. Hombres que luchaban, corrían, huían y morían... cada uno con una profética sombra de atium. En aquel caso, sin embargo, las sombras duplicaban el número de personas que se movían en el campo de batalla y solo servían para aumentar la sensación de confusión.

Llegaban más y más soldados. Muchos de los hombres de Ham habían caído, la mayoría se retiraba: por fortuna, bastaba con que se quitaran la armadura y se mezclaran con los grupos de skaa. A Kelsier le preocupaba más el último carro de prisioneros, donde iban Renoux y Fantasma. La trayectoria del grupo de Ham en la batalla lo había hecho recorrer la fila de carros de atrás hacia delante. Tratar de llegar primero a Renoux habría requerido pasar de largo los otros cinco carros, dejando a sus reclusos todavía atrapados.

Ham obviamente no pretendía marcharse hasta que Fantasma y Renoux estuvieran libres. Y, donde Ham luchaba, los soldados rebeldes aguantaban. Había un motivo por el que los brazos de peltre eran llamados también violentos: no había ninguna sutileza en su forma de luchar, ningún astuto tirón de hierro ni empujón de acero. Ham se limitaba a atacar con velocidad y fuerza bruta, apartando de su camino a los soldados enemigos, arrasando sus filas, guiando a sus cincuenta hombres hacia el último carro de prisioneros. Cuando lo alcanzaron, Ham se dio la vuelta para

enfrentarse a un equipo de soldados enemigos mientras uno de sus hombres rompía el candado del carro.

Kelsier sonrió con orgullo, buscando todavía al inquisidor. Sus hombres eran pocos, pero los soldados enemigos parecían visiblemente inquietos por la determinación de los skaa. Los hombres de Kelsier luchaban con pasión: a pesar de sus numerosos defectos, todavía tenían una ventaja.

Esto es lo que sucede cuando por fin los convences para que luchen. Esto es lo que se oculta dentro de todos ellos. Solo que es difícil liberarlo...

Renoux salió del carro y se hizo a un lado viendo cómo sus criados escapaban de la jaula. De repente, una figura bien vestida surgió de la turba y agarró a Renoux por la camisa.

—¿Dónde está Valette? —exigió saber Elend Venture; su voz desesperada llegó a los sentidos amplificados por el estaño de Kelsier—. ¿En qué jaula estaba?

Chaval, estás empezando a molestarme de verdad, pensó Kelsier, empujándose a través de los soldados que corrían hacia el carro.

El inquisidor apareció, saltando detrás de un grupo de soldados.

Aterrizó en el techo de la jaula, que se estremeció, con un hacha de obsidiana agarrada en cada mano como una garra. La criatura miró a Kelsier a los ojos y sonrió, luego saltó de la jaula y enterró un hacha en la espalda de Renoux.

El kandra se estremeció, los ojos muy abiertos. El inquisidor corrió hacia Elend. Kelsier no estaba seguro de que la criatura hubiera reconocido al muchacho. Tal vez el inquisidor pensaba que era miembro de la familia de Renoux. Tal vez no le importaba.

Kelsier vaciló solo un instante.

El inquisidor alzó el hacha para golpear.

Ella lo ama.

Kelsier avivó acero en su interior, lo agitó, inflamándolo hasta que su pecho ardió como los mismos Montes de Ceniza. Se empujó contra los soldados que tenía detrás, enviando a docenas de ellos al suelo, y corrió hacia el inquisidor. Chocó contra la criatura cuando empezaba a descargar el golpe.

El hacha se perdió contra las piedras, a unos cuantos pasos de distancia. Kelsier agarró al inquisidor por el cuello mientras los dos golpeaban el suelo; entonces empezó a apretar con los músculos amplificados por el peltre. El inquisidor sujetó las manos de Kelsier, intentando desesperadamente separarlas.

Marsh tenía razón, pensó Kelsier a través del caos. Teme por su vida. Se le puede matar.

El inquisidor jadeó, los clavos de metal que sobresalían de sus ojos apenas a unas pulgadas del rostro de Kelsier. A su lado, Kelsier vio retroceder a Elend Venture.

—¡La chica se encuentra bien! —dijo Kelsier, entre dientes apretados—. ¡No estaba en la barcaza de Renoux! ¡Vete!

Elend vaciló, entonces apareció por fin uno de sus guardaespaldas. El muchacho dejó que se lo llevara.

No puedo creer que acabo de salvar a un noble, pensó Kelsier, esforzándose por estrangular al inquisidor. Será mejor que lo aprecies, muchacha.

Lentamente, hinchando los músculos, el inquisidor obligó a Kelsier a separar las manos. La criatura volvió a sonreír de nuevo.

¡Son tan fuertes!

El inquisidor empujó a Kelsier hacia atrás, luego tiró contra un

soldado para deslizarse sobre el empedrado. Golpeó un cadáver y dio una voltereta hacia atrás hasta caer de pie. Tenía el cuello rojo por la tenaza de Kelsier y trozos de carne arrancados por sus uñas, pero seguía sonriendo.

Kelsier empujó contra un soldado, dando también una voltereta. A su lado, vio a Renoux apoyado contra el carro. Kelsier miró al kandra a los ojos y asintió levemente.

Renoux cayó al suelo con un suspiro, el hacha clavada en la espalda.

—¡Kelsier! —gritó Ham por encima de la multitud.

—¡Márchate! —le dijo Kelsier—. Renoux está muerto.

Ham miró el cuerpo de Renoux, luego asintió. Se volvió hacia sus hombres y les dio una orden.

—Superviviente —susurró una voz.

Kelsier se giró. El inquisidor avanzaba, inflamado por el poder del peltre, rodeado por una neblina de sombras de atium.

—Superviviente de Hathsin —dijo—. Me prometiste una pelea. ¿He de matar a más skaa?

Kelsier avivó sus metales.

—Nunca he dicho que hubiéramos terminado —dijo. Sonrió. Estaba preocupado, dolorido, pero también entusiasmado. Toda su vida una parte de él había deseado plantarse y combatir.

Siempre había querido ver si podía vencer a un inquisidor.

Vin se irguió, desesperada, esforzándose por ver por encima de la multitud.

—¿Qué? —preguntó Dockson.

—¡Me ha parecido ver a Elend!

—¿Aquí? Eso suena un poco ridículo, ¿no te parece?

Vin se ruborizó. *Probablemente.*

—De todas formas, voy a intentar echar un buen vistazo.

—Ten cuidado —dijo Dox, mientras ella se dirigía callejón arriba

—. Si ese inquisidor te ve...

Vin asintió, mientras subía por la pared. Cuando estuvo lo bastante alto, escrutó el cruce en busca de caras familiares. Dockson tenía razón: no se veía a Elend por ninguna parte. Uno de los carros, el que el inquisidor había destrozado, yacía de costado. Los caballos se encabritaban, atrapados entre la lucha y la multitud de skaa.

—¿Qué ves? —preguntó Dox.

—¡Renoux ha caído! —dijo Vin, entornando los ojos y quemando estaño—. Parece que por un hachazo en la espalda.

—Puede que sea o no sea fatal para él —dijo Dockson de manera algo críptica—. No sé mucho sobre los kandra.

¿Los kandra?

—¿Y los prisioneros?

—Todos están libres —contestó Vin—. Las jaulas están vacías. ¡Dox, hay un montón de skaa ahí fuera!

Parecía que todos los que estaban en la plaza de la Fuente habían corrido a ese cruce. La zona formaba una pequeña depresión y Vin veía a miles de skaa en las calles y extendiéndose en todas direcciones.

—¡Ham está libre! —dijo Vin—. ¡No lo veo, vivo ni muerto, por ninguna parte! Fantasma también se ha escapado.

—¿Y Kell? —preguntó Dockson ansiosamente.

Vin vaciló.

—Sigue luchando contra el inquisidor.

Kelsier avivó su peltre, golpeando al inquisidor, cuidando de evitar los planos discos de metal que asomaban de sus ojos. La criatura se tambaleó y Kelsier enterró el puño en su estómago. El inquisidor gruñó y abofeteó a Kelsier en la cara, derribándolo de un solo golpe.

Kelsier sacudió la cabeza. *¿Qué hace falta para matar a esta cosa?*, pensó, empujándose para ponerse en pie y retrocediendo.

El inquisidor avanzó. Algunos de los soldados intentaban buscar a Ham y sus hombres entre la multitud, pero muchos se quedaron quietos. Una batalla entre dos poderosos alománticos era algo de lo que se hablaba en susurros pero que nunca se había visto. Los soldados y los campesinos se quedaron allí boquiabiertos, contemplando asombrados la batalla.

Es más fuerte que yo, reconoció Kelsier, mirando al inquisidor con cautela. *Pero la fuerza no lo es todo.*

Kelsier se hizo con pequeñas fuentes de metal y las arrancó de un tirón de sus dueños: yelmos, hermosas espadas de acero, monederos, dagas. Las lanzó contra el inquisidor, manipulando con cuidado empujones de acero y tirones de hierro, y manteniendo su atium ardiendo para que cada pieza que controlaba tuviera una multitud de imágenes de atium en abanico ante los ojos del inquisidor.

La criatura maldijo entre dientes mientras desviaba el enjambre de piezas de metal. Kelsier, sin embargo, usó los propios empujones del inquisidor, tirando de cada pieza y haciéndolas girar alrededor de

la criatura. El inquisidor empujó hacia fuera todas las piezas a la vez, y Kelsier las soltó. Sin embargo, en cuanto el inquisidor dejó de empujar, Kelsier tiró de sus armas, recuperándolas.

Los soldados imperiales formaban un corro. Kelsier los usó, empujando contra los petos, lanzándose adelante y atrás en el aire. Los rápidos cambios de posición le permitían moverse constantemente desorientando al inquisidor y empujar sus distintas piezas de metal donde las quería.

—Échale un ojo a la hebilla de mi cinturón —pidió Dockson, tambaleándose levemente mientras se agarraba a los ladrillos, junto a Vin—. Si me caigo, dame un tirón para detener la caída, ¿eh?

Vin asintió, pero no le estaba prestando mucha atención a Dox. Estaba mirando a Kelsier.

—¡Es increíble!

Kelsier saltaba de un lado a otro en el aire y sus pies no llegaban nunca a tocar el suelo. Trozos de metal zumbaban a su alrededor, respondiendo a sus empujones y tirones. Los controlaba con tanta habilidad que podría haberse pensado que eran seres vivos. El inquisidor los apartaba con furia, pero obviamente tenía problemas para seguir la cuenta de todos.

Subestimé a Kelsier, pensó Vin. Supuse que tenía menos habilidad que los brumosos porque abarcaba demasiadas cosas. Pero no era así. Esta. Esta es su especialidad: empujar y tirar con control experto.

Y el hierro y el acero son los metales en los que se entrenó personalmente. Tal vez lo ha sabido siempre.

Kelsier giraba y volaba en medio de un remolino de metal. Cada vez que algo golpeaba el suelo, lo volvía a levantar. Las piezas volaban en línea recta, pero él seguía moviéndose, empujándose alrededor, manteniéndolas en el aire, disparándolas periódicamente contra el inquisidor.

La criatura giraba, confusa. Trató de empujarse hacia arriba, pero Kelsier disparó varias piezas de metal más grandes por encima de la cabeza de su contrincante, que tuvo que empujar contra ellas interrumpiendo su salto.

Una barra de hierro lo golpeó en la cara.

La criatura se tambaleó, con los tatuajes ensangrentados. Un casco de hierro lo golpeó en el costado, empujándolo hacia atrás.

Kelsier empezó a lanzar rápidamente piezas de metal, sintiendo que su ira y su furia aumentaban.

—¿Fuiste tú el que mató a Marsh? —gritó, sin molestarse en esperar una respuesta—. ¿Dónde estabas cuando me condenaron hace años?

El inquisidor alzó una mano protectora, empujando el siguiente enjambre de metales para desviarlos. Cojeó hacia atrás, apoyando la espalda en el carro de metal volcado.

Kelsier oyó a la criatura gruñir y un súbito empujón de fuerza recorrió la multitud, derribando soldados y haciendo que las armas de metal de Kelsier se dispersaran.

Kelsier las dejó marchar. Se lanzó hacia delante, hacia el desorientado inquisidor, y empuñó una piedra suelta del suelo.

La criatura se volvió hacia él y Kelsier gritó, descargando un golpe con la piedra, su fuerza aumentada aún más por la furia y el peltre.

Golpeó al inquisidor entre los ojos. La cabeza de la criatura se

echó hacia atrás y chocó contra el fondo del carro volcado. Kelsier golpeó de nuevo, chillando, descargando una y otra vez su pedrusco contra la cara del inquisidor, que aulló de dolor, extendiendo sus manos como garras hacia Kelsier, como dispuesto a saltar hacia delante. Entonces, súbitamente, se quedó quieto. Su cráneo chocó contra la madera del carro. Las puntas de los clavos que asomaban de su nuca habían quedado clavadas en la madera por el ataque de Kelsier.

Kelsier sonrió mientras la criatura gritaba de rabia, esforzándose por soltar la cabeza de la madera. Kelsier se volvió a un lado, buscando algo que había visto en el suelo unos momentos antes. Le dio una patada a un cadáver y agarró el hacha de obsidiana. La hoja de piedra afilada brillaba bajo el sol rojo.

—Me alegro de que me convencieras para hacer esto —dijo tranquilamente. Luego descargó un golpe con ambas manos, clavando el hacha en el cuello del inquisidor y la madera de detrás.

El cuerpo de la criatura se desplomó. La cabeza permaneció donde estaba, mirando con sus ojos extraños, antinaturales y tatuados, clavada a la madera por sus propios clavos.

Kelsier se volvió hacia la multitud, sintiéndose de pronto increíblemente cansado. Le dolía el cuerpo por docenas de cortes y magulladuras, y ni siquiera sabía cuándo se le había caído la capa. Sin embargo, se enfrentó retador a los soldados, los brazos llenos de cicatrices claramente visibles.

—¡El Superviviente de Hathsin! —susurró uno.

—Ha matado a un inquisidor... —dijo otro.

Y, entonces, empezó el cántico. Los skaa de las calles cercanas empezaron a gritar su nombre. Los soldados miraron alrededor,

advirtiéndolo con horror que estaban rodeados. Los campesinos avanzaron y Kelsier captó su ira y su esperanza.

Tal vez esto no tenga que salir como había supuesto, pensó Kelsier, triunfante. Tal vez no tengo que...

Entonces golpeó. Como una nube ante el sol, como una súbita tormenta en una noche tranquila, como un par de dedos apagando una vela. Una mano opresiva sofocó las emociones skaa acumuladas. La gente vaciló y los gritos murieron. El fuego que Kelsier había encendido en ellos era demasiado nuevo.

Tan cerca... pensó.

Ante ellos, un carruaje negro remontó la cuesta y empezó a bajar desde la plaza de la fuente.

El lord Legislador había llegado.

Vin estuvo a punto de perder su asidero cuando la oleada de depresión la alcanzó. Avivó su cobre, pero (como siempre) todavía pudo sentir levemente la opresiva mano del lord Legislador.

—¡El lord Legislador! —dijo Dockson, aunque Vin no supo si era una observación o una maldición.

Los skaa que se habían congregado para ver la batalla de algún modo consiguieron dejar sitio al oscuro carruaje, que recorrió un pasillo de gente hacia la plaza sembrada de cadáveres.

Los soldados retrocedieron y Kelsier se apartó del carro volcado, disponiéndose a enfrentarse al carruaje que se acercaba.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Vin, volviéndose hacia Dockson, que se había aupado a un pequeño saliente—. ¿Por qué

no escapa? ¡No es un inquisidor... no es algo contra lo que se pueda luchar!

—Ya está, Vin —dijo Dockson, asombrado—. Esto es lo que ha estado esperando. Una oportunidad para enfrentarse al lord Legislador... Una oportunidad para demostrar esas leyendas tuyas.

Vin se volvió hacia la plaza. El carruaje se había detenido.

—Pero... —dijo en voz baja—. El Undécimo metal. ¿Lo ha traído?

—Debe de haberlo hecho.

Kelsier siempre había dicho que el lord Legislador era su tarea, pensó Vin. Dejó que los demás nos encargáramos de la nobleza, la Guarnición y el Ministerio. Pero esto... Kelsier siempre planeó hacer esto personalmente.

El lord Legislador bajó de su carruaje y Vin se inclinó hacia delante, quemando estaño. Parecía...

Un hombre.

Iba vestido con un uniforme blanco y negro similar a los trajes de los nobles, pero mucho más exagerado. La casaca le llegaba hasta los pies y lo seguía al andar. Su chaleco no era de colores, sino de un negro puro, aunque acentuado por brillantes marcas blancas. Como Vin había oído, sus dedos estaban cuajados de anillos, el símbolo de su poder.

Soy mucho más fuerte que vosotros, proclamaban los anillos. Tanto, que no importa que lleve metal.

Guapo, con el pelo muy negro y la piel pálida, el lord Legislador era alto, delgado, confiado. Y era joven... Más joven de lo que Vin había esperado, incluso más joven que Kelsier. Cruzó la plaza, evitando cadáveres, mientras sus soldados espantaban a los skaa.

De repente, un grupito de figuras se abrió paso entre las filas de

soldados. Llevaban las armaduras variopintas de los rebeldes, y un hombre que los dirigía parecía levemente familiar. Era uno de los violentos de Ham.

—¡Por mi esposa! —dijo el violento, alzando una lanza y atacando.

—¡Por el lord Legislador! —gritaron los otros cuatro.

Ay, *no...* pensó Vin.

Sin embargo, el lord Legislador los ignoró. El cabecilla rebelde lanzó un grito de desafío y luego le clavó su lanza en el pecho.

El lord Legislador continuó andando, dejando atrás al soldado, con la lanza sobresaliéndole del cuerpo.

El rebelde vaciló, empuñó entonces la lanza de uno de sus amigos y se la clavó al lord Legislador en la espalda. De nuevo, el lord Legislador ignoró a los hombres... como si ellos, y sus armas, no merecieran ni siquiera su desprecio.

El líder rebelde retrocedió y luego se dio media vuelta mientras sus amigos empezaban a gritar bajo el hacha de un inquisidor. Él se reunió con ellos poco después y el inquisidor se alzó sobre los cadáveres durante un momento, cortando alegremente.

El lord Legislador continuó avanzando, con las dos lanzas asomando de su cuerpo, ajeno a ellas. Kelsier lo esperó. Se le veía cansado con su ajada ropa skaa. Sin embargo, se mostró orgulloso. No se inclinó ni cedió ante el peso del poder aplacador del lord Legislador.

El lord Legislador se detuvo a unos pasos de distancia, y una de las lanzas casi tocó el pecho de Kelsier. Negra ceniza caía levemente alrededor de los dos hombres y algunos trozos revoloteaban en espiral con el leve viento. La plaza quedó sumida

en un horrible silencio: incluso el inquisidor detuvo su terrible tarea. Vin se inclinó hacia delante, agarrándose precariamente a los ásperos ladrillos.

¡Haz algo, Kelsier! ¡Usa el metal!

El lord Legislador miró al inquisidor que Kelsier había matado.

—Esos son muy difíciles de reemplazar. —Su voz cargada de acento llegó fácilmente a los oídos amplificados por el estaño de Vin.

Incluso desde la distancia, vio a Kelsier sonreír.

—Te maté una vez —dijo el lord Legislador, volviéndose hacia Kelsier.

—Lo intentaste —replicó Kelsier. Su voz fuerte y firme se hizo oír en toda la plaza—. Pero no puedes matarme, lord Tirano. Represento aquello que nunca has podido matar, no importa cuánto lo hayas intentado. Yo soy la esperanza.

El lord Legislador bufó despectivo. Alzó un brazo y descargó como si tal cosa un revés tan poderoso a Kelsier que Vin oyó el impacto resonar en toda la plaza.

Kelsier saltó y giró chorreando sangre mientras caía.

—¡NO! —gritó Vin.

El lord Legislador se arrancó una de las lanzas del cuerpo y la clavó en el pecho de Kelsier.

—Que empiecen las ejecuciones —dijo, volviéndose hacia su carruaje y arrancándose la segunda lanza, que arrojó a un lado.

Se produjo el caos. Dirigidos por el inquisidor, los soldados se volvieron y atacaron a la multitud. Llegaron más inquisidores procedentes de la otra plaza cabalgando negros corceles, las hachas de ébano brillando a la luz de la tarde.

Vin lo ignoró todo.

—¡Kelsier! —gritó.

Su cuerpo yacía donde había caído, la lanza asomando en su pecho, en un charco escarlata.

No. No. ¡NO! Vin saltó del edificio, empujándose contra alguna gente y lanzándose por encima de la masacre. Aterrizó en el centro de la plaza extrañamente vacía: el lord Legislador se había marchado, los inquisidores estaban ocupados matando skaa. Corrió junto a Kelsier.

Casi no quedaba nada del lado izquierdo de su cara. El lado derecho, sin embargo..., todavía sonreía levemente, el ojo muerto contemplando el cielo rojinegro. Trozos de ceniza caían sobre su rostro.

—Kelsier... —dijo Vin, las lágrimas corriéndole por la cara. Sondeó su cuerpo, buscándole el pulso. No lo había.

—¡Dijiste que no te podían matar! —gritó—. ¿Qué hay de tus planes? ¿Qué hay del Undécimo metal? ¿Qué hay de mí?

Él no se movió. Vin no podía ver bien a través de las lágrimas. *Es imposible. Siempre dijo que no éramos invencibles... pero se refería a mí. No a él. No a Kelsier. Era invencible.*

Debería haberlo sido.

Alguien la agarró y ella se rebulló, llorando.

—Hora de irnos, niña —dijo Ham. Se detuvo, mirando a Kelsier, asegurándose con sus propios ojos de que el jefe de la banda estaba muerto.

Entonces se la llevó a la fuerza. Vin continuaba debatiéndose débilmente, pero se sentía aturdida. En el fondo de su mente oyó la voz de Reen.

*¿Ves? Te dije que te dejaría. Te lo advertí.
Te lo prometí...*

FIN DE LA CUARTA PARTE